

**CRÓNICA  
DE  
UN DESPERTAR**  
**MI RETORNO AL MÁS ALLÁ**

*Por el Espiritu Alfonso*



## PREFACIO

La vida espiritual es la definitiva. De ella todos venimos y para ella volvemos un día cuando, entonces, nada de material llevaremos. Quedará con nosotros exclusivamente aquello que se encuentra en nuestro Espíritu: el bagaje de nuestra mente y el acervo del corazón, o sea, lo que poseemos en el aspecto intelecto-moral, nuestra única propiedad efectiva. Todo lo demás nos es dado en la trayectoria material como préstamo, del cual daremos un día cuenta a Dios.

En esta obra de Alborada Nueva, nos es presentado el despertar en el más allá de Alfonso, mostrando inicialmente los momentos de su desencarnación y después su incredulidad al haber muerto materialmente, el sufrimiento resultante de su estado de espíritu, el estremecimiento de las convicciones que alimentó durante su vida terrena, su proceso de concienciación con respecto a estar viviendo la existencia espiritual, su aproximación a reuniones mediúmnicas y su encaminamiento a uno de los Puestos de Socorro de la Ciudad Espiritual. Enseguida, acompañamos a Alfonso viviendo en la propia Colonia.

En tono ameno y coloquial, Alfonso describe los principales momentos por él vividos desde su desencarnación hasta el instante de partir para su nueva reencarnación. El lector tendrá oportunidad de constatar, en el curso de la lectura de esta obra, varias posturas mantenidas por los principales personajes, enseñándoles reflexión sobre los buenos o malos sentimientos predominantes en cada uno y sus consecuencias. En cuanto Alfonso, con sus actitudes egoístas, demostrando escepticismo y presunción, se pierde en su materialismo a lo largo de la jornada en la Costra, sin el menor cuidado de evitar errores graves como el adulterio, la ambición desenfadada y la vanidad incontrolada. Su esposa Elvira es una mujer dedicada al hogar y a la familia y jamás utiliza su condición económica privilegiada para la práctica de algún mal. Los hijos Marco Aurelio y Pedro mantienen conductas prácticamente antagónicas. El primogénito se deja llevar por la obsesión, ante su comportamiento descontrolado y contrario a la moral, introduciéndose en un mundo viciado y egoísta, teniendo por base los malos ejemplos dados por el propio padre. Lo opuesto en carácter y rectitud está en Pedro, un joven idealista y bondadoso, que cultiva hábitos simples y la honestidad como una de las metas mayores en su jornada. Su fe indiscutible lo condujo a la senda cristiana y permite que ayude a su padre, cuando éste está desencarnado y errante.

Delante de Válter, el gerente de ventas de la empresa de Alfonso, el lector estará vislumbrando la figura del oportunista sin escrúpulos, que se aprovecha de un instante de flaqueza para conquistar la confianza de Elvira. Lejos de ese contexto nocivo están los hijos de Marco Aurelio y Cíntia - ésta última tan obsesionada como el marido, que tienen la protección de Mensajeros de lo Alto y la misión de encaminar a sus padres a la moral cristiana.

La narrativa es fruto de las memorias de Alfonso y contó, en su elaboración, con la personal orientación de Cairbar Schutel.

Seres perfectibles que somos, teniendo por origen la animalidad y por meta la angelitud, cada fase en el plano físico o en la esfera espiritual representa para cada uno de nosotros una preciosa oportunidad de desarrollo, cumpliéndonos bien aprovecharla por la conducción positiva de nuestro libre albedrío.

Viviendo todavía en un mundo de expiación y pruebas como la Tierra, se nos hace imperioso hacer buen uso de la enseñanza que la reencarnación nos propicia. Por eso el empeño de la Espiritualidad en proporcionarnos obras como ésta, que al mismo tiempo nos esclarece y alerta sobre la continuidad de la vida de cada persona y la necesidad de su progreso en la dirección del Creador, como apoyo de los Emisarios del Cristo.

Allan Kardec, con las obras de la Codificación, nos abrió las puertas del mundo invisible. Espíritus trabajadores, entre ellos Cairbar Schutel, prosiguen la tarea de ofrecernos páginas edificantes para recordar y reforzar la importancia que debemos dar al proceso de nuestra reforma íntima con vistas a alcanzar un estado cada vez más feliz en nuestras vidas.

De la misma forma que las obras anteriores de Alborada Nueva, la recogida mediúmnica de datos de este libro estuvo a cargo del Grupo de Estudios Cairbar Schutel, del cual soy el coordinador.

San Pablo, 11 de mayo de 1994

Abel Glaser

## PARTE 1

Desperté aquella mañana como de costumbre lo hacía y la primera providencia que adopté fue restregarme los ojos insistentemente para disipar una mota que me estaba molestando, y también estiré largamente mis brazos para los lados, teniendo cuidado de no alcanzar a mi querida Elvira. Finalizado ese acostumbrado proceso, coloqué las Manos detrás de la cabeza y me quedé algún tiempo observando el techo de mi cuarto. Nada especial que ver. Era solamente una oportunidad para reflexionar sobre el día, lo que iba a hacer y lo que había dejado de cumplir el día anterior. En fin, se trataba de un balance Matinal al respecto de mis quehaceres, pero también no dejaba de ser, en algunas ocasiones, un análisis global sobre mi vida.

De súbito, sentí una opresión muy fuerte en el corazón y una punzada en el brazo. Fue tan repentino que mal pude levantarme de la cama para darme cuenta de lo que me ocurría. El dolor pasó inesperadamente. Extraño -pensé -, del mismo modo que vino se fue sin dejar vestigio.

Me quede aliviado, pero me sentía atontado y un poco raro. Esa sensación confusa que me atontaba las ideas tanto como me hacía borrosa la visión me preocupaba. Miré para los lados y constaté que mi cuarto estaba intacto, con mi ropa colocada sobre la butaca, al lado de la mesa de noche, donde se encontraban mis gafas.

Era un dormitorio amplio y claro, con techo alto, una exigencia mía cuando construimos la casa, que fue colocado con esmero por mi esposa utilizando toques románticos, armónicos y elegantes. Las paredes estaban caprichosamente revestidas por un tejido estampado floral de seda, exponiendo colores alegres pero suaves.

Todos los días, cuando me despertaba, apreciaba mirar cada detalle de mi rincón y en aquella oportunidad no fue diferente. Las cortinas de seda en color salmón terminada en volantes del mismo tono, estaban cerradas e impecables. Sentí náuseas y parecía resultar más difícil respirar.

No esperé más y procuré levantarme para buscar la ayuda de Elvira y de mis dos hijos. Me erguí de la cama. Mal sentí el suelo. Por primera vez, la alfombra al lado de mi cama no me molestó con sus aterciopelados pelos. Mi corazón parecía no latir. ¡Que anormal! pensé otra vez. Me senté a la vera de la cama e incliné el cuerpo para la izquierda, buscando echar la cabeza en la almohada por unos minutos. Tal vez yo necesitara aprender a levantarme. Nada debería ser hecho bruscamente - concluí.

El cuarto continuaba muy oscuro y percibí que allá fuera llovía bastante, a pesar de ser una mañana común de inicio de invierno, cuando la precipitación atmosférica no debería ser tan intensa. Fue suficiente para impedir la salida del sol. Días así me daban una desagradable sensación de desánimo, de auténtico malhumor. Miré el despertador. marcaba las diez horas de la mañana. Perdí la noción del tiempo. Llegué a pensar, pues no sabía cuál era el día de la semana. Resolví poner fin a aquel comienzo de suplicio matinal y me coloqué en pie otra vez. De nuevo, la sensación de atontamiento e incomodidad. La oscuridad del cuarto ya estaba volviendo infeliz mi despertar - concluí.

Dirigí la mano a la lamparita y busqué el interruptor. No lo conseguí. Confuso, comencé a palpar el mueble al lado de la cama intentando coger mis gafas. ¡Nada, tampoco!

Confieso que ningún pensamiento lógico se me apareció en aquel instante. El mueble tenía que estar en el mismo lugar donde lo dejara la noche pasada, cuando me eché. Pero no hallaba la lamparita, ni mis gafas y, peor, ¡ni la mesita de noche!

Un sentimiento de desespero comenzó a invadirme la tranquilidad. Concluí que llamar a Elvira sería la medida más racional en aquel momento conflictivo y grité su nombre. Ninguna respuesta. ¿Será que todos han salido sin avisarme? - me pregunté. ¡Tal vez fuese domingo y los niños estuviesen dando un paseo con la madre! Me reí solo, tal vez histérico, pues insistía en llamar niños a mis hijos prácticamente adultos. ¡La situación no era para risas! - me corregí. ¡Ea!, otra vez, por dormir mucho, me quedé atrás.

Ya comenzaba a imaginar lo que ocurriría con mi almuerzo, probablemente solitario y trabajoso, impulsándome a la cocina a algún tipo de actividad. La empleada estaba de descanso, lo que era justo. Pero nunca me gustaba absolutamente nada ayudar a mis familiares en casa. Esa era la razón por la cual me asusta la idea de preparar mi propio desayuno o hasta el almuerzo.

Miré para la esquina del cuarto y al ver allí, en el mismo lugar, el escritorio del Siglo XVIII que conseguí en una subasta, terminé mi razonamiento hilvanando que algunos nacen para servir y otros - como yo - para ser servidos. Iría a quejarme a Elvira al respecto del descanso de la empleada. Una casa jamás podría prescindir totalmente del servicio. Ellos eran pagados para, justamente, cuidar de los patrones en las horas inhóspitas. Esa era su función, pues otra no podría ser.

Me acordé de que ella no debía encontrarse en casa y percibí que estaba por mi propia cuenta. Resolví, entonces, abrir la ventana del cuarto y dejar que entrara la luz, aunque con lluvia, pues la lamparita parecía estar con la bombilla quemada. Otra vez pensé en la falta que la empleada hacía en una mañana de domingo. Caminé, ansioso y tambaleante, hasta las cortinas que intenté abrir, pero no lo conseguí. Mi visión ya estaba acostumbrada a la oscuridad del cuarto y a pesar de eso yo no localizaba nada al frente.

Otra sensación de náuseas me abordó. Percibí que a cada contrariedad mía ese malestar se hacía presente. ¿Y aquel dolor agudo que sentí hace poco? pensé. Me quedé un poco asustado, pero desprecié pronto cualquier resultado más grave. Siempre fui escéptico y autosuficiente, lo que significaba por contrario a cualquier pensamiento fúnebre. La muerte era cosa lejana y normalmente para los viejos. Yo estaba en la flor de mi juventud madura al alcanzar los cuarenta y seis años plenos de sucesos y realizaciones.

Mi padre había vivido hasta los sesenta y nueve y mi madre aún estaba en el auge del vigor. Él falleció porque abusó un poco de la suerte y se aventuró por la vida sin cautela, contrayendo una neumonía fatal. Lo avisé de que a su edad no debería haber practicado tantos ejercicios sin orientación médica. Su resistencia cayó y él acabó enfermo. Mamá estaba más preparada y también lo alertó. Él fue obstinado, por eso murió pronto.

Apartando esas ideas, busqué mis zapatillas para poder salir del cuarto. Las encontré en una esquina de la cama, pero mis pies parecían mayores que ellas pues no las calzaba de modo alguno. ¡Augusto zapatillas! - maldije tal como lo hiciera el personaje principal de un romance que yo estaba leyendo.

Resolví finalmente echarme otra vez, dormir un poco más hasta que pudiese despertar de aquella pesadilla que estaba viviendo. Sí, concluí feliz, era apenas un sueño extraño que vivía, exactamente del tipo que la gente le gusta de contar en fiestas y reuniones familiares y nada más que eso.

De la vera de la cama tallada en caoba y en estilo inglés, donde nuevamente me senté, coloqué la mano en la almohada para ablandarla antes de echarme y nada encontré. Insatisfecho y un poco irritado fijé mis ojos en la dirección de la cama y la miré detenidamente por algunos minutos. La tenue luminosidad que emanaba por debajo de la puerta y por las franjas de la cortina habrían de permitirme ver lo que pasaba allí dentro.

Decidido a hacer un minucioso examen del aposento, levanté mi vista para el cabecero de la cama y fui descendiendo punto a punto mi ángulo de visión hasta que percibí que existía alguien echado allí, inerte, ligero y lúgubre. Me asusté y bruscamente salté de la cama. Bajé despacio, curvando el tronco hasta que mis ojos pudiesen estar próximos de la cama. Como en un sueño, o una verdadera pesadilla, vi mi propio cuerpo extendido sobre la cama, con las manos detrás de la nuca exactamente como yo estaba cuando sentí aquel dolor extraño.

Encontré curiosa la visión e imaginé como eran interesantes los sueños por los cuales podíamos pasar. La ciencia habría de desvelarlos un día por completo. ¡Fascinante! - pensé. Yo estaba teniendo la sensación de verme allí mismo, como si un espejo inmenso estuviese colocado en mi cuarto retratándome.

Tranquilizado, me quedé algunos momentos meditando. En verdad, estaba dando tiempo al tiempo para que despertara y el sueño terminase de una vez. ¡Nada! Nadie entraba en el cuarto, yo no conseguía salir de allí y ningún movimiento nuevo ocurría. Cerré y abrí los ojos seguidamente hasta concluir que tenía dominio sobre mí mismo. Entretanto, el cuerpo que había mirado continuaba en el mismo lugar y todavía inerte. Rezar no fue un pensamiento que se me ocurrió por dos simples razones: yo nunca lo había hecho antes y no había motivos para eso. La oración, a mi entender, era un recurso de los más humildes que necesitaban cultivar una esperanza en la existencia de un dios cualquiera para soportar las miserias que vivían en el día a día. Además, la oración sería usada por quien estuviese en desespero y precisase apelar a lo sobrenatural para salir, lo que no era mi caso.

No sé cuánto tiempo pasé en pie, mirando mi cuerpo echado y creyendo estar soñando. Fueron horas - creo. Allí estaba, en la misma posición, cuando Elvira entró en el cuarto. No conseguiría narrar, por falta de recuerdos, las ideas que tuve a lo largo del período en que quedé estático al lado de la cama sin ninguna manifestación. Me alegré, no obstante, porque ella sería la esperanza de resolver mi dilema. Fui a su encuentro y la abracé con fervor, entretanto, no sintió mi presencia, pasando por mi lado. Es lógico - concluí -, si estaba soñando, Elvira era parte de eso y no podía verme porque al final yo estaba echado en la cama. Me reí de esa explicación tan obvia.

El desespero solamente comenzó a tomar cuenta de mí, de hecho, cuando mi esposa se echó sobre la cama y dio un cariñoso beso en la mejilla de aquel que estaba echado en mi lugar. Sintiendo el frío en mi rostro ella se atemorizó y encendió la luz de la

lmparita. Inmediatamente pensé que el sueño podría ser de ella y no mío. Si Elvira conseguía hacer funcionar las cosas del cuarto, entonces yo era apenas acompañante en un sueño que no me pertenecía. Esa era la razón por la cual no conseguía encender la luz. Ya estaba dándome por satisfecho cuando un grito estridente sonó por la casa y ella salió apresurada del cuarto llamando a mis hijos.

Sentí mis piernas debilitarse y casi me desmayé, pero ni eso conseguí. ¡Que pesadilla infernal estaba viviendo! imaginé. Jamás olvidaría aquellos momentos. El pensamiento de que aquello podría ser realidad me pasó por la mente, es verdad, pero luego lo aparté, pues para aceptarlo tendría que admitir también la estúpida idea de que podría estar muerto. ¡Absurdo! - concluí, decidido a rechazar esa idea de una vez. Resolví entonces tener paciencia y aguardar mi natural despertar. Los médicos acostumbran a decir que las sensaciones provocadas por el sueño eran muchas y algunas de ellas aún no totalmente conocidas, luego, tenía que estar calmado y racionalmente esperar a los acontecimientos.

Segundos después, entraron en el cuarto Elvira y mis dos hijos, Pedro y Marco Aurelio, éste último acompañado de mi nuera, Cíntia. Todos estaban preocupados y hasta cierto punto angustiados. Pedro cogió la mano de aquel cuerpo que estaba en la cama, sentándose a la vera y lloró. Elvira sacudía a mi otro hijo y le preguntaba por qué aquello estaba ocurriendo tan pronto y justamente cuando nuestra situación financiera era la mejor posible. Yo también pensé que sería un desperdicio que alguien muriera en aquella oportunidad y compartí su sufrimiento. Cuando me volví para el lado izquierdo, percibí que mi nuera buscaba en el bolsillo de mi abrigo y de mi pantalón. Buscaba alguna cosa que yo jamás podría adivinar lo que fuese. Ella volvió junto a Elvira y dijo que no había encontrado ninguna receta médica ni cualquier otro elemento que pudiese indicar alguna consulta. Ellos estaban pensando que yo escondía alguna dolencia. Bobadas pensé. Siempre fui muy fuerte y saludable y nada iría a ser descubierto en mis bolsillos que indicase lo contrario.

En eso, la ventana fue abierta y la luz nublada del día entró en la habitación iluminando todo. Miré una vez más nuevamente a aquel cuerpo sobre la cama. Era yo mismo que allí estaba como si el tiempo hubiese parado en el exacto instante en que coloqué las manos en la nuca para sosegar mi pereza.

Elvira dejó el cuarto en llanto y mi hijo Pedro continuaba a la vera de la cama cabizbajo y lloroso. Cíntia abrazó a Marco Aurelio y lo llevó para otra habitación. Quise seguir a mi esposa, pero no conseguía salir de al lado de la cama. Una fuerte atracción era ejercida sobre mí por aquel cuerpo helado y extendido. Forcé un desligamiento y fue en vano.

Miré fijamente para mi propio cuerpo y vislumbré varios pequeños hilos, bien finos, oscuros y porosos, saliendo de varios lugares y haciendo numerosos puentes con aquella masa inerte sobre la cama. Eran muchos. Me sentí preso por tales hilachos de imaginación, porque el sueño me imponía esa sensación. Cuando me volvía, dando una vuelta completa en torno de mi cuerpo, esos hilos acompañaban el movimiento y no me dejaban un sólo segundo. Estaba aún contando esos lazos extraños cuando mi suegra entró en el cuarto. Ella venía con un rosario en las manos y comenzó a proferir en voz alta varias oraciones, sin parar ni para respirar. Era su hábito estar presente en todos los velatorios de amigos nuestros, rezando aquel fastidioso rosario. Fastidiado e

incomodado, intenté una vez más dejar el cuarto y fui nuevamente impedido por las corrientes que me ataban a aquel cuerpo.

Pedro salió y solamente Hilda quedó allí conmigo, orando incesantemente para mi desespero. Me dirigí hasta la butaca donde estaban mis ropas y me senté. Noté que conseguía movimiento en torno del cuerpo echado y me aparté de él no más de dos o tres metros. Pero fue lo suficiente para que yo me colocase un poco más distante de aquella plañidera irritante. Cuando ella no estaba dando consejos a todos en mi casa, especialmente a mí, estaba rezando. Fuera de eso, hasta me gustaba mi suegra. Teníamos muchos puntos en común, a pesar de no recordar ninguno, en aquel momento, para mencionarlo como ejemplo, sin embargo, estaba convencido de que existían. Recordé el día que Elvira, con mucho tacto, comenzó un largo proceso de convencimiento para que aceptase la presencia de su madre en nuestra casa. La disculpa era siempre la misma, resaltando que la edad estaba llegando y que Hilda no era autosuficiente, especialmente por haber quedado viuda. Ahora, mi madre enlutó y no quedó invalida. Pero Elvira argumentaba tanto que terminé cediendo y fue un desastre. Peor para mí - siempre dije -, pues era un desastre previsible. Cuando yo indagaba por qué los hijos de Hilda no la ayudaban, la respuesta también era posible de ser prevista: cabía a ella, como la hija más mayor, esa tarea de cuidar a la madre en la vejez.

Nuestra casa era grande y ajardinada, erguida con criterio sobre un holgado terreno de 600 m<sup>2</sup>, situado en una región noble de San Pablo. Hicimos una casa con líneas rectas, con paredes externas blancas, amplias ventanas y puertas de hierro retorcido pintadas en tono ocre. Alrededor de la edificación estaba el jardín y en el fondo la piscina, enmarcada por caminos de piedra envueltos por grama bien recortada y verde. Pequeñas porciones de flores en los cantos le daban especial toque de gracia.

Habíamos escogido todas las piezas de nuestra residencia, desde el más simple banco en el jardín hasta el más caro cuadro que conseguíamos en subastas. La construcción llevó algún tiempo y fue un verdadero trastorno. Consumió mucho dinero también. Estuvimos algunos años viviendo en un apartamento amontonados e irritados, pero salimos bien. Siempre estuvimos muy unidos y yo vivía para mi familia con exclusividad. Nuestro sueño era la construcción de una casa a nuestra manera y que fuese el espejo fiel de nuestros ideales. Más pronto de lo que esperaba, mi empresa tuvo una oportunidad impar en el mercado y ascendí a la posición financiera que deseé desde pequeño. Todo para mí era centrado en la capacidad de enriquecer, al final, era por esa vía que el hombre podía imponerse a los otros, de forma pacífica y ordenada, volviéndose un miembro de elite en su comunidad. Nunca me consideré ambicioso en exceso, ni tampoco egoísta. Era apenas un participante de la vida, un coautor de los capítulos de la inmensa novela que era nuestra existencia.

Cuando Elvira y yo fuimos a una tienda especializada en plantas, acabamos escogiendo más macetas de lo que nuestro jardín podía componer y, a pesar de eso, compramos todas. Hicimos cuestión de acompañar personalmente la entrega y la descarga de las dalias, lirios, amarilis, narcisos, salvias y antúrios, cuidadosamente transportados para adornar nuestros sueños.

Concretábamos un ideal soñado por muchos años. Después de utilizar aquellas que el decorador indicó, tiramos las demás macetas fuera, pues ya estaban mustias y muertas de tanto esperar el momento de ser parte de nuestras vidas. Algunos amigos nos

acusaron, en esa ocasión, de desperdicio. Jamás reaccioné a esa argumentación, que consideraba ataque de envidia por parte de aquellos que no aceptaban nuestro triunfo. Si el dinero era mío, podía usarlo como quisiera, incluso comprando plantas y macetas para tirar. Al final, lo ganaba honestamente.

Mis hijos estudiaban en excelentes escuelas y se relacionaban con la nata de la sociedad. Incluso manoseado ese argumento, Elvira y yo, que no tuvimos esa oportunidad cuando jóvenes, quisimos darles todo aquello que estaba a nuestro alcance para volverlos personas de bien, felices y satisfechos por haber tenido la suerte de tenernos como padres. La pobreza era dura y rígida. Creo que nunca perdoné a mi padre por haber sido tan pobre. Sufrí mucho durante mi infancia y pasé por varias privaciones. En aquella ocasión, acostumbraba a decir al sacerdote que nos visitaba que todos mis pecados estaban siendo pagados de antemano y que el resto de mi vida estaría constituido solamente de placeres. La riqueza era mi meta para alcanzar ese estado de tranquilidad.

Aún joven, lo confieso, temía un poco esa historia de enriquecer y después ir para el infierno cuando la muerte llegase. Pero el sacerdote me pacificó el espíritu, diciendo que solamente los deshonestos van para el martirio eterno. Si el Papa era rico, yo también lo podría ser, con seguridad de salvación después del desenlace.

Elvira se casó joven conmigo y luego tuvimos el primer hijo, Marco Aurelio. Él se casó, también pronto, con Cíntia, hija de un industrial de nuestro círculo de relaciones. Ya teníamos un nieto, nacido de cierta forma prematuro. Aprobamos el casamiento así que vimos la cuenta bancaria de sus futuros suegros y jamás tuvimos problemas de conciencia por causa de eso, pues ellos decían que se gustaban de verdad. Nada mejor que un matrimonio con amor y dinero. Sólo tuvimos problemas con el más joven de nuestros dos hijos. Pedro era contrario al confort y parecía haber nacido para volverse monje budista. Todo para él tenía que ser natural y simple. No le gustaba las diversiones caras y apreciaba la naturaleza. Siempre fue un niño bueno y, a pesar de ser un poco rebelde, podría haber triunfado en la vida si no fuese tan obstinado.

Marco Aurelio me ayudaba en la empresa - heredó mi espíritu emprendedor - y Elvira cuidaba de nuestra casa con esmero y capricho. Recibíamos muchos invitados para comer a lo largo de la semana, pues mis negocios siempre exigían intensa actividad social. Ella era una esposa ejemplar y a todos encantaba. Admito que mis amigos me envidiaban la familia que tenía y mi sólida posición en la sociedad. Pero hice por merecerlo, pues tenía capacidad y tino para los negocios. En la vida, fracasa quien es incompetente, era mi lema.

Lo que me fastidiaba, no obstante, eran los discursos de tendencia dudosa de mi benjamín a lo largo de las comidas de familia, único momento en que conseguía tener contacto con los míos. Desfilaba él bellísimos argumentos teóricos sobre igualdad social entre todos y al respecto del deber moral que cada ser humano posee de auxiliar a los desvalidos. Aunque pesase mi esfuerzo en demostrarle que la teoría sirve para los libros y las tesis académicas, más que la realidad era completamente diferente, el joven era recalcitrante. A veces, él apelaba para argumentos teológicos y sustentaba la misma y cansada versión de algunos sacerdotes reaccionarios de que la caridad era esencial y dar a los necesitados era lo mismo que dar a Dios.

Nunca tuve formación religiosa, porque mis padres más allá de pobres eran ignorantes y

la religión fue siempre un privilegio de los buenos colegios para familias ricas. Los pocos favorecidos de mi ciudad del interior, mal conseguían la alfabetización, cuanto más conocer y participar de discusiones vacías como esas al respecto de Dios y Sus mandamientos. Por tanto, cuando Pedro relataba sus motivos teóricos para ayudar al semejante yo le recomendaba que cogiese sus cosas y fuese a vivir un día, al menos, en una chabola. Si así lo hiciera, olvidaría esa historia de caridad en un segundo. El nunca aceptó mi desafío, pero se irritaba profundamente con mis palabras y me acusaba de ser materialista e insensible.

Nada podría, entretanto, ser más fastidioso que la conversación de mi hermano Jofre sobre espiritismo. Creo que era peor de lo que el ideal católico de mi hijo Pedro que, a pesar de eso, prestaba atención a las tesis del tío. Más allá de la práctica de la caridad, ellos, los espíritas, recomendaban atención con la tal reencarnación, el mayor absurdo que yo oyera en la vida. Me parecía tema de película de segunda clase decir que los seres humanos volverían otra vez a este planeta para expiar sus errores. Cuando él tocaba ese asunto, yo discutía con fervor y casi lo expulsaba de mi casa. No admitía esa teoría en su totalidad. Se muere, se acaba. Nada más razonable que eso. Entonces un poderoso gobernante, que comandó bandos de ignorantes, ¿irá a volver un día, en el futuro, después de su desenlace, para ser gobernado por alguien menos capaz? ¿Eso era lógico? Evidentemente que no. Por eso, rechazaba esas tesis infundadas y nunca me preocupé en pensar en la muerte como un acontecimiento próximo a mí. Lo dejaría para hablar cuando estuviese viejo, con más de ochenta. Pero, me acuerdo de un día en que organizamos la fiesta de inauguración de nuestra nueva casa. Todos estábamos reunidos en torno a la piscina y yo hice una cuestión indiscutible de que estuviésemos de etiqueta.

Los invitados llegaban en gran número recibidos por Elvira, soberbia en su vestido de tafetán rojo, especialmente importado para la ocasión. Levemente de vuelo, sin mangas, el cuerpo del vestido contornaba delicadamente los senos, dejando la espalda y el busto desnudos, tal como yo apreciaba. Ella estaba divina desfilando con su bordado de canutillos, brillantes y strass del mismo tono, aunque en pequeña cantidad, lo suficiente para conferirle un brillo leve y elegante. Un gracioso echarpe de chiffon, también rojo, se acomodaba armoniosamente a su cuello haciendo par inigualable con el tono de los rubís de sus pendientes. Me sentí, en aquel momento, realizado y confiante. Mis hijos usaban esmoquin por primera vez y desfilaban por la casa lindas enamoradas. Esa era la vida que soñaba dar a mi familia. En el día de la fiesta, alcancé mi objetivo y de allí en adelante la vida estaba ganada, pensaba.

Súbitamente, cuanto entretenía mi tiempo con esas recordaciones tan apacibles, ingresó en el cuarto nuestro médico particular. Examinó el pulso de aquel cuerpo y, volviéndose a mi hijo Marco Aurelio, dijo taxativamente que yo estaba muerto. Mis pensamientos pararon en el tiempo por algunos instantes y confieso haber sentido un estremecimiento. Tembloroso, busqué luego una explicación racional para aquella sensación incomoda y encontré la misma que antes adoptara. El sueño que vivía se volvía una pesadilla y todo lo hacía para fastidiarme profundamente. Cuando despertara, Elvira jamás iría a creer todo esto. Tenía, no obstante, una seria preocupación: ¿será que no conseguiría recordar con detalle todo esto? Normalmente, la gente olvida los sueños y las pesadillas no vuelven a la mente con tanto detalle - pensé. Sería muy importante contar con aquella vivencia sin olvidar nada. Tal vez pudiese hasta escribir para una revista médica contándoles esos pasajes peculiares y recibir una especial mención en base de mi coraje

y por esa contribución científica. Quién sabe hasta podría ayudar en el descubrimiento de algún tipo de medicamento que impidiese esas terribles pesadillas. Al final yo era un auténtico adepto de la ciencia.

Nuevamente me calmé. Desconfiado estaba aún y comencé a mirar para mis manos, intentando constatar si ellas cambiaban de color o de aspecto. La muerte trata, según los libros, una tonalidad pálida y macilenta. No detecté ninguna alteración, a pesar de haber verificado que aquel cuerpo sobre la cama estaba, de hecho, macerado ya que el médico le diagnosticara la muerte. No era mi caso, no obstante, continuaba con excelente aspecto.

Me acordé de la ocasión en que había ido al entierro de un estimado cliente, una persona que más allá de los negocios que hacíamos juntos, era mi amigo. Él estaba en el cajón, lleno de flores y yacía inerte bajo las miradas curiosas que lo observaban. Velas enormes fueron colocadas en los cuatro puntos que formaban un rectángulo alrededor del ataúd y, cuando estaban encendidas, servían para iluminar aún más el claro ambiente ya servido por lámparas fosforescentes. Aquellos cirios parecían tener la exclusiva función de volver lúgubre y triste el ambiente. Los semblantes funestos de los parientes y amigos prevalecían y las coronas de flores no paraban de llegar. Mi empresa patrocinó la más bella de todas, con orquídeas y crisantemos gigantes, en una decoración inusual y carísima. Me enorgullecí del buen gusto de Elvira al providenciar esa verdadera pieza de arte para ostentar a todos la amistad que nutríamos por el fallecido. Las dedicatorias de la corona eran bellas y poéticas, llegando a emocionar a quien las leyese. Si hubiese sido escogida por mi secretaria ella hubiese merecido un aumento, pensé.

Los presentes me saludaron por la gentileza y muestra de cariño. Algunos hasta me solicitaron la dirección de la floristería que providenciara tan elegante ornamento fúnebre, pero no pude atenderlos pues fue mi esposa la autora de la hazaña.

Las velas brillaban en el recinto y exhalaban un olor típico de cámaras mortuorias, que sólo era aplacado por la emanación agradable de las flores que superaban en número y esplendor. Cuando el sacerdote hizo un discurso resaltando las cualidades y virtudes inigualables del difunto, en realidad lloré, especialmente emocionado. Entretanto, después de algunos segundos de lágrimas furtivas, noté que las palabras del sacerdote estaban siendo muy pródigas y que él no había sido tan especial. Elvira, que a aquella altura ya había llegado, se apostó a mi lado y me apretó fuertemente el brazo también emocionada. Constaté un poco de exageración en el discurso sacerdotal, sin embargo, percibí que era exactamente aquello lo que los familiares y amigos deseaban oír.

La ceremonia fúnebre era un acontecimiento característico y llegaba, a mi entender, a ser elegante. Las personas estaban sobriamente vestidas, había muchos ornamentos en el lugar y la fraternidad al menos aparente, imperaba en todos. Y lo que era mejor: se mantenía el respeto a la memoria de aquel que partió, incluso que él no fuese tan querido. Yo, particularmente, apreciaba ese perdón póstumo que los difuntos recibían. Entierros y velatorios me eran emocionantes, desde que lógicamente no fuese de personas de mi familia o, en último análisis, el mío.

Desperté de mis pensamientos cuando vi aproximarse a la cama dos hombres forzudos y vestidos de blanco, cargando con ellos una camilla. Colocaron las manos por debajo del cuerpo y dieron un solo impulso que fue suficiente para transferirlo de la cama para

aquel lecho suspendido. Me estremecí pues sentí una conmoción generalizada en mi propio cuerpo. Cuando los enfermeros se apartaron del cuarto cargando mi imagen estampada en aquella masa inerte, los hilos a los cuales ya me referí se estiraron y, como si estuviesen arrancando fuera mi alma, me arrastraron con ellos fuera de la casa. Mi deseo de salir del cuarto finalmente fue atendido, sin embargo, yo no conseguía detenerme por un minuto siquiera en las otras habitaciones de mi casa. En segundos estaba en el interior de un coche fúnebre, constatando tristemente que aquellos hombres no eran enfermeros, sino trabajadores de la funeraria. El hecho de estar vestidos de blanco me engañó. Por la estrechísima ventana del coche vi mi casa apartándose cada vez más en cuanto recorriamos las alamedas sofisticadas de mi barrio hasta perderlas de vista, provocándome entonces un dolor tan angustiante igual a aquel que diera inicio a la cruel pesadilla que en aquel instante yo vivía.

Miré para el cuerpo a mi lado y él estaba pálido y sin brillo, exactamente como los cadáveres que veía en velatorios y entierros. Intenté imaginar por qué estaba siendo obligado a soñar cosas tan horripilantes, justamente ligadas a la muerte, de la cual siempre tuve arraigada aversión. Contaba los minutos, ansioso, aguardando el momento en que el despertador iría a tocar, de hecho, y mi tormento estaría terminando.

Mi realidad, en aquel momento, se ceñía al cuerpo que me acompañaba y a un pequeño universo de dos o tres metros a mi alrededor. Estaba literalmente preso al cadáver y me horrorizaba la hipótesis de quedarme mucho tiempo en aquella situación. Resolví pensar en otras cosas más apacibles y menos sofocantes. Elvira siempre fue una buena compañera y pienso que me casé apasionado, aunque su dote fuese algo bastante incentivador. No era mucho, pero lo suficiente para que impulsase a mi pequeña empresa, en aquel tiempo afianzándose en el mercado. Me gustaría, es bien verdad, haberme casado con Julia, la muchacha más rica y bella que conocí en la vida, pero siempre fui despreciado. Ella tenía, no obstante, razón de tratarme de aquel modo, al final, yo era pobre. Los casamientos deben realizarse dentro de la misma clase social, siempre fue mi pensamiento. Por eso, resolví consorciarme con Elvira. Progresamos a partir de entonces juntos y hermanados por el mismo ideal de enriquecernos lo más pronto posible para dar a nuestros hijos la oportunidad de ser aceptados por buenas familias, superando el rechazo que había experimentado con la elegante Julia.

Allá estaba yo pensando en el pasado otra vez. Era hábito mío pasar horas recordando los buenos y malos momentos, como si pudiese algún día hacer volver el tiempo para atrás para alterar alguna cosa. En cuanto me sorprendía en divagaciones, el coche fúnebre continuaba su trayecto y pasaba tranquilamente por entre varios automóviles por las calles y avenidas de San Pablo. Miré por la estrecha ventana del vehículo que me conducía y a mi lado paró un bello descapotable, conducido por un muchacho de unos veinte años.

El muchacho tenía linda compañía, tal como era Julia en mis tiempos de colegio. Me acordé de haberla abordado varias veces, pero siempre fuí rechazado porque no tenía coche. En aquel tiempo no era común y solamente los ricos poseían coche particular. Pero ella no se conformaba con mis atributos personales, quería un coche para pasear, tal vez como estuviese haciendo la hermosa acompañante que acababa de ver.

Comencé a imaginar hace cuánto tiempo aquel muchacho ganara su coche y si su padre sería rico. Concluí, por mi cuenta, que debería haber sido su regalo del décimo octavo

cumpleaños y el padre por cierto tenía posesiones. Además, admito que proyecté en el muchacho aquello que un día deseé para mí. O sea, que mi padre me hubiese hecho un regalo de esa forma y en la misma ocasión del cumpleaños. Frustrado por no haber sido así conmigo, pretendía dar a mi hijo la alegría de desfilarse por las calles con un potente y vistoso coche deportivo. ¡Ciertamente no habría alegría mayor que eso! - terminaba convencido. Pero cuando mis dos hijos hicieron dieciocho años, no cumplí lo que imaginé toda la vida, tal vez por pensar que era un desperdicio entregar un carísimo vehículo en las manos de un insensato muchacho. Ambos protestaron y criticaron mi actitud, porque yo les prometí desde muy pronto ese tipo de regalo. Indiferente, mantuve mi postura de cederles mi propio coche cuando desearan impresionar a alguna chica.

De repente, el coche a mi lado arrancó y la muchacha aún miró con pena para mí. Ella vio que se trataba de un coche fúnebre y debe haber imaginado que yo estaría muerto. Estaba en lo cierto, pues yo haría lo mismo si me deparase con un difunto tan próximo. Volví a considerar extraño aquel sueño mío, que estaba prolongándose demasiado. Mi único consuelo era estar viviendo una experiencia inédita que podría prepararme para el futuro; al final - aduje -, todos van a morir algún día.

Nos detuvimos en otro punto del tránsito paulista y a mi lado paró un taxi. En su interior se encontraba una señora de bastante edad, amparada por un joven de unos quince años. Imaginé que se trataba de un nieto literalmente cargando con su abuela al médico. El conductor miraba para atrás y parecía despreciar por completo a la vieja. Me causó cierta repulsa aquella situación que presenciaba, pues me pareció que nadie daba atención a la mujer mayor. El tiempo era implacable con las personas - pensé - e infeliz de aquel que quedase viejo sin tener condiciones financieras para soportar los caprichos. La pobre señora debería estar sola y depender de la buena voluntad de un joven que tenía toda la vida por delante, no queriendo por cierto cuidar de la abuela; por ese motivo, le hacía un favor y ni el conductor del taxi supo comprender eso. Me volvería un viejo tacaño e insoportable - resolví. Por lo menos en cuanto las personas hablasen mal de mí, tendrían razón. Si yo fuese muy bondadoso y pródigo, quedaría sin un real y sería despreciado. En el fondo, odiaba la idea de envejecer y ni se me pasaba por la cabeza morir, a pesar de saber que eran inevitables las dos situaciones.

Seguíamos más rápido a aquella altura del camino. Probablemente el conductor del coche fúnebre recordó su retraso y, para evitar una llamada del jefe, anduvo acelerado. Llegamos, así en pocos minutos a un lugar extraño, cuya puerta de entrada era un gran portón de hierro que daba directamente a la vía pública. No había letrero de identificación, ni cualquier otro punto de referencia; solamente un edificio blanco y gastado, pareciendo desmoronarse, nos recibió.

El vehículo hizo una maniobra y estacionó. Vinieron algunos hombres de dentro del edificio y abrieron la puerta de atrás. Transportaron el cuerpo para una de las salas y, en el camino contaban chistes al respecto de los velatorios. Todos reían entusiasmados. Aquello, lo confieso, me chocó. Incluso que no tuviese relación conmigo o con la pérdida de algún pariente, pensé que ellos deberían tener más respeto con el difunto. Me irrité, por primera vez, con mayor intensidad.

Los hilos a los cuales me referí anteriormente, estiraban cada vez que aquel cuerpo se apartaba más de tres metros, aproximadamente, y yo era arrastrado para su lado.

Nuevamente, me exasperé. Parecía un encantamiento tirando de un lado para otro, sin rumbo y confuso. Si fuese aquella la sensación que la muerte causase - deduje - jamás pensaría en eso cuando despertase.

Inmovilizado en una sala oscura, allí permanecí por un buen período de tiempo. No había ningún punto de luz en el lugar y la angustia tomó cuenta de mí. Creía no poder respirar, pues faltaban suficientes entradas de aire. Súbitamente, cuando ya no sabía en qué pensar, oí una voz... Era un tono siniestro, pareciendo irónico, que canturreaba la marcha fúnebre desafinando. Me causó espanto. Miré para los lados y nada encontraba. Incesantemente continuaba la balada sombría. A pesar de vivir una pesadilla, me dio ganas de hacer algunas preguntas y no me contuve. Pregunté en alta voz:

- ¿Quién está cantando esa melodía irritable? ¡Responda quién esté ahí! - Mandé con autoridad incuestionable.

Como si no bastase la canción, oí risas también.

- Si son los groseros cargadores que hace poco vi, les pido que paren esa broma estúpida. Que no considero ni siquiera un poco graciosa...

Insistían las risas y también la marchita despreciable, que a aquella altura era agobiante.

- ¡Cobardes! Si esto no fuese un maldito sueño, me quejaría a su jefe.

- El ateo mundano está despertando de su catalepsia... ¡Vean! Él está furioso y continua a diez almas\*, de su propio cuerpo, sin percibir que murió. ¡Eh!, bellota, sois dignos de pena - me agredió súbitamente una voz en la oscuridad.

(\*) antigua medida de largura de tres palmos.

- ¿Quién habla? no lo conozco, por tanto, ¡muéstrese! ¿Cómo se atreve a invadirme la privacidad y atormentarme en mis sueños? ¡vete al diablo! - vociferé convencido de hacer cesar aquella prueba.

- Tenéis el particular hábito de dar órdenes, ¿no? ¡Pobre de ti, el muerto! En mí no mandáis. Canto lo que quiero y cuando me aprovecha. Hace años que soy dueño de mi camino y nadie irá a dictarme como obrar.

- Dígame al menos quién es usted y por qué me está fastidiando...

- No te interesa mi nombre. Llámame de nadie, o mejor, prefiero que me llaméis de guardián. ¿Te gusta?

- ¿Guardián de qué? Confieso que no entiendo. ¿Qué pretende guardar en este cuarto oscuro? (risas) - forcé un humor que no era verdadero.

- ¿Estás riendo de mi o de ti? Tu situación es dramática, ¿no lo percibes? Sois el motivo directo de mis risas, pues me gusta divertirme en cámaras mortuorias como ésta. Aquí paso gran parte de mi tiempo, especialmente para encontrar víctimas como tú para acusar.

- No creo que pierda mi tiempo con una criatura fruto de mi imaginación... - dije enfadado.

- ¡Cuánto tiempo necesitaréis para percibir que estáis muerto, oh criatura! ¿Entiendes lo que te digo? Hablo tu lengua, a pesar de hacerlo en forma arcaica. ¿Olvidastes las lecciones de gramática y por eso no estás entendiendo el mensaje? (carcajada)

- ¡Déjate de burradas! ¿Tú piensas que eres lo suficientemente experto para confundirme? ¡¿Muerto?! Aparece a mi frente que te mostraré quien está muerto.

- ¡El problema es tuyo, no mío! Me divierto a costa de ignorantes como tú. Espero que aprecies el confort proporcionado por esta funeraria. Es una de las mejores de la ciudad. Tú familia te aprecia, pues gasta un buen dinero solamente para enterrarte (risas). Ah, en breve vendrán a maquillarte, ¡espero que te sientas a gusto! Hasta pronto, desconocido, voy a continuar mi trayecto.

Felizmente - consideré - aquel tormento cesó y volví a la oscuridad silenciosa, más bien gratificante. Entretanto, después de algún tiempo, aquellas palabras jocosas comenzaron a perturbarme. Por un momento, me pasó por la cabeza la idea de poder estar de hecho muerto. ¿Y si así fuese qué iría a hacer? ¿Cómo saldría de aquella situación? Sería ridículo enfrentar tan pronto la muerte, pues no creía en Dios, a no ser para contentar al sacerdote de mi ciudad natal, ni tampoco en vida después de la muerte. Tal vez con la edad avanzada, pudiese comenzar a pensar en el asunto y pensase en alguna solución para la contrariedad, pero no con cuarenta y pocos años. Lo más razonable, no obstante, era mantener la hipótesis del sueño, o mejor, de la pesadilla. De repente, iría a despertar y constatar el dilema imaginario que enfrentaba. Sería una cómica situación para contar a los amigos, repetía para convencerme.

Una cosa me fastidiaba realmente. Yo ya estaba saturado de soñar. Quería volver ya a la convivencia familiar y, cuando eso ocurriese, evitaría dormir por el máximo de tiempo posible, solamente para evitar aquella horrible sensación otra vez. ¿Cómo podría despertar? - pensé. Tal vez si me concentrase y colocase todas mis fuerzas en eso podría provocar la actividad cerebral que, entonces, ¡accionaría el sistema nervioso y listo! ¡Estaría despierto! Así hice. No sé cuánto tiempo perdí martirizándome sin conseguir nada. Aquel estado cenestésico que alcanzara me dejaba confuso y sin rumbo. Volví a mis recordaciones.

Me acordé del día que uno de mis hijos volvió de la escuela y deseó hablar conmigo. Quería saber qué era una relación sexual, término que oyera en aquel mismo día en la sala de aula. Orgulloso de haber sido buscado para prestar tales esclarecimientos importantes que solamente un padre puede hacer, le narré todo lo que sabía, y no era poco. Pedro, con doce o trece años en esa época, me oyó atento. Cuando finalicé mi exposición, él me preguntó sobre mi casamiento con Elvira, deseando saber si nosotros habíamos mantenido relaciones sexuales. Le respondí que sí. El niño, experto, no tardó en indagarme si era sólo con su madre que las mantenía. Intenté ser sincero, del mismo modo que mi padre lo fuera conmigo, razón por la cual admití que no. Un hombre - expliqué tenía el derecho y la necesidad de tener otras enamoradas, más allá de aquella que le ocupase el principal puesto en la vida. No era deshonra alguna para Elvira que yo tuviese otras relaciones fuera del casamiento - le dije - y él iba a hacer lo mismo cuando

se casase. Mi sinceridad reflejaba el sentido común de mis amigos y de algunos familiares. En mi posición social, un hombre jamás evitaría conocer a otras mujeres, pues eso le confería un cierto prestigio y lógicamente estatus. Ni bien terminada mi exposición, noté en el joven un aspecto trastornado, esbozando un aire de repulsa. Le pregunté si había comprendido bien mis palabras, pero Pedro se dirigió a mi llorando y replicó que jamás creería que su propio padre fuese un adúltero. Exactamente ese fue el término que usó y el cual nunca más olvidé.

Quedé conmovido, pues ya había mantenido la misma conversación con Marco Aurelio que, extasiado, aún me obligó a detallar sobre el asunto. Le narrara mis varias aventuras y el muchacho quedó orgulloso. Entretanto, el benjamín me miró con desprecio y repugnancia. No sabía lo que decir cuando Pedro me hizo prometer nunca más decir eso - con satisfacción - a nadie. Juró no contarle a Elvira mi confesión, pero amenazó hacerlo caso percibiese que yo estuviese prevaricando fuera de casa. Asentí y cambié rápidamente de asunto.

Es obvio que continué a obrar como hacía antes, pero procuré ser más cauteloso porque más allá de mi esposa tenía también la vigilancia de mi benjamín. Contaba solamente con Marco Aurelio para cubrirme las furtivas escapadas extraconyugales. Y él lo hacía con placer. Pobre Cíntia - pensé -, debía estar en la misma situación que Elvira y ni siquiera desconfiaba. Probablemente el culpable de esa actitud de mi primogénito, sería yo, en base a los consejos que le diera a lo largo de la infancia y adolescencia.

Me interrumpió las ideas la apertura brusca de la puerta y el encender de las luces. Entró una mujer de edad avanzada vistiendo un conjunto de falda y blusa, confeccionado en paño barato de color negro, sin ningún detalle que pudiese conferirle algún toque de gracia. Ella usaba tanto maquillaje que pensé que estaba en un circo y no en un depósito. A aquella altura ya había percibido que mis sueños se desarrollaban en la funeraria, pues el coadyuvante de mi imaginación, llamado guardián, me informara, más allá de que el vehículo que transportó el cuerpo sólo podría haber ido a un lugar así. Cuando la figura exótica se aproximó, colocó su enorme bolsa, también negra, tal vez para ir a juego con sus ropas vulgares, encima de la barriga del helado y pálido cadáver. Me hacía sentir asco, tamaño era la falta de respeto. Impasible, la vieja retiró numerosos botes y potingues, los abrió y los esparció sobre el tórax del humillado difunto. Pasó horas sin demostrar cualquier emoción maquillando al muerto. De hecho, su apariencia mejoró bastante y él parecía más bien dispuesto que la propia artista.

Cuando terminó su trabajo, miré fijamente para el cuerpo y percibí que era exactamente como yo. Concluí, sin oportunidad de errar, que cuando muriese quedaría más o menos de aquella forma. La mujer, entonces, guardó sus pertrechos y escribió en el papel algunas frases ininteligibles, colocándolo en el bolsillo del traje con el que había sido vestido el cadáver. Mi curiosidad se agudizó ¿Qué habría escrito aquella siniestra figura? ¿Sería un mensaje para los ángeles? - pensé. No conseguí coger el papel porque mi mano pasaba por la ropa sin lograr alcanzarlo, era terrible soñar. Me conformé con no desvelar el misterio y continué reflexionando sobre mi pasado - la única cosa que me daba placer en aquellos difíciles momentos.

No podría jamás olvidar el día que fui llamado por el gerente de ventas bastante irritado con un grupo de personas que insistía en hablar conmigo. Para evitar tumultos dentro de la empresa, resolví recibirlos. Eran voluntarios de una campaña de recaudación de

fondos para la construcción de un orfanato en mi barrio. Me hablaban de la necesidad de ayudar en la obra, pues la empresa se situaba en la misma región y estaría, con eso, auxiliando a la comunidad benéficamente. Alegaban que la institución tenía por finalidad amparar a las criaturas necesitadas y sin padres. En fin, sugerían una determinada cuantía que, al principio, pensé elevada. Después de los hartos argumentos que ellos levantaron, juzgué oportuno el relatarle los míos, contándoles por horas cómo comencé mi carrera, viniendo de la nada, hasta alcanzar la posición de importancia que podían constatar. El grupo me oyó con paciencia, -ciertamente para recibir mi donativo- creí. Finalizada mi exposición repleta de autoelogios a mi persona, les di la mitad de lo que habían solicitado y les prometí que, en el futuro les daría el resto. Aguardaría, no obstante, a que la obra estuviera lista para volver a hablar del asunto. Cuando los voluntarios agradecidos, salieron, llamé a mis trabajadores y, orgulloso, les narré mi acto benéfico con detalles. Todos me aplaudieron el gesto y me consideraron una persona sensible y caritativa.

Fue un buen día en mi vida, pues había sido aclamado por extraños y por mi propio personal, además de haber hecho una donación caritativa que me templó la conciencia por largo periodo. A partir de aquel día resolví practicar la caridad una vez que otra para sentir la apacible sensación del deber cumplido. ¿Quién sabe si no ganaría un título comunitario? conjeturé. Al llegar a casa, le conté a mi familia mi gesto y otros elogios que gané. Buenos sueños debí haber tenido aquella noche, bien diferentes de éste que estaba atormentándome.

No sé cuánto tiempo pasó cuando la puerta se abrió otra vez y aquellos hombres atrevidos volvieron a coger el cuerpo. Otras desagradables bromas fueron proferidas. Pasando a una sala contigua, cuya luminosidad cenicienta me angustió, el cadáver fue colocado en un bello cajón de caoba - si es que se puede calificar así un ataúd - todo forrado de terciopelo rolo con sutiles rayas en línea negra y con asas dorada. Poseía también diseños y grabaciones en bajo relieve, dándole un aspecto sofisticado. Puesto allí dentro, visores de cristales permitían ver el cuerpo en su interior, aunque fuese con la tapa colocada.

Comenzaron, enseguida, a llegar numerosas docenas de flores, entre crisantemos blancos y palmas amarillas, en su interior, buscando cubrirlo completamente. Se aproximó al ataúd otra mujer mayor, que no era la misma que hizo el maquillaje. Ella comenzó a preparar cuidadosamente la decoración floral y ni se daba cuenta de estar tratando con un difunto. ¿Cuántas vetustas señoras se aproximarían al ataúd para alguna tarea especial? ¿No habría otra persona - quien sabe más joven - en aquella funeraria que pudiese encargarse de la preparación del cuerpo para el velatorio? Mi inconformismo era grande, pues no bastaban los hombres que contaban chistes todo el tiempo, había una serie de viejas malhumoradas que pasaban horas a mi lado entregadas al trabajo de embellecer a un muerto. Aquella situación me causaba asco e irritación, pues nadie estaba preocupado con la persona que falleció. Todos querían cumplir sus tareas para estar libres. No había el menor respeto en aquel lugar - concluí. Hacía tiempo que no veía una única sonrisa de quien quiera que fuese. Era una pesadilla angustiante y estaba serio, soturno y malhumorado.

Me pareció que pasaron unos pocos minutos - pero creo que fue mucho más - hasta que las personas comenzaron a llegar al velatorio. Primeramente, entraron en el recinto mis familiares, todos cabizbajos y llorosos, encabezados por Elvira, vestida de negro - pero

con muy buen gusto, en un bellissimo tailleurde lino - y amparada por mi suegra. Quedé, por un segundo, feliz y orgulloso ante la elegante presentación de los míos. Entretanto, me amargué enseguida por no estar con ellos desfilando por aquel acontecimiento social. Veía figuras extremadamente mayores y estáticas, apoyadas en bastones, en el lugar e imaginaba que jamás podría ser mi velatorio pues yo era muy joven para morir, especialmente comparado con aquellos vetustos invitados.

Me aposté altivo al lado de Elvira y allí quedé en posición de sentimiento. Todos los que se aproximaban le daban condolencias y recordaban lo bueno y caritativo que yo era, además de haber dejado inmensurable nostalgia en todos los que me amaban. ¿Sería así cuándo, de hecho, yo muriese? - pensé. Nada mal para alguien que era pobre desafortunado en la infancia y conquistara su lugar en la sociedad con mucho trabajo y dedicación. Pero jamás fui ignorante: apenas tuve formación de nivel superior. Para compensar, acostumbraba a leer mucho, especialmente buenos libros - Machado de Asís era mi preferencia - además de periódicos y revistas. Me consideraba culto y bien informado, pudiendo mantener conversación con cualquier persona. Estaban en lo cierto aquellos que sentían mi falta. Si yo hubiese muerto, realmente dejaría mucha nostalgia. Y no era arrogancia por mi parte ratificar aquellos espontáneos saludos a Elvira; apenas dejé aparte la modestia, reconociendo la verdad.

Se formó de repente una fila de trabajadores de mi empresa, que parecía no tener fin, y mis hijos comentaban uno con el otro como era yo estimado por mis empleados. Mi nuera, corroborando esas consideraciones, recordándoles cuantas coronas de flores habían llegado. Eran más de treinta - exultaba - y por tanto una señal de aprecio y afecto. Es verdad que aproximadamente el noventa por ciento de ellas fueron enviadas por clientes que aún no habían saldado sus deudas para conmigo, pero eso no significaba que, más allá de acreedor, yo no les pareciera alguien importante y distinguido.

Creo que ninguna otra ceremonia podría haberme impresionado tanto, si no fuese aquel acontecimiento mi propio velatorio. Sin embargo, en sueño. Cuando llegase la hora, me gustaría que todo transcurriese exactamente de aquella forma - sinteticé.

La alegría duró poco. Cuando resolví apartarme de Elvira y dirigirme al rincón opuesto de la sala, oí varias conversaciones que no me trajeron bienestar. En grupos de amigos y de trabajadores, muchos estaban tejiendo consideraciones agresivas y desairosas a mi respecto. Habían dicho palabras gentiles a Elvira, pero por detrás, me denigraban la honra en actitud francamente hostil y poco caritativa, al final, no podía presentar cualquier defensa. Admito que acompañar aquellos diálogos ásperos protagonizados por palabrotas deshumanas era profundamente irritante. Comencé a desesperarme, sin saber a quién recurrir o qué hacer. Cuando caminaba confuso de un lado para otro de la sala, me deparé nuevamente con aquella lúgubre figura que en la cámara mortuoria me había surgido.

- Y entonces, ¿estás convencido ahora de que moriste? ¿No oyes a tus extraños amigos y familiares tejiendo tan buenas consideraciones sobre ti?

- ¡Cállate! Esto es solamente un sueño. Si fuese verdad, ellos jamás estarían hablando esas cosas horribles, respondí de pronto.

- ¡Qué falso argumento! Sois realmente un ciego para la realidad. Tengo pena de ti, pues nunca vi, antes, tamaña obstinación en no admitir una muerte. Deberías hacer como yo, desconocido, reconociendo luego tu actual estado. Te aseguro: no es tan malo cuando lo piensas.

- Y suponiendo que tú estés hablando la verdad - lo que vamos a admitir, solamente para argumentar, - que estoy muerto. Si es así, ¿hace cuánto tiempo estás vagando en este depósito lúgubre, irritando a los que encuentras al frente?

- ¡Hace años, supongo! Ni sé cómo responderte esa cuestión, pero lo considero irrelevante, pues lo que me confiere placer no es digno de cuenta de tiempo. Tú puedes contar los días y las horas de tu terrible situación porque no tienes placer alguno en lo que haces. ¡Yo soy diferente! Mi versión es esa que estáis viendo...

- ¡Qué tontería! Tu eres un frustrado... un pobre desgraciado que no sabe para dónde ir y dice divertirse en esta funeraria inmundada. Apuesto a que ni tu velatorio tuviste la satisfacción de acompañar.

- ¿Y para que lo haría? ¿Para ver personas criticándome después de la muerte? ¿Para percibir cuánto me aguantaban cuando estaba vivo y ahora descargar su ira encima de mi memoria con comentarios groseros sobre mí? Sabes que ya acompañé centenas de velatorios y entierros y en ninguno de ellos los invitados supieron mantener la compostura. Cuando están criticando al muerto - que ya no se defiende - pasan a contar chistes o divagar sobre herencias y legados. La humanidad es pérfida y sucia.

- Tú estás muy amargado, tal vez porque no has tenido una familia como la mía. Estás parado en el tiempo, cultivando un rencor infinito. Ni el modo de hablar tuyo procuro actualizar. Tu manera de expresión es anticuada y desfasada.

- ¿Qué gran cultura tienes para corregirme las maneras de esa forma? Sois un fanfarrón. La única ventaja de nuestra conversación es que parece admitir que no soy apenas fruto de tu imaginación, como antes lo hiciste. ¿O estás hablando contigo mismo? (risas)

- No perderé mi tiempo argumentando contigo. Poco me interesa de dónde vino o para dónde va. Prefiero estar al lado de mi familia a tener que soportarte.

- No pretendo quedarme. ¡Ah, te hago una advertencia! Cuidado de ahora en adelante, pues irás a encontrar otros como yo que no te darán tanta atención, ni tendrán mucha conversación.

Rápidamente busqué el confort de Elvira y me puse, de nuevo, a su lado. Me gustaba oír las bellas palabras de condolencias que le eran dirigidas por los invitados. Constaté que el tiempo pasaba a medida que las velas alrededor de la caja eran cambiadas con cierta periodicidad. Cuando mi esposa quedó sola, se aproximó a ella mi gerente de ventas, Válder. Se sentó en una silla al lado y le cogió una de las manos. Silenciosamente, comenzó a acariciarla y besarla. Me preocupé, pues jamás lo vi tan íntimo con Elvira antes. Pensé, al principio, que él intentaba apoyarla en un momento tan difícil, pero no precisaba acariciarla de aquel modo. A cada suave desliz de sus dedos por la mano derecha de la viuda, mi ira crecía. ¿Por qué ella no le apartaba la caricia, retirándole la mano? ¿Y si mis hijos viesan aquella escena grotesca? - suscitó. Lamentablemente, no

obtuve respuesta, pues mis hijos volvieron y comenzaron a discutir sobre otro asunto execrable: mi herencia.

Marco Aurelio acusaba a Pedro de ser un débil, incapaz por tanto de conducir mis negocios. El benjamín atribuía al más mayor los conceptos de deshonesto y desleal como yo. Ahora, no bastasen las mutuas agresiones entre hermanos, que hasta mi nombre fue envuelto en eso una vez más. Insolentes estaban siendo los muchachos, concluí. Deberían respetar mi supuesta muerte y jamás debatir un asunto tan superfluo en ese tipo de ceremonia.

Por algunos instantes, contemplé a todos los presentes en el velatorio y no conseguí encontrar en ningún semblante la imagen del sufrimiento y del dolor. Estaban tranquilos, sin embargo, cansados los que se habían quedado hasta aquella hora. Ni siquiera mi esposa conseguía estar todo el tiempo llorosa. Desmitifiqué la imagen que tenía al respecto de ese acto de velar a un difunto. Imaginé que solamente los extraños quedaban ajenos al dolor y tristemente constataba que también amigos y familiares se olvidaban del muerto, preocupándose de asuntos inconvenientes.

La situación creada tenía fuerte apelo de ironía socrática, pues mis convicciones iban cayendo una a una como si toda mi vida fuese un inmenso castillo de naipes. No era posible un sueño tan real, volví a pensar. Mis emociones estaban afloradas y el corazón angustiado, solamente la razón permanecía turbada y abatida. Me negaba terminantemente a aceptar que había muerto. Era una decisión fruto de los varios años materialistas de mi jornada en la tierra. Si tuviese que sufrir por causa de mi falta de resignación pensaba, aun así sería un mal menor que reconocer el cruel fin proporcionado por la muerte.

Por algunos instantes, quedé en un rincón meditando. Cuando me di cuenta había una multitud de personas en la sala. No era posible que varios invitados hubiesen llegado en una fracción de segundos sin que lo hubiese percibido, deduje. Miré para los presentes e intenté reconocerlos. Solamente parte era familiar; la otra íntegramente era desconocida. Buscaba una explicación cuando uno de los extraños llegó a mi e preguntó:

- ¿Usted es pariente de ese muerto?

¿Qué iría a responder? Nada más me era concluyente y firme. Intenté, así, ser sincero.

- Se puede decir que sí.

- Al final, ¿es o no?

- ¿Qué le importa saber? - repliqué

- ¡No sea arrogante! Dígame qué hace aquí, pues es la primera vez que lo veo aquí.

- Soy pariente del muerto - contesté sin mucha convicción.

- Entonces cuéntenos alguna cosa graciosa o rara sobre él.

- ¿Por qué?

- Mira, estamos aquí para dar buenas carcajadas y ya que usted conoce al difunto, cuéntenos particularidades de su vida mundana para que nosotros nos podamos divertir.

- ¡Eso es un absurdo! Váyase de aquí - grité coléricamente, sin clara noción de lo que hacía.

Las otras personas desconocidas se aproximaron y comenzaron a carcajearse hasta perder el aliento.

- ¡Él está nervioso, oigan! Debe ser él mismo que murió y no lo sabe. Qué idiota fui yo. Pariente para nada. ¡Es él mismo!

- Es él mismo, es él mismo - berreaban todos en coro.

Estupefacto, no sabía qué hacer e intenté agredirlos físicamente. No lo conseguí, pero mi reacción violenta les provocó aún más el ansia de ridiculizarme. Durante horas seguidas, aquellos seres crueles me hostigaron sin cesar. En cuanto reían y proferían improperios de todo orden, comenzaron a transformarse y, como si fuesen protagonistas de una pieza de terror, vinieron criaturas monstruosas y grotescas bien diferentes de los otros invitados. Parecían seres no humanos. Me asusté, de verdad, cuando los vi. Ellos se entremiraban fijamente y continuaban riendo.

Cuando percibí inocuas mis reacciones, no tuve más voluntad de expresar mis sentimientos y me quedé silencioso, aunque contrariado. Si aquello fuese un sueño, a aquella altura ya sería una auténtica pesadilla, y de las peores de mi vida. Para mi confort, amanecía y los funcionarios de la funeraria vendrían a buscar el cajón para conducirlo al cementerio. Aquellos seres deformes se retiraron apresurados. Volví a tener algunos minutos de calma hasta que hubo un tumulto en el momento de cerrar el ataúd. Algunos familiares lloraban y otros escenificaban la manoseada manifestación de inconformismo con la retirada del difunto. Concluí, de inmediato, que era una falsedad general, pues habían pasado gran parte de la noche conversando animadamente y contando chistes. Algunos discutían la herencia y la viuda se dejaba acariciar por un empleado. ¿Qué cariño podría aún restar? En fin, yo mismo ya apoyaba, indiferente, la retirada del ataúd, aunque fuese delante de las suplicas lacrimosas de los presentes.

Cerrado el cajón y lacrada mi esperanza de despertar después de aquella pesadilla nefasta, el cuerpo rígido fue lanzado dentro del vehículo negro, que arrancó de allí seguido por inmenso cortejo de coches. Yo habría hallado magnífica esa escena si no estuviese por un lado asustado y por otro airado.

Partimos todos para el cementerio. Me habría gustado haber ido junto con mis familiares, en sus lujosos y veloces vehículos, pero me restó de nuevo la compañía desagradable del sarcófago repleto de flores y velos de encajes rosados. De aquella misma minúscula ventana, quedaba observando a mis hijos en mi coche, detrás de mí. Pedro parecía entristecido y conducía, en cuanto Marco Aurelio, con sus gafas oscuras adquiridas personalmente por mí en el último viaje que hice a Paris, no dejaba los ojos expuestos para que yo pudiera saber si lloraba. Me extrañó verlo sonreír de vez en cuando. Elvira, a su vez, ya había cambiado de ropa. Vestía ahora un traje negro con

algunos minúsculos detalles en blanco, tal vez flores o puntos, pero de rayas no era. Estaba elegante como siempre. La acompañé todo el viaje con una mirada codiciosa. Alcanzamos nuestro destino en algunos minutos. El tránsito de la ciudad contribuyó mucho, pero honestamente no sabría decir cuál era el día de la semana, quien sabe si domingo, deduje por la facilidad de la conducción. Además, mi vida parecía circundar en torno de ese día de la semana y en base a eso yo no salía del lugar.

Comenzó ese día a soñar y aún no había cambiado la fecha. Tal vez fuese un fenómeno propio a ese estado, o sea, en cuanto dormimos el tiempo no pasa. Admito que quedé contento de haber encontrado una tesis nueva para abonar mi ansiedad para no descubrir no estar muerto.

Antes del entierro, los trabajadores de la funeraria llevaron el ataúd para una capilla, donde pasó a figurar como el centro de todas las atenciones, colocado en posición de destaque, cercado por enormes candelabros con velas encendidas y apoyado en caballetes. En la cabecera de la urna fue colgado un enorme crucifijo. Alrededor estaban los invitados conversando entre sí, hasta ser interrumpidos por la oración por un sacerdote desconocido. Sus palabras no fueron tan bellas y pomposas como aquellas del velatorio de mi cliente.

Decepcionado, quise apartarme un poco para evitar oír el sermón, pero no lo conseguí. Los molestos hilos me sujetaban junto al cuerpo. Atado a esa angustiante situación de aprisionamiento acabé poseído de rabia. Si estaba atado al cadáver iba a ser enterrado con él, sin poder liberarme, deduje. Apavorado, me acerqué a Elvira abruptamente y ella pareció sentir mi presencia, pues se estremeció toda. Miró para los lados como si estuviese buscando una razón para el escalofrío que la acogió de súbito, sin embargo, no encontró ninguna. Pensé, a mi vez, que estaría abrigado a su lado, pero cuando los invitados irguieron el ataúd para llevarlo a la fosa fui arrastrado por los corredores del cementerio como si fuese una marioneta, nada me apartaba de aquel gélido cuerpo. Conforme nos aproximábamos al agujero que estaba abierto en el suelo para engullir de una vez el sarcófago, si yo no estuviese soñando diría que estaba sudando y con intranquilidad. Mi intención era retirarme de allí a cualquier precio antes de que bajasen el cajón. No lo conseguía y eso me generó un desespero indescriptible. Hice un intento tenacísimo para soltarme de los hilos morféticos de mi pesadilla y fue en vano.

El ataúd comenzó a entrar en el hoyo. Todos los presentes daban señales de adiós, algunos lloraban y mis familiares se apoyaban unos en los otros. El sacerdote se aproximó y comenzó a echar un agua inútil encima del cajón, en cuanto mi perspectiva de visión cambiaba. Miraba a las personas de abajo para arriba y pasaba a ver el mundo de dentro para fuera de la tierra. Sería enterrado vivo, pensé. Luego enseguida, recompuesto de ese desvarío, me dije a mi mismo que era imposible estar viviendo aquello, pues en verdad, pensé, no estaba muerto. Sin embargo, la horrible sensación persistía y cuando ya me sentía vulgarmente a siete palmos por debajo de la tierra no vi más a los invitados en el cementerio. Consegua vislumbrar solamente a aquellos más curiosos que se aproximaban al hoyo y se disponían a mirar para abajo, tal vez queriendo tener la certeza de que yo me encontraba allí mismo.

Inenarrables fueron los momentos que siguieron. Sin que lo esperase, el enterrador rudo y sin instrucción, en aquel cementerio, conforme me pareció, inició el enterramiento. Me quedé alucinado y herido en mi pundonor. ¿Cómo un hombre de

aquellos podría colocar un punto final en la existencia de un empresario bien dispuesto y conceptuado como yo?, me pregunté, ya insípido como si estuviese embriagado.

Sentía faltarme el horizonte, futuro, esperanza. Qué duro era ser enterrado de aquella forma, reflexioné. Para quien quedaba debía ser simplemente un último gesto de despedida, pero para quien iba junto al cuerpo era la peor de las sensaciones. Completamente tibio, cedí al cansancio y me postré. No aguantaba luchar más contra los hilos que me sujetaban y fui obligado a acompañar instante a instante el entierro de aquel cadáver.

¿Cómo podría describir mi impresión cuándo las últimas palas de tierra fueron lanzadas sobre el ataúd?! Me sentí solo, aislado y profundamente amargado. Todos me habían lanzado al abandono. Elvira saldría de mi vista, probablemente acompañada por Válder, el gerente traidor. Por medida de seguridad, cuando despertase de aquella horrible pesadilla, lo despedirla. Mis hijos más tarde volverían a su rutina y se olvidarían del padre, del mismo modo que nunca más se acordaron de Nick, el viejo pastor alemán que era la adoración de la casa hasta que fue atropellado por un despreocupado conductor. En fin, la vida continuaría para todos, excepto para mí que estaba aprisionado en el rarefacto aire de un ataúd oscuro, en la compañía a disgusto de un cuerpo a un paso de someterse a la descomposición. No tenía ninguna imagen más del exterior y me quedé confinado con flores marchitas y velos rasgados. Me sentía dejado y confuso, al final ya intenté despertar diversas veces y nunca lo había conseguido. ¿Qué haría para salir de allí? - pensé. No adelantaría con gritar porque nadie me iba a oír, además de que lo intenté en el velatorio y no dio resultado alguno. ¿Dónde estaría aquella criatura que me fastidió en la funeraria? Hasta él sería una buena compañía para mi completa soledad.

No sabía contar las horas o los días y tenía asco de mirar para un lado, pues sentía que el cuerpo estaba pudriéndose. Asistía inerte, notando la invasión abrupta de varios microorganismos por todo mi cuerpo, a aquella altura helado y solidificado. La piel se encontraba deshidratada y una mancha verde ya tomaba cuenta del abdomen y partía para el tórax y la cabeza. Me horrorizaba cada vez que percibía estar siendo literalmente devorado por aquellos seres casi invisibles.

Llagas llenas de líquidos crecían por el cuerpo, principalmente en el rostro, cuello y vientre y mis ojos y lengua quedaban fuera. El mal olor que se instaló en el agujero era insoportable. Conseguía sentirlo como si estuviese despierto. Parecía real lo que estaba viviendo. Eso sin contar el hambre, la sed y el frío que me angustiaban. Poco a poco se desintegraban todos los tejidos y el cuerpo perdía gradualmente su forma. No conseguía conformarme y maldije el día en que nací, pues prefería no vivir jamás aquellas sensaciones de la muerte.

Gérmenes, insectos y ácaros actuaban continuamente, utilizando lo que restaba de Alfonso, el rico y buen empresario que a lo largo de los años me sirvió de involucro. ¿Quién era yo a aquella altura? - pensé. No tenía más identidad. Estaba pulverizado. Desalentado, apoyaba mi rostro sobre las rodillas y abrazaba las piernas con mis brazos (1). Me quedé como un molusco, enrollado, apartado, por mucho tiempo.

(1) Nota del autor espiritual: el narrador se refiere naturalmente a su cuerpo espiritual, ya que el material estaba en acentuada descomposición.

Cuando me daba cuenta de lo que pasaba, me aterrorizaba e imaginaba por algunos instantes que, si estuviese incluso muerto, iría a pasar toda la eternidad preso en aquel boquete. ¿Por qué Dios permitiría eso? - me pregunté por primera vez. Para responder a esa cuestión, recordé algunas enseñanzas religiosas pasado, tal vez un mandamiento que el cura de mi ciudad natal hubiese enseñado. En fin, algo debería existir para justificar tamaña brutalidad y juicio. Nadie debería ser lanzado a su propio funeral de aquella forma. Si existiese algún amor divino, ciertamente no se cuadraría con tal situación. Entretanto, no iba muy lejos en mis divagaciones porque el ateísmo me lo impedía. Nunca admití la existencia de Dios, ni la vida después de la muerte. Además, ni incluso la idea de morir tan pronto me pasara por la cabeza. Fui estúpido - argumenté. Debería haberme preparado para la muerte, que es inevitable. Y, por cautela, podría haber leído algún libro con tesis espiritualistas para saber cómo salir de situaciones como aquella que vivía, en caso de que fuese verdadera la proposición de que había vida después de la muerte.

Me mortificaba el pensamiento de que podría haber, de hecho, muerto y estaba pudriéndome allí al lado de mi cuerpo. Si así fuese, iba a acompañar momento a momento el largo proceso de putrefacción y cuando diera vuelta después, hasta incluso aquel malísimo propósito de descomposición estaría perdido. ¿Qué iba a hacer entonces? Cuando ya no fuese más que polvo, engullido por las entrañas de la tierra, ¿cómo pasaría mis días? - insistía en preguntarme. Irónicamente, me acordé de ocasiones pasadas cuando desprecié bellos momentos de mi existencia buscando emoción y aventura. De vez en cuando, Elvira y los niños me proponían un paseo simple por el parque, por ejemplo, y yo decía que tenía algo más que hacer y no perder el tiempo con algo tan inútil y falto de interés. Numerosas veces hice la misma cosa y rechacé todo lo que consideraba soso y común.

Sentía, cuando estaba enterrado sin luz, aire y vida a mi lado, de cuanto era feliz y jamás dava valor a lo que me era proporcionado. Tenía una familia querida, un buen trabajo y la posibilidad de pasear en un parque, viendo flores y teniendo el cielo azul sobre mi cabeza. Hasta la claridad solar sería un premio para mí, que me encontraba arrojado a las tinieblas.

Si pudiese volver en el tiempo - simplifiqué - modificaría el ritmo de mi existencia y adoptaría otro, bien diverso, que fuese más simple. Tranquilo y apegado a los valores inherentes a la naturaleza humana. Nada de aventuras extraconyugales o viajes largos; nada de artificialismo que sirve para endurecer el carácter de los hombres. Qué fácil era pensar en cambiar de vida cuando estaba enterrado y sumergido en la soledad y el desespero - concluí. ¿Por qué no tuve esos pensamientos cuando estaba vivo? - completé.

Por primera vez, cedí y acepté la idea de que, al final, podría estar muerto. Era mejor así. Si estuviese apenas soñando, y despertarse sería un momento de rara felicidad, sin embargo, si no volviese más a la vida material, precisaba acostumbrarme a la idea. En aquel agujero, preso y paralizado, ni aun loco, me sería permitido quedarme. Mi consciencia y memoria no fueron alteradas y eran los únicos bienes que me restaban. Conseguía razonar y coger recordaciones y comencé a dar valor a las pequeñas cosas que aún poseía. Fragmenté mi sentimiento en dos partes: rencor y resignación.

Aparentemente inconciliables, mi estado de miserabilidad espiritual era tan enorme que

conseguía espacio para cultivarlos. Guardaba un amargo resentimiento de los instantes que estaba siendo obligado a vivir, pero comenzaba a ablandarme en mis rígidos principios materialistas y buscaba conformarme con el hecho de estar, quién sabe, muerto.

Cuando Elvira dijo que se casaría conmigo, sentí una ligera opresión en el corazón y me felicité por haber alcanzado una conquista más en mi jornada. Salí de una pobreza vergonzosa y comencé a ingresar en otro paréntesis de mi vida. Casándome, mi suegro había prometido invertir una razonable cuantía de dinero en el negocio que yo estaba montando. No era mucho, sin embargo, lo suficiente para ofrecerme combustible para caer en mis aptitudes. Yo era excelente comerciante y sólo me faltaba capital. Conquistando a Elvira - muchacha de clase media, sin ningún encanto especial, pero que tenía un genio afable y comprensivo - llevé conmigo para el altar un considerable aumento en mi cuenta bancaria. Pensaba que el casamiento servía justamente para eso. Si fui rechazado por Julia - joven de nacimiento noble y rica acepté sumiso los dictámenes del destino, prometiéndome, no obstante, una rápida ascensión social.

Ese progreso no se destinaba a la conquista de la altiva muchacha que no me quiso, pero solamente para tener el placer de, como padre, refutar candidatos inadecuados en el futuro, de la mano de alguna hija mía. Tal vez fuese una copia mal resulta, pero todo lo que nos ocurre de equivocado acabamos descontando en los otros un día. Siempre pensé de ese modo y al asociarme a Elvira di el primer paso para solidificar mi intento.

No tuve hija alguna, quien sabe, tal vez algún pretendiente fuese a sufrir mucho en mis manos. Renovado económicamente por el regalo del suegro, aumenté mi empresa y me sentí fortalecido para enfrentar los obstáculos de la vida, excepto morir. Para eso realmente no me había preparado. Juré que sólo pensaría en el asunto al alcanzar los ochenta años, descanso que planeaba alcanzar. Pero posiblemente no haya dado tiempo. Morí sin saber y en aquella cueva húmeda tenía que encontrar una solución para mi dilema.

Cuando se está en desesperada situación, varias respuestas anteriormente inadmisibles para el ser pasan a ser consideradas con atención. Ese fue mi proceso de concienciación, pues imaginé que sólo saldría de aquel agujero si pudiese liberarme de los negros hilos que sujetaban al casi extinto cadáver. Percibí que ellos parecían desaparecer en el momento en que yo admitía estar, de hecho, muerto. Cuando lo negaba, ellos se endurecían y la prisión continuaba.

Resolví, entonces, intentar una salida para mi sufrimiento. Me concentré con todas mis fuerzas y busqué convencerme en definitiva que no pertenecía más al mundo de los vivos. Fue difícil y doloroso, pero sin el cuerpo físico - a aquella altura devorado por minúsculos seres de la oscuridad - se volvió una misión imposible. Horas, meses o años - no sabría especificar - transcurrieron en aquel proceso de convencimiento íntimo. Qué duro y complicado era ser materialista - deduje. Pero en algún momento sentí que sería capaz de apartarme de aquellos despojos y lo intenté. Lentamente tiré para el lado y avancé sobre la tierra. Empujé con fuerza buscando liberarme. Por primera vez, me sentí fluctuando y no encontré más las corrientes que me ligaban al ataúd putrefacto. Súbitamente, de un modo inexplicable, me vi encima del túmulo y no enterrado. Tuve la sensación de volver a respirar, aunque ya estuviese convenido de que eso no era posible a un muerto. Al máximo, sería un semivivo semimuerto, no sé bien. El hecho es que

había conseguido dejar el agujero y estaba de vuelta al mundo exterior.

Era de noche y el cementerio estaba oscuro como el carbón. Aun así, el aliento me invadió el alma y cualquier cosa sería mejor que la total oscuridad de la cueva. Conseguía moverme de un lado para otro e intenté varias veces caminar por las alamedas de aquella comunidad solitaria. Los mausoleos eran imponentes y bellísimos. Había estatuas de mármol y flores caras marchitándose en jarrones de porcelana. Miré fijamente para uno de ellos en especial y pensé: ¡Qué desperdicio! Si la familia que lo colocó supiese que el muerto no tiene el menor interés en esa ostentación porque está enterrado, infeliz y angustiado, jamás gastarían tanto dinero en esa asnería decorativa.

Era verdad que estaba amargado y en otros tiempos hasta me hubiese gustado de haber visto tanta riqueza derrochada. Las cosas estaban cambiando - razoné. De repente, sentí que algunas personas se aproximaban. ¿Serían muertos, como yo, o vivos? Dejé que llegasen más cerca. En caso de que hablasen conmigo, naturalmente eran de mi nuevo mundo; de lo contrario, serían del otro. Ellos pasaron a mi lado y ni siquiera volvieron los ojos en mi dirección. O no me miraban o fuera despreciado. Dispuesto a desvelar lo ocurrido, procuré acompañarlos.

Eran cuatro muchachos cuyas edades debían variar de dieciséis a veinte años. Ellos se agacharon cerca de un sepulcro pomposo y rompieron la corriente que protegía la puerta de entrada. Concluí que estaban vivos, pues conseguían tocar las cosas con eficacia. Los seguí. Dentro del mausoleo, revolvieron todo buscando bienes valiosos, lo que me hizo deducir que eran ladrones. Era impresionante la sensación de verlos robando en mi cara y no conseguí esbozar ninguna reacción: estaba impasible. En otros tiempos, tal vez la cólera me hiciese avanzar sobre ellos intentando detenerles la acción criminal. Pero estaba macilento y poco me importaba lo que hacían. El sufrimiento que tuve en aquella cueva horrible era incomparable a cualquier otro dolor - argumenté. Si resolviesen sustraer el cementerio entero, yo sólo me quedaría más feliz por librarme de aquella desagradable visión de túmulos y sarcófagos. Los dejé ocupados en sus quehaceres y salí pronto.

¿Para dónde iría? - reflexioné. Ya que podía moverme, decidí andar por la ciudad y quien sabe, buscar a mi familia. El cementerio de la Consolación era grande y quedaba casi en el centro de San Pablo. Llegando a la calle, miré los coches pasando y sentí una opresión en el corazón: nunca más iría a conducir un automóvil. Esa fue la peor imagen que podría haber tenido. Al final, después de tanto sufrir aprisionado a mi extinto cuerpo físico, ¿qué importaba conducir un vehículo en aquel tránsito caótico? Pero el ideal materialista de vida me arrebatara por algunos años y sería difícil, de una hora para otra, perderlo.

Fui caminando en dirección al Jardín Paulista, donde vivía. Subí hasta la Avenida Paulista y después acompañé el curso de la Avenida Rebouzas. En el trayecto, me acordé de como hice cuestión absoluta de residir en aquel barrio tradicional de la capital paulista. Le dije a Elvira. «Nuestros hijos necesitan tener lo mejor. Vamos a vivir donde están las familias aristócratas de nuestra ciudad». En la realidad, comenzaba a admitir que la voluntad de igualarme a los ricos era mucha, más interés egoísta mío de lo que un favor de mis hijos. Pedro nunca se vinculó a eso y Marco Aurelio, teniendo dinero en el bolsillo, estaba siempre feliz. Elvira, a su vez, era simple por naturaleza y lo que yo decía estaba bien para ella.

En cuanto seguía el rumbo de mi barrio, veía pasar a mi lado multitud de Espíritus siguiendo a los encarnados. Sabía que no eran vivos porque ellos fluctuaban como yo un poco por encima del suelo y tenían una tonalidad diferente - pálida, cenicienta, sombría. Además de eso, las personas de los automóviles no los veían en medio de la calle y pasaban por ellos como si fuesen apenas nubes de humo o algo parecido. Me sentía, no obstante, solitario porque no tenía a nadie para hablar y hasta los muertos me ignoraban. Determinado a llegar más tarde a mi casa, continué. Pasando por algunas mansiones transformadas en casas y oficinas comerciales, percibí que muchas de aquellas familias tradicionales, a las cuales me referí hace poco, ya no eran tan ricas y tuvieron que salir de sus casas antiguas, alquiladas a terceros para generar rentas. El estereotipo de la riqueza era pasajero y muchos perdían todo de la noche a la mañana. ¿De qué adelantaba concentrar todos los esfuerzos en el acúmulo de rentas si no cargábamos con nosotros para el túmulo esos valores?

Me sentía a voluntad para tales ideas pues nadie mejor que yo acabara de sufrir una penosa vivencia debajo de la tierra, desprovisto de cualquier confort y pasando las mayores privaciones. Tuve hambre, sed, sueño y frío, sensaciones que me marcaron indeleblemente. Nada de eso puede ser saciado, a pesar de haber muerto dejando fortuna. Donde estaba, predominaban otros tipos de valores, tal vez los espirituales, justamente los que yo no cultivaba. Para salir de allí, fui obligado a admitir que estaba muerto y en cuanto no cedí a mi estrecha obstinación nada conseguí.

Llegaba a la esquina de la Avenida Brasil cuando vi a un conductor perder el control de su vehículo, que venía a alta velocidad por la vía pública, atravesar la mediana y golpearse frontalmente en un poste. El conductor - ante el violento impacto - fue empujado lejos, rompiendo el parabrisas del coche y estrellándose en el suelo. Parecía ser un muchacho de no más de dieciocho años. Él sangraba por todos los poros y se contorsionaba de dolor, pero probablemente estaba casi inconsciente. Eran las cuatro de la mañana y nadie paraba para socorrerlo. Pensé que pudiese ser un hijo mío y entré en pánico, aunque supiese que no podía hacer nada pues estaba muerto. Miraba para los lados y comencé a percibir una turba de Espíritus aproximándose. Ellos carcajeaban y se hacían señas mutuamente apuntando algún detalle en la agonía del joven.

Me quedé irritado con tamaña barbaridad, en especial por la indiferencia y falta de humanidad de aquellos seres que se arrastraban como yo por las tinieblas de la metrópolis. Finalmente, para mi consuelo, se aproximó al lugar un vehículo de la policía. Los guardias descendieron y de inmediato intentaron socorrer al herido. Inútil, pues él ya estaba muerto, tenía certeza de eso porque lo vi asustado ingresando en el mundo espiritual, sin mucha noción de lo que ocurría. Intenté llegar más cerca para darle algunas orientaciones y no lo conseguí. Aquellas criaturas endemoniadas se unieron alrededor del muchacho y en poco tiempo se lo llevaron de allí cargándolo con ellos. Quedé perplejo, al mismo tiempo en que oía a un policía decir a otro que el conductor estaba completamente embriagado. ¿Habría él cometido suicidio? ¿O fue nada más que imprudente? No supe responder a esa duda, pero lo cierto es que el muchacho salió de allí rápidamente antes de que yo pudiese decirle cualquier cosa.

¿Por qué fue llevado por aquellos Espíritus, diferentemente de lo que ocurrió conmigo? - pensé. Sin respuesta, continué mi viaje. Doblé por la Avenida Brigada Faria Lima e iba a entrar en la Alameda Gabriel Monteiro da Silva cuando vi un coche deportivo,

muy bonito, probablemente importado, llevando a una pareja. La muchacha era joven y bien vestida. Tenía un cabello rubio que se agitaba locamente por la fuerza del viento que invadía el automóvil, dejando al muchacho cada vez más admirado por tanta belleza y sensualidad. Me extrañé, entretanto, cuando percibí la presencia de otra figura entre ellos. No conseguía distinguir quién era y, por suerte, el semáforo se cerró. Parado, me aproximé. El joven hacía propuestas a su acompañante y, a aquella hora de la noche, naturalmente no eran de las mejores. En cuanto él pensaba, la criatura que a su lado seguía parecía musitar en sus oídos, incitándola a aceptar. Finalmente, el semáforo se puso en verde y pensé que el coche se iría, pero el muchacho dijo que de allí no saldría hasta oír la respuesta. La joven se enorgulleció de esa demostración de fuerza y se apresuró en sus reflexiones. Otra vez, aquel Espíritu murmuró alguna cosa. Ella entonces aceptó lo que el joven le propuso y el vehículo arrancó violentamente. Me quedé algunos momentos pensativo. ¿Quién había, al final, decidido: la muchacha o la criatura? ¿Podría haber tanta intromisión de los muertos en la vida de los vivos? - me pregunté, sin condiciones de obtener respuesta una vez más. ¡Qué mundo extraño, repleto de misterios, que mezclaba ficción con realidad! - exclamé. En mi concepción momentánea, yo era un personaje ficticio en la tierra de los vivos.

Cuando llegué a mi residencia, amanecía. Entré por el portón principal, además lo atravesé. En el patio, el único en percibir mi presencia fue el perro de guardia, un doberman comprado para sustituir al viejo Nick. Él ladró sin parar y no tenía la perfecta noción de quien estaba allí, ni incluso el lugar exacto donde me encontraba, pues dio vueltas a la piscina tres o cuatro veces irritado, como si estuviese buscando mi rastro. Me sentí un ladrón, un verdadero invasor, no obstante, era mi casa.

Poco después, estaba en la sala apreciando mis valiosos cuadros y mis piezas de arte. Eran todos lindos y caros. No habían sido tocados, estaban en el mismo lugar en que los dejé. Elvira, mi querida esposa, los conservaría allí para siempre - imaginé. Me senté en mi butaca predilecta y simulé estar vivo, fingiendo asegurar mi puro cubano y soplar un humo fétido que a todos incomodaba, excepto a mí. Casi me acostumbraba con la idea de estar, de hecho, fumando en el cuarto de estar, cuando el teléfono sonó y me llevó nuevamente a la realidad. ¿Quién sería a aquella hora de la mañana? - pensé. Dos llamadas fueron suficiente para que alguien lo atendiera. Era extraña la situación, pues cuando yo estaba presente pasaban minutos para que alguien se dignase a coger el teléfono. Fui rápidamente a verificar quien había atendido e invadí los cuartos con prisa, pasando de uno para otro, hasta encontrar a Elvira, sentada a la vera de la cama conversando al teléfono. Ella estaba linda y cambiada. Imaginé encontrarla sombría y llorosa y en vez de eso vi a una mujer elegante y vivaz que no parecía ser una viuda sufrida.

En aquel instante, tuve la curiosidad de saber cuánto tiempo había pasado desde mi muerte, pero mi referencia estaba perjudicada pues no sabía cuál era la fecha de mi fallecimiento. Fui al calendario de todas formas y constaté que, aproximadamente, quedé cinco años apartado. Desde el momento que me recuerdo de haber ido por última vez al escritorio - tal vez la víspera de mi muerte - hasta aquella fecha, cinco largos años habían pasado. Esa era la razón por la cual no encontré a Elvira conmovida y nostálgica. Me conformé un poco y me aproximé a ella. Quedé muy próximo e intenté oír quien estaba del otro lado de la línea. Aterrorizado, constaté que era Válter, el mismo atrevido que le cogió la mano aún en mi velatorio. Sería insoportable aceptar que mi gerente hubiese conquistado a mi mujer. Aquel sentimiento de rabia, despecho y odio me

invadió el alma y entré en colapso. Grité desesperadamente para hacerme oír y arremetí contra los objetos del cuarto dispuesto a llamar la atención. En vano. Ella continuó su conversación amorosa y ni percibió que yo estaba presente. ¡Qué bobada! - deduje. Estaba muerto y ya no pertenecía a su mundo. Resolví salir de allí para airear el pensamiento. Busqué a mis hijos. Marco Aurelio no estaba, pues vivía en otra casa con mi nuera, pero Pedro debía estar durmiendo con certeza.

Llegando a su cuarto, cautelosamente entré y percibí que él realmente estaba acostado en sueño profundo. Me senté en una silla de un rincón y me quedé observando al muchacho. Concentrado, comencé a percibir que delicados hilos dorados salían de algún lugar de su pecho y de la cabeza, extendiéndose para arriba hasta desaparecer en el techo del dormitorio. ¿Qué sería aquello? - me pregunte. No me atrevía, no obstante, a llegar más cerca. Continué donde me encontraba, hasta que vi a Pedro saliendo del techo y dirigiéndose a su cuerpo que estaba en la cama. ¿Habría muerto él también? Sobresaltado, me erguí y fui en su dirección. Antes de que pudiese tocarlo él se volvió para mí y dijo:» - Hola, papá, ¡hace mucho tiempo que no te veía! ¿Cómo estás? ¡No me parece que estés muy bien!». Me quedé completamente sin habla. No conseguía balbucear una sola palabra y sentía mi corazón despedazándose rápido. Pedro, entonces, me tocó en el hombro y continuó: «- No estoy muerto, apenas duermo. Ahora, voy a volver a mi cuerpo pues preciso ir a la facultad. Un beso, papá. Ven a verme siempre que puedas». Terminada su frase cariñosa, él se acomodó en la cama y después su cuerpo manifestó señales de que iba a despertar. ¡Qué situación! ¿Será que él continuaría percibiendo mi presencia? ¿Por qué no le dije lo que sentía? - recuperado. Momentos después, mi hijo se levantaba de la cama y se desperezaba exactamente como yo hacía. Se irguió y fue derecho al baño, pero no parecía estar preocupado conmigo. Resolví seguirlo, pues él era mi única esperanza de sentirme parcialmente vivo de nuevo.

Aunque estuviese muy próximo, Pedro no me sentía. Me frustré. Descendimos juntos a la mesa del café y nos sentamos lado a lado. Elvira estaba presente y conversaba con amenidad. En determinado instante, el muchacho paró de beber el zumo, retiró el vaso de la boca y dijo:

- Soñé con papá esta noche. Él parecía no estar muy bien. ¿Tú has pensado en él?

- ¿En tu padre? Confieso que hace mucho tiempo que no lo tenía en mente.

En cuanto a eso no me quedaba la menor duda. Yo sabía muy bien porque ella no pensaba más en mí - completé por mi cuenta.

- Me quede muy contento al soñar con él, pues ahora sé que está cerca.

- ¿Cómo es eso, Pedro?

- Ahora, debe estar desprendido de su cuerpo y vagando por la casa en busca de ayuda.

- ¡Para con eso! ¡Dios del cielo! Qué pensamientos más raros tienes, hijo mío.

- No son raros, mamá. ¡Es la realidad! Si papá murió y no fue recogido por alguna colonia espiritual, debe estar vagando por aquí en busca de respuestas que él no tiene.

Eso mismo, muchacho, ¡continúa! - pensé contento.

- Tu sólo hablas tonterías. Cuando eras más pequeño, eras católico fervoroso y casi fuiste monaguillo de la capilla del colegio. Después, influenciado por tu tío Jofre, que Dios lo tenga, te convertiste para el espiritismo. Ahora, sólo hablas de colonias espirituales, Espíritus y reencarnación. ¡Ten paciencia, Pedro! Nadie aquí en la casa dio jamás crédito, ni incluso tu fallecido padre. Además, Alfonso peleaba siempre con el hermano por causa de esas conversaciones, ¿te acuerdas?

Es probable que fuera una estupidez por mi parte - concebí.

- ¡Sé de eso! Pero no me impide continuar creyendo en determinadas cosas que ahora, a partir de mi madurez y de mis reflexiones, juzgo verdaderas.

- No, no impide. Hay libertad de creencia en este país. Piensa como quieras, pero no intentes imponer tu pensamiento a mí o a tu hermano.

- ¡Sería inútil! También, del mismo modo que ocurre con papá. Él nunca me oyó. Por eso, debe estar sufriendo en algún lugar. Tal vez precise de auxilio.

- Imagina lo que quieras, Pedro. Pero evítame ese tipo de conversación durante las comidas. Tengo otra creencia y la única cosa que me gusta hacer, de vez en cuando, es leer la Biblia.

- ¡Está bien! No volveré a ese asunto. ¿Tú vas a salir hoy por la noche?

- ¿Por qué?

- Necesito el coche. Voy a la reunión...

- Ah, ¡¿tus encuentros fantasmagóricos?!

- ¡No son fantasmagóricos, mamá! Deja la ironía.

- Muy bien puedes usar el coche. Ve a donde quieras, al final tu eres bien grande. Yo voy a salir con Válder y debo volver tarde.

De nuevo el nombre del gerente. Como era cruel no poder participar de la vida que un día fue mía. Lo peor era el inconformismo con esa situación. Me era inadmisibles ver a mi esposa con otro hombre o incluso verla participar de la rutina del hogar sin reverenciar mi figura. Pedro, no obstante, tenía razón. Yo nunca quise oírlo al respecto de esas cosas del espíritu. Gracias a eso tal vez haya quedado aprisionado durante años a mi cuerpo físico, que se pudría a mi lado. Me despertó la curiosidad de seguir a mi benjamín para ver de lo que se trataba esa reunión fantasmal a donde él iba.

Pasé el día sentado en la misma silla donde vi a Pedro por primera vez. Me quedé en su cuarto pues no tenía a donde ir. A la noche, el muchacho entró, se cambió de ropa, cogió algunos libros y salió rápidamente. Fui detrás. Entramos en el coche y él partió. Casi atravesamos la ciudad y fuimos a parar a un barrio periférico, delante de una casita

que parecía abandonada. Era una construcción simple y en la tierra, con paredes pintadas de blanco. A su frente había un pequeño jardín con inmensas rosas, encantando a los transeúntes que por allí pasaban.

Eran las siete de la tarde y ya había anochecido. Cuando Pedro entró, fue recibido por un hombre de mediana edad, vistiendo ropa común y zapatos gastados. A su lado, una señora distinta y modestamente vestida que también vino, sonriente, a recibirlo. Parecían ser los dueños de la casa. Quedaron conversando en la modesta sala, decorada apenas con un estante de madera que sustentaba varios libros espíritas y un aparato de televisión. Uno de los asuntos que trataron era al respecto del sueño que mi hijo tuvo en la noche anterior, donde me había encontrado. Interesado, me quedé bien próximo de los dos para oír la conversación, pero extrañamente sólo conseguía verlos. Ningún sonido era captado. ¿Estaría sordo? Intenté llegar más cerca a fin de colocarme entre ambos, pero me fue impedido. Una cúpula de cristal los envolvía. Era transparente, lo que permitía mirarlos, sin embargo, era resistente al punto de no dejarme escuchar lo que hablaban. Irritado, me lancé contra ella, pues todas las puertas no me eran barreras, ya que estaba muerto. Me choqué violentamente sin conseguir vencerla y me quedé atontado. ¿De qué material sería hecho aquel cristal que no permitía a un Espíritu atravesarlo? - pensé. Estaba aislado de mi hijo.

Súbitamente, otras personas comenzaron a llegar y se sentaban alrededor de una mesa. Al lado de cada una de ellas comenzó a surgir la misma extraña cúpula de cristal. Ninguna palabra, por tanto, era oída por mí en aquella sala. Antes de iniciar la reunión, todos quedaban sentados en torno de la mesa rectangular, con doce espacios, en cuanto otros encarnados comenzaron a entrar en el ambiente. Entretanto, conforme ellos llegaban a la cúpula iba ampliando su tamaño hasta alcanzar a todos los participantes vivos de la reunión, pues los muertos eran apartados del centro de la sala - donde estaba la mesa.

En determinado momento, con la extensión que tomaba aquella cúpula, fui colocado fuera de la casa y quedé en la calle. A mi lado ya había centenas de Espíritus en la misma situación. ¿Quién estaría allá dentro? - reflexioné. Pensé que serían solamente los vivos. Momentáneamente me conformé, una vez que ninguna criatura como yo conseguía ingresar en el lugar. Una luz amarillenta bien fuerte nació dentro de la casa y brilló intensamente por algunos minutos. Casi me cegó y fui obligado a cerrar los ojos. De repente, algunos Espíritus, vestidos de modo extraño, comenzaron a entrar en la sala. Juzgué que era profundamente injusta esa situación y me lancé contra la cúpula nuevamente. Fue infructífera mi tentativa de romper el cerco. Estaba aislado del lado de fuera. Entraban solamente algunos vestidos de indios y otros de romanos. Había también unos que usaban vestimentas blancas largas como túnicas o vestidos. ¿Sería necesario alguna ropa especial para el encuentro? - imaginé. Tal vez por eso no conseguía entrar. ¿Pero a dónde iría a conseguir otra ropa? Resolví aguardar, hasta que un Espíritu se acercó a mí y dijo:

- ¿Cuánto tiempo hace que espera una oportunidad para entrar?

- ¿Yo? Bien, llegué junto con mi hijo y de repente fui colocado fuera. ¿Usted sabe lo que está ocurriendo allá dentro?

- ¿Su hijo en qué plano participa de las reuniones?

- ¿Cómo?

- ¿Está vivo o muerto?

- ¡Obviamente él está vivo! - dije contrariado.

- No es tan obvio, porque usted está viendo que otros entran en la sala y son Espíritus como nosotros.

- Es cierto, ¡discúlpeme! Estoy un poco irritado, porque no sé para dónde ir y no me gustaría estar lejos de Pedro.

- ¿Pedro es su hijo?

- Sí. Solamente él consiguió verme después de morir, por eso preciso de él para entender lo que ocurre. Además, usted es el primero que habla conmigo desde hace muchos años.

- ¡Me llamo Plinio! Es un placer conocerlo.

- Alfonso.

- Pues bien, Alfonso, ¿cuánto tiempo hace que está muerto?

- Hace poco... Pasé muchos años prácticamente enterrado. ¿Usted entiende?

- Sí, ya vi casos así.

- ¿Todos no son del mismo modo?

- No. Yo, por ejemplo, desde el primer día me quedé en mi casa y no cedí pie. Sabía que había acabado, pero me mantuve alerta. Nadie podía llegar cerca de mis cosas pues me quedaba descontrolado. Pero sabía que estaba muerto. Después me conformé y dejé todo atrás. Hoy estoy vagando en busca de un lugar definitivo para quedarme.

- ¿Por qué hubo diferencias entre nosotros? Yo no conseguía salir del lado de mi cuerpo.

- Depende de lo que usted aceptó para sí mismo. Por lo que sé, cuando el Espíritu niega la muerte, el Espíritu sigue junto al cuerpo hasta que admita interiormente la realidad. Otros, sin embargo, son arrastrados por criaturas terribles a lugares peores que una cueva de cementerio.

- Me acordé del muchacho que murió en el accidente del coche. Realmente él fue llevado por una multitud de entidades sombrías.

- Entretanto, Alfonso, hay los que siguen para las ciudades de luz.

- ¿Usted quiere decir que cada uno va para un lugar diferente? ¡¿Y cuándo quedé

injustamente detenido junto a mi cadáver por años, otros van a lugares peores y algunos, repartidos, siguen para ciudades iluminadas? ¿No está exagerando?

- Estoy diciendo la verdad.

- Si usted sabe tanto, ¿por qué aún está por aquí? ¿por qué no fue para esa tal ciudad?

- No es así de fácil. Nuestra voluntad es limitada. Son ellos los que dicen para dónde podemos seguir - completó Plinio apuntando para dentro de la casa.

- ¿Ellos quién? ¡No entiendo!

- ¿Usted no vio que hay Espíritus que consiguen penetrar en esa reunión donde está su hijo?

- ¿Sí y de allí?

- Pues son ellos los que dictan para dónde podemos ir...

- Sabe, estoy harto de esas reglas impuestas vete a saber por quién. Si no puedo entrar en la reunión, mala suerte. Me voy. Y usted, ¿qué va a hacer?

- Estoy intentando hace mucho tiempo ser llamado para ingresar. Todas las semanas me coloco aquí del lado de fuera y aguardo un momento para mí. Tengo esperanzas de que seré invitado a entrar cualquier día.

- ¡Bobadas! Eso es un contrasentido. Si mi hijo está allí y yo no puedo entrar entonces no me quedaré aquí implorando un ingreso.

Me retiré contrariado y dejé a Plinio con sus consejos que consideré extravagantes.

Comenzaba a quedar airado porque no encontraba amparo en mi casa, no era visto por los vivos y aún era impedido de acompañar la reunión donde estaba mi propio hijo. Por fin, cuando un Espíritu habló conmigo la primera vez intentó convencerme de que hay ciudades de luz para donde vamos solamente cuando somos llamados. ¿Y si no somos invitados? ¿Y qué diablos debemos hacer para tener la limosna tan deseada? - maldecía por la calle mientras andaba.

Cuando estaba en el auge de mi cansancio, fui abordado por un grupo de criaturas extrañas, todas vestidas de negro y con capuchas en la cabeza. Parecían frailes o cosa semejante.

- Usted es nuevo aquí, ¿no? - me preguntó una de ellas.

- ¿Quién es usted? Nunca lo vi antes.

- Somos sus amigos y nos gustaría invitarlo a venir con nosotros. Hay muchos lugares interesantes para conocer juntos. Qué tal, ¿acepta nuestra invitación?

- ¿Se trata de las ciudades iluminadas? - pregunté curioso.

Ellos rieron demoradamente y enseguida negaron con vehemencia mi pregunta. Me quedé sorprendido, pues percibí que no tenían el menor interés en esas comunidades mencionadas por Plinio.

- ¿Y entonces? ¿Usted viene o no?

- ¿Ustedes son sacerdotes o algo así?

- Somos monjes. Estamos a su lado para darle paz espiritual. Venga con nosotros y no se arrepentirá. Vimos su desespero y resolvimos ayudarlo.

Aprecié oír que, finalmente, alguien me entendía. Resolví seguirlos. Tan lejos pasé a andar con el grupo, me vi vistiendo un manto negro semejante a aquellos que todos vestían.

- ¿Dónde fue a parar mi ropa? ¿Qué túnica es esta?

- Usted ahora nos pertenece. Debe vestirse como nosotros.

No entendí bien lo que quisieron decir con «nos pertenece» pero me desinteresé en preguntar. Llegamos a una iglesia en un barrio cualquiera, donde nunca estuve antes. Entramos por los bajos y comenzamos a descender una extensa escalera. Eran tantos escalones que tuve duda si se trataba de algo material o espiritual. Al finalizar el trayecto, me deparé con una inmensa puerta de hierro que fue abierta rápidamente como si fuese muy leve. Deduje que estaba viviendo un aspecto del plano inmaterial. Las criaturas vinieron todo el tiempo hablando alto y carcajeando sin cesar, como aturdiendo el ambiente. Súbitamente, fui dejado solo y los monjes desaparecieron. La puerta detrás de mí se cerró y me vi otra vez detenido en un lugar oscuro y húmedo. Me volví para los lados a fin de encontrar a alguien y nada divisé. ¿por qué tenía que pasar por tantas situaciones dramáticas? ¿Qué mal hice para ser tratado como un criminal y vivir detenido o preso en algún lugar como aquel? ¿No bastaba tanto tiempo detenido y enterrado, estaba siendo lanzado de nuevo a una mazmorra? - repliqué.

Grité desesperado para que algún monje pudiese oírme. Al menos una explicación merecía. Ellos habían dicho que irían a ayudarme y nada habían hecho más allá de encerrarme en un boquete cualquiera. Un silencio enloquecedor era mi respuesta. Me agaché y lloré con amargura intensa en el corazón. No sabría decir cuánto tiempo quedé allí, pero cierto día la puerta gigante se abrió y un fraile entró.

- Alfonso, querido mío, ¿usted ya terminó su penitencia?

- ¿El qué? ¿Quién es usted? ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

- No importa, hijo mío, su clausura es necesaria para su perfeccionamiento espiritual. Me dijeron que pretende ingresar en nuestra orden y, para eso, precisa acostumbrarse al aislamiento.

- ¿Qué orden? ¿Ustedes están locos o no saben que están muertos?

- ¿Muertos? La muerte no existe como usted puede ver. Desde que dejamos las vestiduras corpóreas estamos aquí recogidos en esta vieja iglesia reconstruyendo nuestro mundo y reclutando voluntarios para continuar nuestra misión de fe.

- ¡Dios, que locura colectiva! Yo quiero salir de aquí y poco me importa su orden. ¿Está claro?

- Pero me dijeron que su adhesión fue voluntaria...

- Yo ni sabía de lo que se trataba. Si usted quiere algún servidor, vaya a buscar a otra persona.

- Alfonso, normalmente no atendemos ese tipo de pedido porque sabemos que es fruto de la insensatez, sin embargo, hoy es el día de la liberación en nuestra orden. Soltamos varios voluntarios que, como usted, optaron en no permanecer. Si quiere, por tanto, puede irse, pero tenga cuidado en cuanto otra vez se adhiera a nuestro movimiento.

- Tenga la certeza de que jamás volveré a pisar este lugar. ¿Por dónde debo seguir?

- Vuelva por la misma escalera que lo trajo hasta aquí. Siga al frente y suba a la derecha. Cuando usted encuentre la salida, ciertamente sabrá...

Inmediatamente salí. Tuve miedo de quedar detenido allí, en el caso que la criatura cambiase de idea. En cuanto subía fui notando un cambio de tonalidad y de ambientación. Donde estaba, parecía no existir cualquier color y el aire era menos rarefacto. A medida que subía cada escalón, comenzaba a ver algunos colores y me sentía más leve hasta alcanzar el final de la escalera.

Buscando reconocer el lugar donde me encontraba, miré para todos los lados. Percibí la existencia de un largo banco de madera noble oscura, además de varios armarios esparcidos, conteniendo grandes cajones. Irresistible curiosidad me abatía. Comencé, entonces, a indagar el lugar con los ojos.

En uno de los rincones, cuidadosamente colocados sobre una silla empolvada, estaban algunos aparatos extraños, tales como una túnica con estola, típicas vestimentas sacerdotales. Al lado, encontré otros utensilios semejantes - camisa, amito, cordón y casulla. No había cualquier duda, estaba en el interior de una sacristía.

Qué azar, pensé. Acababa de salir de una prisión en el subterráneo de la iglesia y cuando volví a la superficie terminé confinado en un cuarto poco ventilado que me dejaba agobiado. Me preparaba para salir de allí, cuando algunas entidades entraron y en mi presencia comenzaron a vestir ropas de sacerdote semejantes a aquellas que estaban sobre la silla. Enseguida entró un sacerdote que fue directo a un guardarropas situado próximo al banco. De allí retiró algunas capas pluviales, ricamente ornamentadas y normalmente utilizadas en casamientos y otras ceremonias especiales. Acomodándolas en uno de los brazos, con cierta dificultad, tomó en la otra mano una caja de tamaño medio conteniendo el cáliz de metal dorado, el platillo, una pala, un velo y varios misales.

Los Espíritus que habían ingresado en el recinto anteriormente quedaban alborozados y comentaban uno con el otro la felicidad que sentían de estar de vuelta a la casa que

durante largos años los acogió. Luego después, saldrían apresurados detrás del padre como si fuesen a auxiliarlo en la Celebración de algún culto. Intrigado, deduje que se trataba de sacerdotes desencarnados que allí estaban confinados, negándose a dejar la iglesia que durante largo período les sirvió de templo. Como era extraño ese apego exagerado a la religión; ¿será que todos los cultos tenían seguidores tan obcecados que, aún después de la muerte, continuaban detrás de las mismas situaciones que anteriormente vivieron? - pensé. Percibí, no obstante, que conmigo no era y no estaba siendo diferente. Me callé y dejé mis divagaciones de lado. Mi intención era salir de allí, pero las entidades que habían dejado la sacristía volvieron apresuradas. Resolví esperar un poco más, ya que ellas no percibían mi presencia.

Segundos después, volvió el mismo sacerdote que estuvo allí y cargó para fuera algunos aparatos más, tales como hostias, redomas, galletas, candelabros y custodias. Nuevamente, los Espíritus lo siguieron de cerca.

Era impresionante, pero donde iba el encarnado estaban también las criaturas desencarnadas, lo que demostraba estar contrariadas con el hecho de haber dejado el mundo de los vivos, tal como yo cuando aún estaba enterrado en el cementerio junto a mi cuerpo. Tuve pena de aquellos seres, sin embargo, no me atreví a hablar con ellos. Una angustia rara tomó cuenta de mí y dejé la iglesia aceleradamente, buscando apartarme de aquel lugar cuanto antes. Noté, entonces, que el manto que vestía estaba abrasado y debajo de él otra vez iba surgiendo mi ropa anterior, el mismo pijama que usaba cuando morí aquella mañana en mi casa. Parecía estar parado en el tiempo y hasta mi vestimenta me simbolizaba eso.

Retomé el curso de casa. Llegando, fui directo al cuarto de Pedro a fin de aguardarlo. Cuando él durmiese, podría conversar nuevamente. De esa vez, yo tendría muchas cosas que decirle. No lo encontré y ya no sabía cuánto tiempo había quedado prisionero de aquellos monjes alienados. Estaba decidido a esperar el tiempo que fuese preciso y miraba acomodarme en la silla del rincón del cuarto cuando reparé que la decoración había cambiado. No existía más aquel mueble donde me sentaba antes y ni la cama estaba en el mismo lugar. Todo parecía extrañamente diferente. De repente, invadió el cuarto una muchachita de seis o siete años y, cogiendo su muñeca que estaba echada encima de la cama, salió nuevamente. ¿Quién sería aquella niña? - pensé. Fui detrás y a medida que andaba por la casa encontraba todo alterado. El mobiliario era diverso y hasta algunos extraños Espíritus circulaban por allí.

La casa, con certeza, era aquella. La única explicación que me sonó razonable era el cambio de mi familia para otro lugar. Pero ¿cómo haría para hallarlos? - cuestioné, preocupado. Desafortunado día fue aquel que resolví seguir a Pedro hasta la reunión. A partir de ahí pasé por una serie de problemas y sufrimientos de los cuales podría haber quedado libre.

Salí de la residencia y me dirigí al lugar donde vivía una hermana de Elvira. Tal vez pudiese darme alguna información. Me decepcioné con el hecho de que, incluso muerto, precisaba andar detrás de pistas buscando el paradero de las personas. Pensaba que los Espíritus - si existiesen (2) - serían omniscientes. No estar vivo - deduje - no presentaba grandes ventajas; hasta aquel instante sólo había enfrentado problemas.

(2) (Nota del autor material: recordemos que Alfonso fue escéptico y ateo.)

Me sentía desmoralizado y me acordaba con orgullo de los tiempos en que era el dueño de mi destino, dictando a mis familiares todo aquello que consideraba lo mejor a ser seguido y a mis trabajadores las normas de actuación que juzgaba convenientes. Nadie cuestionaba mis órdenes. Y después de muerto acabé pasando a una posición de absoluta indiferencia y de total nulidad. No era visto por muchos, en cuanto otros me despreciaban abiertamente. No había reglas a cumplir y la inseguridad era completa. En aquel momento, alguna criatura podría aprisionarme en algún cubículo oscuro y húmedo, lo que me generaba una sensación permanente de inseguridad. Hostil y dura estaba siendo mi nueva existencia.

Me encontraba insomne hacía mucho tiempo y no conseguía relajarme o descansar. Sentía, aún, necesidad de comer o beber alguna cosa más, luego percibí que no podría hacerlo. Se seguía a eso la impresión de que mi estomago se corroía de hambre y mi garganta se secaba de sed. Me vi indigente y desordenado, vagando incierto por la capital paulista. Impugnaba mi presente y no tenía fe en el futuro. Estaba solo y amargado.

Finalmente, tuve coraje y salí en busca de mis familiares. Circulé por todo el barrio del Jardín América hasta encontrar la casa de mi cuñada Marilú. Creo que recorrí centenas de residencias en pocas horas.

Ingresando en el jardín del confortable piso, con paredes pintadas en la tonalidad arena y ventanas en aluminio, no fui notado por nadie, ni incluso por el perro. En la sala de estar, armoniosamente decorada en cortes sobrios y elegantes, particularmente encuadrada por pesadas cortinas en composición azul-marino, arena y blanco, me deparé con mis sobrinos conversando entre sí. Hablaban sobre un peculiar asunto: la muerte. Me aproximé interesado y hasta me olvidé - por algunos minutos - del motivo que me condujo allí. Ellos argumentaban que tenían verdadero pavor de morir y el principal motivo de eso era la inseguridad al respecto de lo que irían a encontrar. Yo también pensaba así; ¿y cuántos más no tendrían la misma idea? - imaginé. Entretanto, acompañando la conversación de los adolescentes percibí entre líneas que había otra importante razón que los llevaba a tener ese temor a la muerte. Todos sabían que no obraban de manera cien por ciento correcta en su día a día, tenían la noción de que la moral cristiana era dejada de lado en la mayoría de sus decisiones y los mandamientos de la fraternidad, caridad y solidaridad eran cumplidos solamente en apariencia. Luego, muriendo, dependiendo de la creencia de cada uno podría ir al infierno, umbral o cualquier otro sitio que fuese sombrío y repugnante.

Bajo mi punto de vista, era verdadero aquel sentimiento, pues en el fondo yo también lo sentí cuando estaba encarnado. Sabía que alguna cosa podría haber después de la muerte y, conforme las explicaciones religiosas, a los egoístas y malos les sería reservado un lugar desagradable donde pudiesen expiar sus errores. Normalmente quien más cometía desvíos era aquel que menos pensaba en la muerte porque si lo hiciese dejaría de tener placer en sus actitudes individualistas o incluso inmorales. Mejor sería para eso vivir en la ignorancia - o fingirla como una forma disimulada de encarar la vida - al revés de ser obligado a razonar sobre sus actos y percibir que no seguía el parámetro ideal - concluí.

Por eso muchos tenían - y tienen - miedo a la muerte; ellos temen las malas actitudes que están tomando todos los días y los gestos perniciosos que practican reiteradamente. Ahora, si viviesen dentro de los postulados cristianos y teniendo por base la ley de la caridad, ¿por qué habrían de recelar al término de la jornada? - rematé, sin saber de dónde retiré tantos conceptos nuevos para mí.

Ese razonamiento era un progreso en un materialista convencido como yo. Pasé toda mi existencia creyendo que el futuro era el día siguiente y, a lo sumo, el próximo año. Jamás me detenía a pensar en la década que estaba llegando o en el final de mi camino.

Vejez era cosa para los otros y muerte una fatalidad para los vecinos. En mi casa esas cosas no iban a ocurrir tan pronto ingenuamente pensaba; pero cuando ocurriesen yo ya estaría maduro para comprenderlas suficientemente. Gran equivoco cometí, como si madurez y esclarecimiento llegasen de gracias sin cualquier esfuerzo.

No sé si para consolarme o volverme más confuso, sabía que gran parte de mis amigos y parientes pensaban exactamente como yo y de la misma forma como mis sobrinos. ¿Cuántos más, en el mundo, no tenían la misma idea? Tal vez por eso no había la renovación esperada entre los hombres, continuando a imperar la ley del más fuerte y el egoísmo general.

Mis reflexiones eran hasta interesantes, pero yo estaba verdaderamente fatigado de pensar y no llegar a lugar alguno. Desistí por tanto de acompañar las divagaciones de los muchachos y subí las escaleras para encontrar algún dato que me llevase a Elvira y a los niños. Me quedé irritado cuando no conseguí abrir la agenda que estaba en la mesa del teléfono y una vez más maldecí contra la condición paupérrima de un Espíritu. Ni para abrir un libro o una simple agenda un muerto sirve - pensé. Resolví no salir de allí hasta conseguir lo que deseaba.

Algunos días acompañé la rutina de la casa de María de Lurdes, cariñosamente llamada de Marilú. Percibí que ellos vivían dentro del estereotipo que siempre tuve de las familias de clase media alta como la mía. Pérsio salía para trabajar todos los días a la misma hora y Marilú cuidaba de la casa y de los empleados, además de orientar a los niños en edad escolar.

Manténían conversaciones esparcidas a lo largo de las pocas comidas que la apretada agenda les permitía estar juntos, siempre en la suntuosa sala de comedor adornada con columnas y pie de yeso blanco contornando las paredes y teniendo por pieza decorativa principal la cortina floral en tejido idéntico a aquel utilizado para revestir el asiento de las sillas en torno de la mesa. Varios platos de porcelana china adornaban el buffet situado en uno de los rincones.

Los asuntos discutidos giraban en torno de los más manoseados temas: dinero, dinero, alguna jactancia y pocas novedades. Finalizaban con dinero, nuevamente. En esta última categoría estaba incluido todo aquello que se refería a los bienes y valores que la moneda podía comprar en la vida material. Así, sin pretender desprestigiar el significado del dinero, incluso porque nunca fue de mi agrado hacerlo, noté que todo parecía circular en vuelta de eso. Los hijos demandaban de los padres, anticipadamente, todos los regalos que pretendían ganar a corto, medio y largo plazo. Los padres conversaban entre sí al respecto de los planes que tenían para el futuro - en la mayoría

envolviendo gastos monetarios - más allá del pago de las cuentas, de las cargas de la familia, del crecimiento del patrimonio, en fin, como ganar más y más dinero.

Además, era ese también mi asunto predilecto con Elvira durante las comidas.

¿Actuarían todas las familias del mismo modo? Las más ricas probablemente tendrían una diferencia: hablarían de montantes muy superiores. Las más pobres andarían el mismísimo camino, aunque teniendo por referencia el poder adquisitivo que veían en los comerciales y en los filmes de la televisión. Cuando terminé mi razonamiento - que juzgué lógico - me pregunté si tenía alguna legitimidad o capacidad para reflexionar de esa forma. ¿Quién sería yo para juzgar a las familias vivas de un plano que no era más el mío? ¿Debería quedar circunscrito a las evaluaciones pertinentes a los Espíritus? si así fuese, tendría muy poco a considerar pues me juzgaba profundamente ligado a la materia y casi un alienado en el plano espiritual.

La experiencia, en el contexto global, me servía al menos para percibir que no éramos tan diferentes de los otros como imaginábamos y que los otros problemas personales y familiares eran comunes a muchos semejantes, de la misma forma que nuestros aciertos y victorias no eran exclusivos frutos de nuestra destacada inteligencia.

Había seres que sufrían como yo - con las mismas dudas y preguntas - bien como a los que eran buenos, igualándose una vez más a lo que conquisté cuando estaba vivo. Si así era no debía haberme considerado tan especial y bien capacitado, por encima de la media, como habitualmente hacía. Esa era otra lamentable estupidez que sólo constaté después de muerto; habría sido más fácil haber notado lo obvio cuando estaba en la materia - deduje. Era tarde, no obstante, para quejarme, al final, nadie iba a oírme. A esa altura, la concienciación me llegaba tarde, sin embargo, no podía aún admitir la existencia de Dios. Mi incredulidad y ateísmo me cegaban el discernimiento.

Después de un período razonable de estancia en la casa de Marilú y Pérsio, terminé descubriendo donde estaban viviendo Elvira y los muchachos. La viuda se unió a Válter y Pedro estaba residiendo con amigos. Marco Aurelio dirigía la empresa y vivía con Cíntia y mis nietos. Sentí, por primera vez, que debía cortar a Elvira de mi lista; ella no merecía más ser considerada de la familia. No pretendía, no obstante, continuar siendo un intruso en la casa de extraños y decidí acomodarme con Marco Aurelio, el hijo que me era más afín cuando estaba vivo.

Al llegar a su apartamento, un poco vacío, aunque elegante, me juzgue mal recibido. Había muchos Espíritus - como yo - circulando en todas las habitaciones. Imaginé, jocosamente, que se trabaja de una convención. ¿Por qué estarían concentrados en la casa de mi hijo? Creyéndome con derecho adquirido de estar presente entre los míos, entré y comencé a vagar por los aposentos. Antes de entrar en el cuarto del matrimonio, fui violentamente barrido por una criatura alta, delgada y peritrica. Ella tenía las mejillas pálidas y maceradas, los ojos profundos y vidriosos. Casi no articulaba palabras y parecía balbucear alguna orden. Como no entendí, insistí en entrar, ocasión en que fui lanzado lejos, extrañando hasta la fuerza incomún de aquel ser.

Finalmente, observaba que algunos Espíritus tenían poder sobre otros. Si no conseguía dominar la materia por lo menos actuaban en el plano que les era propio. Inconformado,

volví a la puerta del cuarto yforcé la entrada exigiendo una explicación. No sabía ni qué decir al lúgubre portero, pero lo intenté asimismo.

- ¿Usted habla alguna cosa que yo pueda entender? - le dije altivo. ¡¿Ese es el dormitorio de mi hijo y me gustaría saber qué hace aquí?!

- Ah, ¿usted fue el padre de eso de ahí?

- ¿Como «eso de ahí»? ¿Por qué esa falta de respeto?

- No sea ingenuo. ¿Usted sabe lo que él hace dentro de ese cuarto con la esposa y algunos amigos?

- ¡No, es lógico que no tengo idea! Nunca dormí con mi hijo, especialmente después de su casamiento con Cíntia.

- ¡Suerte la suya! Hay orgias de todas las clases ahí... Estoy controlando la entrada porque ya está completo. No hay más espacio para los invitados.

- ¿Invitados? ¿Pero quién está con ellos?

- Unos cien o doscientos Espíritus, más allá de sus «amiguitos» vivos.

- ¡No es posible! Marco Aurelio jamás haría una cosa de esas. Él fue educado bajo un techo moralista y rígido, no para ser liviano y pornográfico.

- Entonces debe haber sido en otra casa que él aprendió ...(carcajadas) ¡porque sabe hacerlo muy bien!

- Déjeme entrar. Yo soy el padre y tengo el derecho de ver con mis propios ojos lo que pasa.

- ¡Voy a hacer una excepción! Normalmente tengo que respetar el número de invitados por noche, pero en su caso quiero ver su decepción al constatar la veracidad de lo que le hablo. Puede entrar. Siéntase a gusto.

- La criatura pareció tener un placer singular en permitirme la entrada, sabiendo que yo era el padre del muchacho envuelto en las orgias a las cuales se refirió. Me introduje.

No podría describir lo que presencié. Nada más doloroso para un padre ver a su hijo participando con la esposa de una escena tan grotesca y fuera de propósitos. Jamás iría a creer, si vivo estuviese, en caso de que alguien me narrase lo que estaba sucediendo. No bastaba la vulgaridad material, lo peor era la participación activa y tumultuosa de varias entidades - como aquella que estaba en la puerta - encima de cada uno de los encarnados que allí estaban. Si hubiese un Dios, Él tendría que tener mucha piedad de aquellas criaturas incluyendo en esa relación a mi propio hijo. El desvío sexual se asociaba al uso de entorpecimientos y generaba un cuadro dantesco que me horrorizó.

Dejé la habitación trastornado y fui víctima de broma por parte del desgraciado portero. No tuve fuerzas para responderle los ataques y me refugié en la sala de estar, rememorando las imágenes que traía conmigo. Mi primer pensamiento se basó en un cliché: ¿dónde había estado equivocado? Por algunos minutos, deduje que la culpa sería mía que, como padre, no vi el rumbo tomado por mi hijo primogénito. Superada la fase de choque, me vinieron a la mente otras reflexiones.

Jamás concebí que los livianos actos del mundo de los vivos tenían tantos espectadores. Juzgaba que podríamos errar solos cuando estábamos encerrados entre cuatro paredes, pero pesarosamente me engañé. Cada paso de mi indigno hijo era acompañado por criaturas pasmosas que, con maldad, lo incentivaban a proseguir y osar, ahondándose aún más en su propio desatino. Éramos víctimas, como encarnados invigilantes, de esos seres abominables.

Derrumbado, pasé horas postrado en un rincón, sentado en el suelo sobre el piso frío de las piedras de pizarra, meditando al respecto. Me erguí cuando el día amanecía y me atreví a volver al cuarto. Aproximándome a la puerta de entrada noté que la criatura no estaba allí. A voluntad, ingresé en el recinto y verifiqué que, en la cama, estaba solamente Marco Aurelio y Cíntia, durmiendo profundamente. Los invitados de los dos planos habían dejado el lugar.

Con criterio, llegué cerca de mi hijo y lo miré con amargura. Su rostro estaba cambiado y ya no era el mismo de antes, ingenuo, pueril. Verificando el ambiente, percibí que varios hilos - como aquellos que me ataron por años a mi cuerpo físico - salían de los cuerpos del matrimonio y se perdían en el espacio, pasando el techo y extendiéndose a un rumbo ignorado. Si ellos no estaban muertos - pensé - ¿qué serían aquellos hilos prácticamente idénticos a los míos? Rodeé la cama y constaté que, de hecho, esas ligaciones existían y se concentraban en algún punto fuera de la casa. Intenté seguir las, pero no lo conseguí, pues cuando me acercaba al lugar de donde ellas parecían salir, nada encontré. Me parecía que ellas desaparecían en el aire, o sea, salían de mi hijo y de Cíntia y seguían por el espacio hasta desaparecer por completo.

Intrigado, miré alrededor y entreví no sólo el desorden en el plano material, sino también el desorden que restó en el lado espiritual. El recinto entero estaba tomado por una neblina cenicienta y fétida, que cubría los muebles, las ropas y todas las piezas de la habitación principal del apartamento. Si mi hijo pudiese ver el antro donde estaba viviendo y durmiendo con su esposa, tal vez no obrase de aquella forma - concluí.

Aún sin respuesta para los hilos que desaparecían en el aire, me acordé de mis nietos. ¿Estarían ellos envueltos en lo mismo por causa de sus livianos padres? Me dirigí a prisa a los cuartos de ellos y nuevamente fui echado de la puerta. Esta vez era un Espíritu trajeado con túnica blanca, con semblante tranquilo, más austero y que poseía cabellos grisáceos y resplandecientes. Mirando fijamente para mí, dijo:

- Lamento no permitirle la entrada. Sé que fue abuelo de esas criaturas cuando estuvo encarnado. Entretanto, ellas están bajo protección y no pueden tener contacto con ningún ser que estuviese presente en aquel cuarto.

- Pero yo no participé de aquello - respondí apresurado, intentando justificarme.

- ¡Sabemos de eso! Su ingreso, no obstante, es vedado por otras razones. No sólo porque usted carga consigo fluidos que cogió en aquel ambiente pernicioso, sino principalmente por no tener preparación suficiente para ver a sus nietos sin perjudicarlos.

- ¿Cómo yo podría afectarlos negativamente? Ellos son mi familia y jamás iba a herirlos.

- No se trata de molestarlos conscientemente. Usted podría involuntariamente transmitirles sus aprehensiones y temores, causándoles - criaturas que son - un mal innecesario. Espero que comprenda mi posición, pues si usted de hecho ama a sus nietos, déjelos por ahora y vuelva en otra ocasión.

Contrariado, me cansaba de ser echado de varios lugares como si fuese una plaga cualquiera. ¿Qué especie de Espíritu era yo para tener el acceso negado a los buenos y a los malos lugares? - imaginé. El único confort que tuve fue saber que mis nietos estaban protegidos de aquel agrupamiento de criaturas asombrosas. Antes de salir, me volví para el Espíritu luminoso - el primero que veía de cerca después de haber estado muchos años vagando y pregunté:

- ¿Podría hacerle una pregunta?

- ¡Sin duda! Si yo puedo responder, lo haré con placer.

- ¿Por qué existen hilos ligados a los cuerpos de mi hijo y de mi nuera? ¿A dónde son llevados ellos? No conseguí ver el final...

- Infelizmente, las criaturas inteligentes que obsesan a los encarnados invigilantes tienen sus escondrijos muy bien guardados y Espíritus como usted, inexpertos e ignorantes, no conseguirían de hecho encontrarlos. Por eso, los hilos - que son lazos fluídicos que ligan a Marco Aurelio y Cíntia a sus cuerpos - parecen desaparecer en pleno aire. Ambos, en realidad, están localizados en un plano que usted ciertamente no le gustaría conocer.

- ¿Y cuánto tiempo los obsesores quedarán unidos a los dos?

- Solamente ellos pueden saber la respuesta. En cuanto perduren en esas actitudes continuarán esclavos de esas criaturas y serán por ellas dominados. Si perpetuaran sus conductas, fatalmente irán a desencarnar en las manos de esas entidades inferiores. Se arrepentirán, por cierto, pero será tarde para evitar el mal mayor.

Cuando iba a introducir una pregunta al respecto de mi situación, aprovechando el esclarecimiento que aquel Espíritu parecía tener, no lo vi más. Súbitamente él dejó el ambiente sin cualquier rastro.

Detrás de mí, el ruido de una puerta sonó fuerte. Mi hijo estaba despierto y salía del cuarto rumbo a la sala para tomar su café de la mañana. Mis nietos, por el ruido en la habitación, también se encontraban despiertos y tal vez estuviesen preparándose para la escuela. La casa se hallaba en movimiento y había circulación en todos los cuartos. No veía, entonces, ninguna entidad rondando el apartamento. Deduje que ellas preferían el abrigo de la noche y la llamada de los malos hábitos de esas horas para aproximarse. Durante el día, bajo estado de vigilancia, quedaban ausentes, inclusive aquel «ángel» que tenía por fin proteger a mis nietos de los demás seres.

No tuve voluntad de salir de la casa en esa ocasión. Me quedé todo el tiempo cabizbajo y entristecido con lo que acompañé la noche anterior. Estaba decidido a permanecer allí hasta encontrar algunas respuestas a aquel caso obsesivo que envolvía a mi hijo y al cual hiciera referencia el ser iluminado. A pesar de estar atemorizado, el corazón gritó más fuerte y me envalentoné para enfrentar a las criaturas que surgiesen a mi frente en nombre de proteger a mis familiares.

La noche vino más tarde y Marco Aurelio volvió para casa sobre las ocho de la tarde. Llegó acompañado de su secretaria Paula. Se encerraron en la biblioteca y de allá no salieron ni para comer con los niños.

Cíntia, extrañamente, no volvió aún. Curioso, fui hasta ellos para verificar lo que pasaba y, sorprendido, constaté que mantenían relaciones sexuales en la alfombra persa bajo el austero ambiente proporcionado por los estantes de libros en madera rústica de color natural. Espesa neblina cenicienta los envolvió y del techo chorreaban gotitas de un líquido oscuro y pegajoso, pareciendo aceite quemado, con apariencia sucia y repugnante. Nunca había visto un lugar tan alterado; en cuanto los vivos se mantenían en desatino, el ambiente acompañaba la metamorfosis. Era como si nada pasase desapercibido a las vibraciones de la casa.

Me despedazaba el corazón ver a mi hijo primogénito en tan degradante situación, envuelto en adulterio, sexo libre y un casamiento de apariencia. Entretanto, mi nuera no era diferente, pues en la noche anterior participó de una orgia, inclusive utilizando entorpecedores, y debía saber que el marido acostumbraba a «trabajar» con la secretaria en su propia biblioteca. Tenía conocimiento y obviamente asentía. El hogar era un antro de corrupción del espíritu y pérdida de los menores valores. Me impresioné profundamente con las escenas que era obligado a presenciar, a pesar de que nunca había sido un santo antes de morir.

Salí de la biblioteca y fui para el cuarto de mis nietos. Sin incluso entrar, noté que los niños jugaban sosegados, protegidos por una tenue luz dorada. Allí busqué abrigo y me quedé echado en la pared, del lado de fuera. Me parecía que el resto de la casa estaba comprometido con la voluptuosidad y la inmoralidad.

Sobre las once horas, Paula se fue y los dos aún se despidieron demoradamente en el recibidor de los ascensores. A esa altura Cíntia ya había llegado y tamaño era el atrevimiento de ambos que sólo me confirmaba la sospecha de que mi nuera tenía noción de lo que pasaba y estaba de acuerdo con eso.

Cuando ellos fueron a dormir, me coloqué al lado de la cama como un fiel perro de guardia. De allí no salí, hasta que noté un espectro translúcido dejar el cuerpo de mi hijo. Era él mismo, que se desligaba cuando entró en sueño profundo; no obstante, la diferencia entre su cuerpo espiritual y el de Pedro, mi benjamín, era inmensa. La densidad era desigual y la de Marco Aurelio me parecía estar enferma y de mal olor. Tal vez fuesen las llagas de su propia insanidad. Cíntia partió también. Los dos no fueron juntos y cada cual se encaminó para un lado. En aquella noche, acompañé a mi nuera, quién sabe por considerarla más cuerda que mi hijo.

Vagaba sin rumbo por la casa y no sabía para dónde dirigirse hasta que vislumbró - como yo - la luz brillante que rodeaba la puerta del cuarto de mis nietos. Intentó ingresar en la habitación y fue violentamente impedida por un golpe de aire, según me pareció. La ráfaga de aire quería decirle que se mantuviese distante. Atontada y estremecida, ella invistió otra vez contra la entrada y nuevamente fue rechazada. No conseguía ver a los niños, sus hijos, durante la noche; parecía ser una criatura pernicioso para ellos. De hecho, en mi pensamiento, ella no pasaba de una frívola y debía cargar

consigo fuertes vibraciones negativas. Di la razón a quien quiera que estuviese de guardia en aquel recinto al vedarle el ingreso, al final, se trataba de dos inocentes.

Confusa, Cíntia desistió y volvió para el cuarto. Quedó al lado de su propio cuerpo carnal, observándolo como si fuese algo inédito. De súbito, comenzó a concentrarse en él. Surgió entonces prácticamente de la nada un hombre desconocido, que mantuvo una relación sexual con el cuerpo durmiente. Me aproximé para verificar de dónde vino aquel extraño pero percibí que él, en verdad, no existía. Era apenas fruto del pensamiento concentrado de mi nuera que, en un rincón de la habitación, vibraba incesantemente y producía fluidos densos y opacos que dieron origen a esa figura. ¿Qué más me faltaba por aprender? - pensé.

La pobre muchacha tenía éxtasis con la imagen producida por su propia reflexión, que la colocaba enclaustrada dentro de su libertinaje íntimo, generando un cuadro digno de piedad.

Intenté ayudarla y dirigirle la palabra, pronunciando su nombre. Ni una sola reacción recibí. Ella parecía atónita, estática, casi tan muerta como yo estuve en aquel agujero horrendo. Me sentí inútil a su lado, pero no conseguía salir de allí pues algo me indicaba que precisaba de auxilio. Pacientemente, me coloqué frente a ella y pasé el resto de la noche viéndola vibrar numerosas imágenes disolutas, una seguida de otra, sin cesar un momento hasta el amanecer.

Marco Aurelio volvió de repente al cuarto y pareció haber salido del punto donde los hilos negros, que vi en la noche anterior que habían desaparecido en pleno aire. Había por tanto un pasaje para otro lugar, conforme dijo el ser iluminado, que retiraba del cuarto los lazos unidos al matrimonio y para donde mi hijo se dirigió al desprenderse.

En pocos minutos, ambos despertaron e iniciaron un día más de sus vidas en la materialidad. Aguardé ansiosamente al anoecer, pues iría esa vez detrás de Marco Aurelio, donde quiera que fuese. Allá estaba yo cuando durmieran. Con cierta dificultad sus Espíritus se desligaron de los cuerpos y siguieron rumbos distintos. Acompañé a mi hijo y vi cuando entró por una grieta existente entre el techo y la lámpara del cuarto, casi escondida y creo que sólo visible para seres muertos como yo. Fui detrás y cuál no fue mi incredulidad cuando me deparé con un mundo oscuro, pantanoso, sombrío y fétido. ¿Qué vino él a hacer aquí? - pensé.

No sabía dónde estaba, pero procuré mantener la calma. Encontré su rastro y lo seguí hasta encontrarlo entre las criaturas horribles que bromeaban con chistes de pésimo gusto y proferían carcajadas ensordecedoras. Nunca había visto nada igual, ni incluso cuando estuve aprisionado debajo de la tierra. Marco Aurelio, entre ellos, estaba cambiado y acompañaba sus facciones grotescas. ¿Aquello sería mi hijo? - pensé amargado.

No hice ningún ruido y no intenté intervenir pues me faltaba coraje. Pasé algún tiempo viéndolos comentando futilidades, maldiciendo y profiriendo impropiedades. En aquel lugar no había luz brillante, apenas una luminosidad ínfima que servía para mostrar los contornos de aquellos seres que parecían monstruos al adentrarse al pantano. Cuántas horas pasé preso a aquellas escenas, no sabría decirlo. Pero creo que al amanecer estaba de vuelta al cuarto de mi hijo, pues él estaba despertando.

Descubrí, en mis andanzas, que existían tallas de conducta gravísimas cometidas por personas vivas que, al adormecer, se liberaban de sus cuerpos y daban baza a sus más míseros deseos y placeres. Entretanto, me sonaron falsas las sensaciones vividas por Marco Aurelio y Cíntia, que tuve la oportunidad de acompañar, pues no los vi manteniendo ningún placer consigo cuando despertaban a la mañana siguiente. Al contrario, estaban contrariados e irritados, despreciándose mutuamente, lo que parecía lógico en la medida en que pasaron horas en aventuras grotescas, sin el menor lazo que los pudiese unir. ¿Por qué irían a despertar felices y hermanados? deduje.

Era triste contemplar a mi hijo en aquella situación, sin embargo, cuando lo veía vagando incierto terminaba recordando que yo también estaba sin rumbo. ¿Qué estaría para mi reservado? ¿Predestinado a acompañar eternamente los desatinos de mi familia? Pocas veces recuerdo haber quedado tan afligido como en aquel instante de reflexión.

Tardé en recuperarme después de dos noches seguidas de desagradables revelaciones. La imagen que tenía de mi hijo y su esposa estaba profundamente estremecida, pero era capaz de reconocer que ellos no eran los únicos obrando de aquel modo. Muchos vivos debían hacer exactamente como ellos, creando esas escenas dantescas y esos lugares terroríficos, tal vez yo mismo hubiese hecho muchas cosas equivocadas cuando me desprendía durante el sueño. Comencé, entonces, a formar un juicio analítico al respecto de mi presente. Probablemente, fui compelido a sufrir angustias por las cuales pasé en compensación por tanta miseria de valores que mantuve actuantes en mí cuando estaba vivo. Estaba, seguro, expiando. Deduje - a falta de mejor explicación - que Dios, caso existiese, era justo, sin embargo, vengativo.

Cuanto más sufría y entraba en desespero, más consciencia adquiría y mi realidad comenzaba a transformarse. Ateo y materialista convencido, jamás había admitido la existencia de Dios, no obstante, estuviese alterando mis ideas gradualmente, en la medida en que comenzaba a tener contacto con tanta iniquidad. Conmovero, inicié una reflexión más racional que me pudiese ofrecer explicaciones lógicas al respecto de la vida. Si yo muriera, pero aún estaba «vivo», era preciso entender el mecanismo en el cual estaba introducido porque no pretendía pasar el resto de mis días acompañando la vida material de mis familiares. Más allá de eso, ya fui capaz de percibir que había otros seres, como yo, que no practicaban el mal y, al contrario, tenían la tarea de proteger a mis nietos. ¿Dónde vivirán ellos? ¿Cuál es la diferencia entre nosotros? - me pregunté.

Esas nuevas concepciones que me surgían me conducían a la decisión de buscar nuevamente a Pedro. Conseguí fácilmente su dirección visto que Marco Aurelio se comunicaba, con cierta frecuencia, con el hermano, en especial para tratar de los negocios de nuestra empresa.

Él vivía en la compañía de amigos, compartiendo un apartamento. Busqué no perturbar demasiado el ambiente, pues noté que había más Espíritus circulando por allá, tal vez ligados a los demás moradores. Fui directo para su habitación, nada más llegar. Aguardé impaciente que se durmiera; en cuanto a eso, le notaba un cambio de comportamiento. Pedro era más maduro y responsable, bien diferente del hermano. Cuidaba de su profesión con celo y esfuerzo inigualables y había rechazado propuestas de Marco Aurelio para dirigir conjuntamente los negocios de la familia después de mi muerte. Observé que su lejanía de los parientes - madre y hermano - podría tener alguna relación

con la vida descontrolada que éstos estaban llevando. Recordé, entonces, que el benjamín, desde pronto, era el más recto de mis familiares y no apreciaba nada deshonesto o indigno. Le gustaba corregir a aquellos que a su alrededor se desviaban del camino del bien y en la escuela era considerado un muchacho «demasiado responsable». No conseguía tener muchas amistades, justamente por su temperamento rígido e inflexible, pero las pocas que tenía eran sólidas.

Recordé también que Pedro tenía el hábito de, en las comidas, comentar con nosotros sus ideas sobre justicia social y parámetros cristianos de vida. Siempre fue voz aislada dentro de casa y yo jamás supe de donde él cogía esas ideas, pues nosotros no lo educamos bajo ese prisma. Comencé a deducir que cada uno trae consigo desde el nacimiento una carga considerable de posturas que iban a ser desenvueltas a lo largo de la vida.

En cuanto Pedro era un muchacho bueno y dilecto desde pronto, Marco Aurelio precisaba ser contenido a cada instante pues era travieso y egoísta. De nuestra parte Elvira y yo - obramos incorrectamente al incentivar el lado individualista del primogénito, inhibiendo los buenos sentimientos del pequeño, creyendo que con eso estaríamos dando soporte, instrucción y condiciones para enfrentar el mundo con altivez. Entretanto, jamás habíamos pensado en darles base para enfrentar la muerte - esta sin la etapa decisiva en nuestra jornada. ¿De qué me sirvió, por ejemplo, tanto conocimiento técnico-profesional si nada de eso pude utilizar cuando morí?

Estaba meditando cuando Pedro se desprendió de su cuerpo, durante el sueño. Su Espíritu tenía una luminosidad calmante. Me aproximé e intenté dirigirle la palabra:

- Pedro, hijo mío, soy yo, tu padre...

- Volviéndose para mí, suavemente dijo:

- ¡Papá, qué bueno volverte a ver! ¿Estás bien?

- No, hijo, estoy sufriendo mucho desde que morí. No sé qué hacer ahora y para dónde debo seguir. La ansiedad y la tensión son parte de mi día a día. Necesito de alguna ayuda.

- ¡Comprendo, papá! Infelizmente, no puedo ayudarte. Tú debes vencer esas barreras solo, conquistando una madurez espiritual propia. Cuando eso ocurra, los Emisarios de Dios vendrán a buscarte con seguridad. Hasta entonces, sigue tu corazón pues el ciclo de la concienciación no puede ser atropellado y apresurado.

- Pero, Pedro, ¿qué significa estar maduro espiritualmente? ¿Cómo voy a conseguir cualquier alteración interior si no tengo orientación?

- ¡Lo lamento, papá! Sufro por verte padecer, pero no puedo interferir. Confía en Dios, pues Él es justo y bondadoso. Nada te faltará, ten fe. Debo partir, ahora, pues los amigos me esperan para un trabajo...

- ¿Puedo acompañarle? Me gustaría que fuésemos juntos.

- Lo siento mucho pero no está permitido. Hasta pronto, querido papá.

Diciendo eso, Pedro partió como un relámpago y desapareció de mi campo de visión. A pesar de intentar seguirlo, como hice con Marco Aurelio, no lo conseguí. Su trayectoria fue demasiado rápida para mis sentidos. No lo vi más en aquella noche. Su cuerpo físico reposaba plácidamente, sin los sobresaltos enfrentados por el hermano, aguardando la vuelta del Espíritu que salió para trabajar. Era impresionante la dedicación del muchacho - pensé no dejando de actuar ni incluso cuando dormía.

Instado a repasar mi pasado, veía en las palabras de mi hijo un aliento a mi ignorancia. Las situaciones que yo estaba viviendo de hecho irían a ser el instrumento de mi liberación - imaginé. Cada día me volvía menos duro y más flexible; menos intransigente y más receptivo a nuevos conceptos. Sentí que debería conocer mejor a Dios, sólo que no sabía cómo. Me excedí tanto cuando estaba vivo que perdí la noción de los postulados cristianos; ¡pero habría de recomenzar todo de nuevo! Sentí que debería visitara Elvira, aunque estuviese revuelto con su unión con Válder. Tal vez fuese un principio de mi renovación interior.

La casa por ellos ocupada era grande y pomposa. Bien decorada y guardando similitud con aquella donde vivíamos - probablemente por la ausencia de niños. Intradé brevemente todas las habitaciones y estaba extasiado conociendo los detalles ricos de la decoración cuando oí a alguien sollozando bajito en la cocina, el único lugar donde no me interesaba entrar. Luego imaginé que sería la empleada, pero aun así me dirigí para allá.

El recinto estaba oscuro, ninguna lámpara estaba encendida esa noche. ¿Quién estaría en aquella oscuridad lloriqueando? - me pregunté. Despacio fui entrando y buscaba reconocer a la mujer en lágrimas.

Sorprendido al verla de frente, constaté que era Elvira. ¿Qué haría ella a aquella hora de la noche en la cocina, llorando? No tenía respuesta, ni tampoco lo que haría para calmarla. Di vueltas a su alrededor, le dije palabras de consuelo, que ella naturalmente no oyó y terminé sentado a su lado entristecido. No era posible haber perdido por completo mi capacidad de auxilio. Aunque fuese un Espíritu, debería existir un medio de interferir en el plano material.

Estaba absorto en esos pensamientos cuando noté la aproximación de un ser luminoso, semejante a aquel que guardaba a mis nietos. Por un lado, me alegré imaginando que ella sería amparada y, por otro, me preocupé pues pensé que sería retirado de allá por la fuerza. Entretanto, sin anticipar mi aprehensión, me quedé estático esperando que el Espíritu dijese alguna cosa. Él nada habló. Miró para mí con ternura en la mirada y levantó sus manos, colocándolas en la frente de Elvira. Inmediatamente comenzó a surgir rayos de luz de sus dedos que se dirigían - en todas las tonalidades - al cuerpo de la beneficiada. Por algunos minutos, él permaneció en aquella posición dándole sustentación. Ella se calmó.

Antes de partir, el Espíritu se volvió para mí y con una mirada parecía invitarme a hacer lo mismo. Me atreví a imitarlo y coloqué mis manos en la misma posición. Perplejo, vi salir de mis dedos una luz brillante y colorida en los mismos moldes de aquella que había tranquilizado a Elvira. Recogí, asustado, las manos. Él gentilmente bajó las suyas, tomó las mías en las de él y las puso en la posición anterior. Ellas volvieron a brillar.

¿Cómo yo podría estar emitiendo una luminosidad como aquella? ¿Sería fruto de mi imaginación? alegué.

Pareciendo leer mis pensamientos, el Espíritu dijo:

- Alfonso, la fuerza del amor es siempre colorida y luminosa e independiente de su emisor. Vibre amor cuando tenga voluntad y auxilie a su semejante en los dos planos de vida.

Se retiró enseguida, sin que pudiese dirigirle cualquier pregunta. Elvira paró de llorar. Serenando los ánimos, comenzó a quejarse de Válter en voz alta, como si estuviese hablando sola o desahogándose, pero en realidad yo estaba oyendo. Dijo que el único hombre que de hecho la respetó fue el fallecido Alfonso y que jamás iba a imaginar que el gerente de ventas de nuestra empresa pudiese conquistarla ardientemente para después maltratarla día a día como si ella no valiese nada. Válter estaba en la vicepresidencia por debajo de Marco Aurelio solamente - pero planeaba asumir la dirección integral de los negocios en cuanto fuese posible. Para eso, conducía la vida doméstica con extremo rigor, llegando a agredir físicamente a Elvira cuando esta no lo apoyaba en la disputa que pretendía sustentar contra mi primogénito. Quedé estremecido y condolido. Ella había intentado una vida mejor y acabó en las garras de un inescrupuloso marido.

Sus quejas me hacían sufrir y cuanto más narraba sus desgracias, más quedaba aterrorizado. Cuando estaba vivo, yo era materialista sin embargo nunca le agredí de aquella forma, ni tampoco le faltó al respeto frente a los niños, al contrario de lo que hacía el actual esposo.

Terminé envolviéndola con mucho cariño exactamente como aquel ser luminoso me enseñó. Vi entonces las mismas luces brillantes salir de mis dedos e invadir con vigor a Elvira. Ella, en ese momento, se acordó de mí y dijo:

- ¡Ah!, Alfonso, querido mío, donde tu estés que sepas que yo te amé y respeté como a ningún otro hombre conseguiría hacerlo nuevamente. Si Pedrito estuviera en lo cierto, quién sabe si algún día tu surjas por aquí y yo te pueda hablar de mis sentimientos puros y cristalinos.

- Ya lo estaba diciendo - pensé. ¿Qué más podría hacer para auxiliarla? Todos mis anteriores pensamientos de rabia y despecho se desvanecían y únicamente el amor de antes volvió a mi pecho, suavizándome las llagas y posibilitándome ver un futuro prometedor, al final, si yo sufría, mis familiares aún vivos también enfrentaban duros obstáculos.

Resolví quedarme a su lado, dándole sustentación en cuanto pudiese. Aquella noche, pienso que Elvira soñó conmigo porque ella se desprendió suavemente y sonrió para mí tan pronto estaba libre de su envoltura carnal. Ninguna palabra me dirigió, pero su mirada de ternura y gratitud fue expresiva y calmó toda mi ansiedad en volverla a ver. No pudimos quedar juntos, pues ella siguió un camino distante durante el desligamiento proporcionado por el sueño - apartándose de la casa - y resolví no seguirla para preservarle, quién sabe, el deseo de quedar sola.

Durante algunos meses los pasé a su lado recordando en conjunto toda nuestra vida matrimonial. Ella hojeaba álbumes de fotografías y yo le inspiraba confianza y fe. Me sentía rejuvenecer también, pues aprendía a amar bajo otro prisma: el espiritual. Dejé mis amarguras y rencores de lado y la abracé varias veces, incluso delante de Válter, que nada percibía. Cuando ella hacía sus rutinarias lecturas de la Biblia, la acompañaba curioso y fue a partir de ahí que comencé a tener mayor contacto con Dios. A través de la lectura en voz alta, Elvira inconscientemente me transmitió bellas lecciones, la mayoría de ellas acompañando la vida y los ejemplos de Jesús Cristo.

Maduré en esos meses más de lo que en los largos años en que estuve en aquel agujero oscuro, en especial porque estaba receptivo, en cuanto antes me encontraba con odio en el corazón y permanentemente colérico.

Pedro acostumbraba a visitarla y le daba consejos para que se apartase de Válter, un hombre oportunista y ambicioso decía. Ella, religiosa que era, no deseaba romper los lazos impuestos por las segundas nupcias e insistía en permanecer casada. Si no fuese por mí Elvira estaría sola la mayor parte del tiempo. El esposo la dejaba casi abandonada y no perdía la oportunidad de humillarla, ridiculizándola en los menores detalles, siempre que podía. Esas actitudes me dejaban contrariado, pero para no perjudicar mi vibración, volviéndola negativa, me contenía y buscaba perdonarlo. Me acordé de esos consejos que me fueron dados por aquel Espíritu protector en la puerta del cuarto de mis nietos, cuando me dijo que volviera solamente cuando ya no transmitiese a las criaturas vibraciones perniciosas. Sé que él tenía razón y buscaba únicamente el bienestar de los niños. Y emanaciones negativas eran aquellas derivadas de los sentimientos indignos, tales como el odio, la envidia y el rencor de toda especie.

Cuando me sentí renovado por el contacto que tuve con Elvira a lo largo de ese tiempo en que pasamos juntos, decidí volver a la residencia de Marco Aurelio para estar con los pequeños. Así hice. En determinada noche, me adentré en el apartamento y fui directo para el cuarto de ellos. Encontré en la puerta al mismo Espíritu guardián.

- ¿Volvió, Alfonso? Estoy contento de verlo. Lo siento más armonizado consigo mismo.

- ¡Es verdad! Seguí sus consejos y creo que estoy mejor. ¿Sería posible ver a mis nietos?

- ¡Sin duda! Puede entrar.

Fueron momentos de rara felicidad. Ellos dormían profundamente, pero sus Espíritus fueron llamados a volver al aposento, pues estaban distantes de sus cuerpos físicos. Cuando nos encontramos, ellos sonreían exactamente como hacían en el pasado al recibir los regalos que les daba en navidad o en el cumpleaños.

Percibí que eran luminosos como aquel que los protegía, pues emanaban un brillo diferente de los otros, especialmente del propio Marco Aurelio. Me dijeron que tenían por misión encaminar a los padres a la senda cristiana, lo que no sería tarea fácil pues eran reticentes y materialistas, como yo cuando estaba encarnado. Consentí ante tal comentario pues hablaban la verdad. Dios enviaba para componer las familias en el plano material Espíritus de diferentes grados evolutivos y diversos orígenes - me contaron. Algunos ya se conocían antes de reencarnar en cuanto otros por primera vez

estarían unidos. El caso de ellos era este último: fueron voluntarios en una colonia espiritual para volver a la carne como hijos de Marco Aurelio y Cíntia, seres endurecidos que merecían conocer, a través de sus propios hijos, un buen ejemplo de conducta cristiana.

Me quedé emocionado y lloré como un niño. Tal vez, espiritualmente, yo fuese el nieto y ellos los abuelos. Me acogieron en los brazos y mis fuerzas se redoblaron, confortándome. Continuaron diciendo que todos teníamos una programación a seguir y ellos, en cuanto fuesen niños, serían guardados por aquel compañero de la ciudad espiritual, ya que los padres tenían ligaciones arraigadas con el plano inferior. Al alcanzar la fase adulta - a partir de los dieciséis años - deberían asumir solos la vigilancia personal y de la casa. Y para eso bastaba el amor y la fe en Dios, pues la peor criatura del umbral - aquel lugar oscuro y sombrío donde sus padres iban cuando se desprendían - no vencería jamás la fuerza de lo Alto.

Eran lecciones preciosas aquellas. Asociadas a las lecturas que hice con Elvira me daban una noción completamente diferente de la vida. Quise saber lo que era reencarnación, termino al cual se refirieran poco antes.

Me explicaron que todos los Espíritus - buenos y malos, evolucionados o no - irían a reencarnar tantas veces cuanto fuesen necesarias para completar su estado de aprendizaje en el mundo de expiación y pruebas que era la tierra. Luego, también yo iría a volver un día a la carne para continuar mi caminata. En fin, todo aquello que Pedro insistió varios años para que oyese me estaba siendo repetido por mis queridos nietos.

Lógicamente, hice numerosas indagaciones a los niños - que espiritualmente eran seres adultos e iluminados, pero no todas pudieron ser respondidas. Algunas ellos no tenían permiso para esclarecer y otras ni tenían conocimiento suficiente para tanto. La última indagación que resolví hacer fue al respecto de mi futuro.

- Queridos, ¿cuándo podré tener una definición en cuanto a mi trayectoria? Les confieso estar cansado y desalentado de tanto sufrir en la costra terrestre. ¿Será que algún día tendré mérito suficiente para conocer una de esas ciudades iluminadas, donde podré encontrar un poco de paz?

- ¡Si abuelote! - ellos me llamaban por el mote que me habían dado cuando estaba encarnado - Tú iras, como todos, a una colonia espiritual. Entretanto, no sabemos cuándo pues dependerá exclusivamente de factores ajenos a nuestro conocimiento.

- ¿Qué por ejemplo? - curioso, pregunté.

- Tu merecimiento y tu desprendimiento. Cuando estés preparado a comprender el ciclo de la vida y tener fe en Dios, ciertamente serás llamado. Tranquilízate y no estés ansioso. ¡Jesús mirará por ti!

- Así sea - respondí con lágrimas furtivas en los ojos.

Nos despedimos emocionados y antes de irme fui al aposento de Marco Aurelio y Cíntia. Aquella noche ellos estaban solos. Algunos términos nuevos ya integraban mi vocabulario y resolví darles un pase espiritual. Como había aprendido, hice el posicionamiento con las manos y oré con fervor a Dios. Las luces que salieron de mis

dedos llegaron a clarear todo el recinto y muchas criaturas escondidas dentro de los muebles salieron apresuradas. Quedé algunos minutos en esa posición hasta sentir que debería cesar mi actividad.

Los hilos negros que ligaban los cuerpos de la pareja a algún lugar inferior de la espiritualidad continuaban presentes, pero se volvían más quebradizos, como si hubiesen sido quemados por la fuerza de la luz que de mis dedos emanó.

Cuando ellos retornaron a los cuerpos y despertaron estaban más calmados y sintonizados. Creo que fue la primera vez que no los vi peleando entre sí por la mañana. Dios los conservé así - pedí en aquella oportunidad.

Uno de los consejos que recibí de mis nietos fue el volver a la reunión de Pedro hasta que fuese llamado por lo Alto. Debería hacer como Plínio, aquel compañero que me interpeló hace algún tiempo instándome a proceder de ese modo.

Volví a buscar a mi hijo pequeño. Tan pronto fue posible, lo acompañé hasta su encuentro mediúmnico. Sabía ahora de lo que se trataba, pues me familiarizaba con esos términos.

La reunión tuvo inicio en la hora estipulada y volví a quedar fuera, aunque esta vez resignado. Vi muchas luces en el interior de la casa y algunos Espíritus que, como yo, aguardaban del lado externo, fueron invitados a entrar. Ansioso, pensé que pudiese estar próxima mi oportunidad, entretanto, fue en vano. Nadie, aquella primera noche que pasé espiando, me dio atención.

Volví la semana siguiente y en las otras y otras que siguieron. Pedro, durante sus desprendimientos, me confortaba y me incentivaba a continuar persistente. Elvira, por sus oraciones, también me daba su apoyo a distancia. Mis nietos queridos hacían lo mismo. Me sentía amado y protegido por la familia que tanto amé cuando estaba encarnado. Decidí no decepcionarlos y pasé mucho tiempo frecuentando, desde fuera, aquellas reuniones.

Después de más de un año, ya conseguía saber cuál era el ritmo emprendido en los trabajos y distinguía con perfección el momento de cura y el de desobsesión, por ejemplo. Buscaba calmar - como Plinio hizo conmigo a los seres que para allí se dirigían y no eran atendidos. A partir de cierto día, resolví contribuir también para el buen encaminamiento de las actividades y oraba a Dios solicitando ayuda a los compañeros errantes que eran atendidos - como si yo no estuviese también necesitado de inclusión en esa lista. Me desprendí de mi ansia - antes ardiente - de ingresar y me conformé por auxiliar desde donde estaba. Me sentí feliz por ser útil, incluso que para mí no fuese destinado.

No sabría precisar cuánto tiempo quedé actuando de ese modo, siendo que mis días transcurrieron en una rutina invariable. Cuando no estaba en la reunión mediúmnica, dividía mi tiempo entre el apoyo a Elvira, mis hijos Pedro y Marco Aurelio, mi nuera Cíntia y mis nietecitos. A veces, volvía al cementerio de la Consolación, donde pasé largo período después de desencarnar, para localizar a algún Espíritu sufridor que - como yo - no tenía noción de la muerte y precisaría de una mano amiga para reencontrarse. Algunas veces, conseguí ser oído por compañeros recién desencarnados,

aunque en otras saliese decepcionado por no alcanzar nada. Nada me confería más placer que poder ayudar a los necesitados. El materialismo casi desapareció de mis pensamientos y solamente alguna que otra vez me acordaba de mi anterior posición social elevada cuando estaba encarnado.

A pesar de todo mi esfuerzo para cambiar el comportamiento, obviamente aún no me había vuelto un primor en conducta cristiana. Mantenía algunas posturas egoístas e individualista, dejando de convivir con todos por algún tiempo en determinadas épocas. En esas ocasiones, me retiraba para diferentes lugares y apreciaba acompañar la vida de terceros - extraños - que me hiciesen huir de la cansada rutina. Quedaba entonces siguiendo los pasos de algún encarnado, elegido por mi dentro del azar, hasta que, volvía a la compañía de Pedro y sus encuentros mediúmnicos semanales.

Algunas veces me revolví contra Dios, en especial cuando juzgaba que algunos Espíritus conseguían entrar en la casa en aquellas reuniones tan disputadas. Eso me dejaba angustiado porque me sentía el más antiguo de los participantes externos. ¿Dónde estaría la tan pregonada justicia divina? - indagaba. Aun así, en la mayor parte del tiempo, estaba vibrando amor a aquellos que del lado de dentro lo necesitaban.

En un día lluvioso y frío, Pedro decidió no ir a la reunión. Decidió quedarse en casa para estudiar y realizar algunos quehaceres domésticos. Inseguro y vacilante, saqué valor y deliberé que debería ir de todos modos. El camino yo lo había hecho ya, pero me faltaba el apoyo moral de mi hijo. ¿Cómo haría si fuese en aquella noche llamado? Sin Pedro no entraría - concluí.

El encuentro se inició con la puntualidad acostumbrada y después de los primeros treinta minutos de actividades, la luz se volvió muy intensa, emitiendo un dorado sorprendente. Casi ciego, cerré los ojos, bajé la cabeza y, procurando no ser curioso, oré con fervor. Imaginé que se trataba de algún trabajo específico en que los médiums tendrían que necesitar de mucho soporte.

Súbitamente, sentí un leve toque en mi hombro derecho. Abrí solamente uno de los ojos e incliné un poco la cabeza para arriba con el objeto de observar quien me llamaba. Era un Espíritu en forma de indio, alto y fuerte, cuya cara tenía un brillo fulgurante. Los ojos parecían dos bolas de fuego y el adorno en su cabeza tenía todas las tonalidades del arco iris, sin embargo, éste no era tan intenso y vibrante. Ligeramente asustado, cerré de nuevo los ojos y continúe mi oración, ahora con más ardor.

Él insistió y tocó mi hombro una vez más, diciendo:

- Alfonso, ¡llegó su hora! ¡Vamos a entrar! ¡No perdamos más tiempo!

Sus palabras fueron una mezcla de bálsamo y empuje para mí, pues justamente cuando mi hijo estaba ausente me invitaban a entrar. Él parecía leer mis pensamientos y concluyó:

- ¡Pedro está presente sí, no tema! Confíe en mí y deme su mano.

Estaba petrificado y no sé de dónde conseguí fuerzas para moverme, sin embargo, no sabía cómo rechazar una invitación hecha con tanta autoridad moral. Ingresé, acompañado del indio. En el interior de la casa, estaba la mesa con los médiums

alrededor y algunos encarnados circulando de pie. Llevado al lado de uno de los encarnados presentes, el ser iluminado me pidió que colocase la mano sobre la frente de aquel trabajador. Así hice. Una conexión se instaló entre nosotros, formando una pirámide que parecía estar invertida. El Espíritu del médium estaba desprendido y también se puso a mi lado. El mentor, llamado por los presentes por jefe, comenzó a proferir una oración y todos sintonizaron en una estrella dorada que fluctuaba por encima de la mesa. De esa estrella salió una fuerte carga de luz, cuyo foco se concentró en el interior de la pirámide hasta provocar una explosión. (3)

(3) Nota del autor material: Ver ilustración "C" en la página 44 del libro «Conversando sobre Mediúmnidad». - Retrato de Alborada Nueva.

Se aproximó a mí el dirigente del plano material. Me convidó a reflexionar al respecto de mi última jornada en la Costra. Asentí, pues fuera lo que más había hecho a lo largo de muchos años. Comencé a ver imágenes de todo mi pasado, estampadas a mi frente en las caras de aquella pirámide que giraba cíclicamente, alternando sus puntos de apoyo. Quedé emocionado y noté que Pedro parecía estar, de hecho, presente pues sentía su vibración de amor. Pensé que estaba desprendido de su cuerpo, durante el sueño.

Cuando menos lo esperaba, las imágenes fueron más allá de mi última reencarnación y continuaron retrocediendo en el tiempo. Quedé conmovido y casi incrédulo, no obstante, estuve reconociendo detalles de vidas que jamás había imaginado un día haber vivido. Fuimos retornando y mi mente seguía el torbellino piramidal, dejándome tonto. El corazón parecía palpitar cada vez más rápido y en mi cuerpo espiritual un hormigueo.

Los médiums hacían oraciones en cuanto el jefe, junto con el dirigente de la reunión, me mostraba errores y aciertos y me decían que había mucho más que ver, sin embargo, solamente en el momento oportuno me sería aclarado.

Conmovido, fui invitado a dirigir una oración a Jesús, agradeciendo la bendición que estaba recibiendo. Sin duda que lo hice. Y cuando vibraba con amor, palabra por palabra, algunos Espíritus entraron en la sala. Los reconocí de inmediato. Eran los monjes que me aprisionaron tiempo atrás. Ellos venían traídos por otros indios y estaban muy contrariados.

El clima era de luz - brillante e intensa - razón por la cual el jefe se volvió a ellos pidiéndoles que acompañasen aquella oración que yo estaba encaminando al Plano Superior. Refutaron de pronto y, acto seguido, el dirigente me pidió que les explicase la importancia del momento y la dádiva que podrían recibir si se volviesen accesibles. Argumenté que tal vez no tuviese mérito para tanto, pero él insistió.

Los miré fijamente y los insté a sensibilizar sus corazones, olvidando la amargura del pasado, aceptando la mano extendida para la regeneración. Algún lazo teníamos nosotros porque, en cuanto hablaba, dos de ellos gemían con emoción. Los otros, no obstante, permanecieron recalcitrantes.

En un momento determinado, un foco de luz verde salió de dentro de la pirámide y envolvió a los monjes fuertemente. Quedaron inmóviles y silenciosos. Era un grupo de seis y dos de ellos fueron separados, justamente los que bien recibieron la oración que yo encaminé. Los otros cuatro comenzaron a reducir su tamaño gradualmente hasta que

se volvieron minúsculos y fueron colocados en pequeñitas y brillantes capsulas, retiradas después del recinto. (4)

(4) - Nota del autor material: Ver el ítem «Desobsesión y Encaminamiento» en el libro «Conversando sobre Mediúmnidad - Retratos de Alborada Nueva», página 33 y siguientes.

Los que ablandaron el resentimiento fueron colocados a mi lado y nuevamente los médiums comenzaron a vibrar. La estrella que estacionaba encima de la mesa giró velozmente en torno al propio eje y la pirámide se deshizo, abriendo espacio para la llegada de un vehículo de grandes proporciones, que paró a algunos metros del centro de la sala. De su interior salieron algunos enfermeros cargando una camilla. El jefe se volvió a mí y dijo:

- Mi hermano Alfonso, este es el momento que tanto aguardó para seguir viaje a la colonia espiritual que lo acompañara hace siglos. Esa plancha magnética le servirá de soporte hasta que usted llegue al Puesto de Socorro donde inicialmente irá a quedarse. Después, una nueva vida, interesantes aprendizajes y la paz esperada con fervor serán partes integrantes de su existencia. La rememoración de las vidas pasadas - cuya breve muestra usted siguió atento - continuará y será aún más amplia. Sus amigos de otras eras lo estarán esperando para darle la bienvenida y su perdón será accionado para sanar y reparar desvíos del pasado. Su fe será testimoniada incesantemente, más de lo que fue en la costra terrestre. Entretanto, su esclarecimiento es suficiente para que ejerza con seguridad el libre albedrío asegurado por Dios, impulsándolo para nueva fase de esperanza y renovación. Abra ahora su corazón, agradezca la oportunidad que finalmente le fue concedida y parta tranquilo. Así sea.

Agradecido, me dirigí al jefe y osé preguntar:

- No hay palabras que yo pueda decir en este momento para expresar mis sentimientos. Tengo, no obstante, una única preocupación: ¿cómo quedarán mis hijos y esposa sin mí?

El indio sonrió mansamente y no respondió. Entretanto, una voz en la sala se destacó para solucionarme la duda.

- Padre mío, no te preocupes por nosotros. ¡Ahora es tú turno! Nosotros tendremos el nuestro cuando Dios quiera. Mamá estará bien, en especial sintiendo en lo íntimo, que tú estás feliz y en paz. Marco Aurelio y Cíntia tienen a su lado dos Espíritus de Luz que jamás los dejarán sin soporte. En cuanto a mí, nada me es más gratificante que haber sentido tu presencia junto a mí durante todos estos años y saber que, en esta hora, tú estás en vías de partir para una esfera espiritual, para el estacionamiento por el cual todos tenemos que pasar, preparándote para el retorno futuro a este mundo de expiación y pruebas. Dios te bendiga, mi querido Alfonso.

- Hijo - le dije llorando - qué alegría oírte hablar así. Tú eres desprendido y desde pronto me distes esa lección, sin embargo, yo no he sabido escuchar. Ahora tengo certeza de que los hijos también pueden enseñar muchas cosas buenas a sus padres, pues son Espíritus y como tales pueden tener mayor preparación y evolución que los progenitores - como ocurre en el caso de Marco Aurelio, Cíntia y los niños. No sé lo que encontraré

en la ciudad iluminada, más grande fue el amor que me envolvió en esta noche que partiré confiante y esperanzado. Me gustaría agradecer al dirigente de la reunión y a los médiums la gracia que recibí.

El ambiente se volvía vibrante y lágrimas de amor corrían por mis mejillas.

- Alfonso, hermano mío, - completó el conductor de los trabajos del plano físico - somos todos Espíritus endeudados que debemos apoyarnos mutuamente en esa larga caminata que tenemos que enfrentar. Usted no tiene nada que agradecemos, tal vez nosotros seamos los que tenemos que hacerlo. Cada compañero que aquí comparece lo hace por las manos de Dios y nosotros servimos de instrumento material para que el Plano Superior promueva la unión entre los dos planos de vida. Somos apenas coadyuvantes de los verdaderos trabajadores de nuestra colonia. Esté seguro de que aún volveremos a vernos un día; ¿quién sabe si sea yo recibido en el plano espiritual por su intermedio? Los caminos de la vida son cíclicos y en cuanto no alcanzamos elevado estado evolutivo cruzaremos nuestras trillas por muchos y muchos años. ¡Gracias a Dios, querido compañero!

Ya no tenía duda en cuanto al acierto de mi viaje. Incentivado por todos y acompañado por los dos monjes que dejaban el grupo reticente, me eché espontáneamente en la plancha, que fue entonces colocada en el interior del vehículo de transporte. Un enfermero cariñosamente se aproximó y dijo que iba a dormirme por algún tiempo, pero sería un sueño reparador como hacía mucho tiempo no disfrutaba. Recibí un foco directo en los ojos y al poco fui perdiendo la consciencia. A partir de ahí no sería capaz de narrar nada más, pues estaba viajando, feliz rumbo a un Puesto de Socorro de Alborada Nueva, mi ciudad de luz.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

## PARTE II

Cuando abrí mis ojos por primera vez, después de un sueño reparador, cuyo período no sabría decir con exactitud, vislumbre una tenue luz azul que clareaba un poco el cuarto donde me encontraba. Parecían recintos de un hospital y ya no sabía, a aquella altura, exactamente lo que pasaba conmigo. Mi memoria estaba casi apagada, pues la única impresión que me parecía cierta era mi nombre. Tardé en comprender en qué situación estaba metido, hasta que algunas imágenes me volvieron a la mente. Me acordé del instante en que ingresé en el vehículo extraño, pareciendo el vagón de un tren, sin embargo, tenía formas redondeadas. En su interior, me acordé de haberme echado en una camilla y cuidadosamente fui acomodado en uno de los varios cajones horizontales allí existentes; sobre mí descendieron focos de luz multicoloridos y calmantes. A partir de ahí las escenas escaseaban en mis recuerdos. No tenía seguridad si estaba vivo o muerto, además, algo que durante mucho tiempo me incomodó.

Me encontraba en divagaciones personales cuando entró en mi cuarto una bella enfermera, con aire suave y voz mansa, dirigiéndose directamente a mi persona:

- Veo que ya despertó, Alfonso. ¿Se siente bien?

- Sí, a pesar de estar un poco atontado, me siento tranquilo. Me gustaría saber dónde me encuentro...

- Usted está en la Casa de Reposo de Alborada Nueva, una colonia espiritual que aprenderá a conocer y amar con el paso del tiempo. Después de un tratamiento relativamente largo en otros sectores, fue traído para acá a fin de terminar su acompañamiento médico. Soy la enfermera encargada de asistirlo, mi nombre es Linda.

- Hace justicia a él... - le dije.

Ella me encaró indagando y yo continué: - ... su nombre.

- Gracias. ¿Cree que está en condiciones de levantarse ahora? ¿Quiere ayuda?

- Voy a intentarlo.

Apoyé mis manos en el filo de la cama donde estaba y di un impulso al cuerpo. Me senté en la cama con relativa facilidad. El próximo paso sería erguirme para quedar en pie. Otro impulso fue necesario, aunque esa vez yo estuviese perdiendo el equilibrio y fui directo a los brazos de Linda.

- Gracias por el auxilio. Mis piernas están trémulas y mi cabeza aún da vueltas.

- Es natural, Alfonso. Usted estuvo bastante tiempo durmiendo y ahora debe recuperar íntegramente su consciencia y también el control sobre su cuerpo.

- Permítame hacer una pregunta. ¿Estoy vivo o muerto? Siempre me olvido de eso...

- Depende de sus referencias. Si está en la vida material que llevaba en la Costra, usted está muerto. Si, no obstante, utilizó la referencia de la verdadera vida - la espiritual - usted está vivo. ¿Qué le parece?

- Más o menos esclarecedora su respuesta, Linda. Incluso así, agradecido por la respuesta.

- Aquí en la colonia, Alfonso, usted percibirá con el paso del tiempo que nadie miente o falta a la verdad. Si no podemos dar alguna respuesta, porque, por ejemplo, no tenemos autorización, decimos eso a quien nos haga una pregunta. De lo contrario, todo lo que usted oirá será la más pura verdad.

- ¿Pero existe algún mecanismo de control para eso, quiero decir, algo que los conduzca a hablar solamente la verdad?

- La consciencia individual cuando está esclarecida y equilibrada sabe diferenciar naturalmente lo cierto de la equivocación y, por tanto, la verdad de la mentira. Y la realidad irá siempre a aflorar.

- ¡¿Usted dice que estoy en una «colonia»?!

- Sí, Alborada Nueva.

- ¿Y todos los habitantes de aquí están preparados lo suficiente maduros para que sus consciencias acusen cuando estén haciendo algo equivocado?

- No todos. Pero tenemos que diferenciar entre los habitantes en tratamiento de aquellos que ya están trabajando en la ciudad. Los que ocupan algún cargo en Alborada Nueva tienen preparación suficiente para obrar con equilibrio y corrección. Los compañeros en tratamiento, incluso que cometan algún desliz, alguna que otra vez, están en vías de alcanzar ese nivel. Acuérdesse que el ejemplo es muy importante para la formación y para la educación de los seres de un modo general.

- ¡Es verdad! Si la mayoría obra de forma correcta, la minoría gradualmente tienen la tendencia de seguirle los pasos, incluso porque el buen ejemplo enriquece nuestro interior.

- Eso mismo, Alfonso. Es posible observar que su propia madurez espiritual se consolida cada vez más.

- ¡Para nada! Me siento frágil y necesitado de muchas informaciones. Tal vez un día pueda obrar y hablar con más seguridad...

- ¡No diga eso! La seguridad viene del corazón puro y cristiano. Su equilibrio mente-corazón, o sea razón y sentimiento, se origina de sus actos y pensamientos. Si ellos fuesen el espejo de la moral cristiana, entonces usted estará seguro para obrar en cualquier situación.

Pasamos algún tiempo hablando en el cuarto, en cuanto yo ensayaba mis primeros pasos. Me sentía casi un niño, en la medida en que parecía estar reaprendiendo a andar. Linda era atenta y dedicada, dejándome a voluntad para equivocarme cuando fuese imprescindible y elogiándome en los aciertos a seguir.

En aquel lugar el tiempo parecía tener otros parámetros pues no lo veía pasar. Estábamos estacionados en las horas tal vez en la misma situación y ella no se preocupaba en apresurarme, ni me exigía brevedad en mi aprendizaje. Me preocupé con eso, pues una extraña sensación me impulsaba siempre a hacer todo en el menor espacio de tiempo posible. Resolví indagarle al respecto.

- Linda, estamos aquí hace un buen tiempo, ¿no?

- Puede ser.

- ¿Eso no la preocupa, esto es, no tiene otros pacientes y quehaceres? Si yo estuviera incomodando, me lo puede decir.

- Alfonso, mi trabajo es justamente ese: darle apoyo. Si otros pacientes precisaran de auxilio, hay otras enfermeras que podrán atenderlos. Usted tiene el tiempo que precise hasta sentirse cómodo y seguro.

- Le confieso que eso es fascinante para mí. Sentí un cierto malestar por estar tomando su tiempo en mi fase de recuperación tan lenta. ¿Ustedes no tienen reloj o compromisos aquí?

- No de la forma que usted está habituado a utilizar. No somos esclavos del tiempo más, al contrario, en el plano espiritual el tiempo es ilimitado y sirve a nuestra evolución cronometrando las horas y los minutos como se hace en la Costra, pero tenemos compromisos. Definimos nuestras actividades dentro de parámetros simples. Ningún trabajador de la colonia ejerce más actividad de lo que a sus posibilidades compete, luego, hay una meta diaria a cumplir y que de hecho es alcanzada. No necesitamos de relojes o cronómetros porque todo lo que tenemos que hacer es alcanzado naturalmente, desde que tengamos responsabilidad y disciplina. A partir del punto en que pasamos a ocupar funciones en Alborada Nueva, ya estamos preparados a cultivar ese binomio al cual hice referencia. ¿Para qué contar el tiempo si no perdemos compromisos?

- Bien, analizando de esa forma, sería incluso inútil. Habiendo disciplina y responsabilidad y una cuota diaria posible a ser alcanzada, el trabajador puede seguir su rumbo naturalmente, sin el control de los punteros de un reloj. Tengo aún una duda. Del modo que las cosas fueron colocadas, me parece que todo trabajador es perfecto. Él tiene atributos que lo transforman en un ser distante de los equívocos y de los errores....

- ¡No es verdad! Lo que lo dejó sorprendido es el hecho de tener algunos atributos de forma más constante de lo que los encarnados tienen. Las mismas reglas que son establecidas aquí pueden serlo en la Costra, aunque en la materialidad haya mayor dificultad en el cumplimiento de las metas porque la consciencia, el equilibrio y el sentido moral de los seres no están aún en un estado que permita ciertas situaciones como, por ejemplo, no tener la rigidez de un reloj a controlar nuestros pasos. Nosotros, habitantes y trabajadores de una colonia espiritual, cometemos equívocos y cuando somos corregidos por aquellos que espiritualmente están más evolucionados que nosotros aprendemos con nuestros errores y progresamos una etapa más en nuestra larga caminata.

- Si no hay rigidez en el control del tiempo, ¿significa que usted es enfermera particular?

- ¡En absoluto, Alfonso! Además, no soy su enfermera, sino de la Casa de Reposo. Ese concepto individualista que traemos del plano material tiende también a caer cuando pasamos a percibir lo que el interés colectivo está por encima de nuestros deseos personales. Interesa a todos los de esta colonia su recuperación y aprendizaje. Tengo seguridad que cada habitante de Alborada Nueva, si lo supiesen, estarían muy felices en verlo despierto y ensayando los primeros pasos.

- Es... para mí es muy difícil entender esa filosofía de la vida. Me dispongo, no obstante, a aprenderla y conocerla mejor. ¿Usted me enseñará?

- Esa no es mi función, pero con seguridad otros compañeros lo harán. No se desanime, Alfonso, pues el verdadero despertaraún está por venir.

Nos quedamos algún tiempo más juntos hasta que Linda me dejó en el cuarto, prometiendo volver en breve para continuar la secuencia de rehabilitación a la cual debería someterme.

\*\*\*\*

Descubrí al poco que el despertar de la consciencia es algo muy complejo y que independiente del mero deseo individual de coger informaciones del tipo quién somos y para dónde vamos. Se trata de un proceso que envuelve esencialmente la vivencia de determinadas situaciones. Debemos unir los conceptos teóricos que aprendemos en lecturas o conferencias con la voluntad clara y determinada de experimentar y obrar dentro de esos principios cristianos. Haciéndolo así conseguimos evolucionar y con eso despertar la consciencia. Me llevó mucho tiempo hasta alcanzar tal grado de esclarecimiento y esa parte de mi vida en Alborada Nueva, después de mi desencarnación, merece ser narrada.

\*\*\*\*

Sumergido en el ansia de conocer todo lo que me envolvía y ampliar mis horizontes, en algún tiempo estaba caminando por el cuarto con el auxilio fraterno de Linda. Luego después, obtuve autorización para dar paseos del lado externo de la Casa de Reposo y pasé a tener mayor contacto con la Naturaleza y los bellos campos floridos de la ciudad espiritual.

No tardé en aceptar que estaba en otro plano de la vida, o sea, había despertado para otra dimensión, lejos del mundo físico y de mis familiares. Estaba tranquilo y no me sentía angustiado por estar distante de aquel que consideraba ser mi verdadero hábitat. Al final, había sufrido mucho cuando desencarné y justamente el hecho de negar lo obvio me condujo al estado de miserabilidad emocional que enfrenté a lo largo de varios años. Más allá de eso, cultivaba la esperanza de que podría volver a ver a mi familia en el momento que creyera necesario. Ese fue mi primer engaño. Tenía muchas dudas, como creo que es natural a todos aquellos que, como yo, no tenían contacto consciente con el espiritismo o por lo menos no aceptaban la vida espiritual. En cuanto estuve encarnado siempre negué la continuidad de la existencia del ser después de la muerte y hasta incluso mi desencarnación fue objeto de rechazo en mi mente.

En cuanto reflexionaba, caminando por las mansas alamedas de la colonia acompañado por el continuo brillo colorido de la enorme estrella de la Plaza Central, tenía ganas de obtener datos relativos a mi futuro, esto es, lo que ocurriría conmigo de allí en adelante.

El proceso por el cual estaba pasando era de franca madurez espiritual y me conducía, como ya hice referencia, al despertar de la consciencia. A pesar de eso, no estaba aún familiarizado con el don de la paciencia, aunque muchos amigos que comenzaba a formar me dijeron que nada era hecho fuera de su debido tiempo en Alborada Nueva.

Cada situación y cada experiencia solamente serían posibles cuando el Espíritu estuviese apto a vivirlas.

\*\*\*\*\*

Continuaba internado en el hospital y mantenía contacto diario con integrantes de la Coordinadora de Programas. (5)

Mi mente estaba en actividad continua, especialmente triturando las memorias que me afloraban día a día. Recuperado, pasé a integrar un grupo de estudios durante las tardes en el Centro de Aprendizaje de la Luz Divina. (6)

Pasé a ampliar mis estudios y tener al mismo tiempo la noción de que era muy ignorante en lo tocante a la mayoría de los asuntos colocados en debate. Casi nada sabía al respecto de las leyes universales que rigen nuestra vida. Admito que eso me irritó bastante, pues aún cargaba conmigo el orgullo de un empresario bien estimado que por todos era reverenciado y jamás sería considerado inculto en el plano material. Es verdad que mis orientadores y también mis compañeros de estudios jamás hicieron cualquier mención a ese latente estado de falta de saber.

Casi me sentí seguro en algunos conceptos, pasé a opinar en nuestros encuentros al respecto de lo que entendía de las lecciones obtenidas. Al principio, aún con la opinión equivocada, mis observaciones no generaban unanimidad en mi grupo, sino al contrario suscitaban polémica. El debate, entretanto, bajo mediación del orientador que conducía la charla, era fraternal y positivo.

A partir de ahí, ingresé en aquello que llamé de fase de la responsabilidad, esto es, ya detenía conceptos suficientes para meditar en mi primitivo comportamiento. Comencé entonces a luchar contra mis tendencias, especialmente el orgullo que me impedía de aceptar las ideas de mis compañeros de grupo a lo largo de los debates que tratábamos. Era muy difícil, sin embargo, yo tenía plena consciencia de que estaba allí justamente para eso; para aprender y cambiar.

.....

(5) - Nota del autor material: la Coordinadora de Programas traza minuciosamente el plan total de estancia de la entidad en la Colonia. Se encuentran en ese lugar las unidades de enseñanza, vinculadas al Núcleo de Desarrollo de la Doctrina, las cuales cuidan de la orientación del Espíritu que acaba de ser colocado a su disposición por la Coordinadora de Selección (Cairbar Shutel, Alborada Nueva, pág. 181)

(6) - Nota del autor material: el Centro de Aprendizaje de la Luz Divina es el lugar donde los habitantes de Alborada Nueva, con excepción de los niños y de los enfermos, mantienen contacto con las enseñanzas de Cristo. Es la estela cultural y doctrinaria de la Colonia. Consiste en un gran edificio rectangular, de material semejante al cristal, con cinco plantas. Allí está el Auditorio Principal, localizado en la tierra, donde se realizan conferencias, Cairbar habla a los habitantes de la comunidad, más allá de ocurrir presentaciones de música erudita, entre otras actividades. En los pisos superiores hay salas de evangelización, salas de convivencia y biblioteca de uso público (Cairbar Shutel, Alborada Nueva, pág. 181)

No conseguía expresarme en términos numéricos, razón por la cual no sé cuánto tiempo pasó hasta que me llamaron de la Coordinadora General para un encuentro con un asesor del dirigente de Alborada Nueva.

Un poco temeroso pero determinado a no faltar, comparecí en la fecha estipulada. Recibido por Rubian, uno de los Espíritus que asesoraba la coordinadora general, tuve mi primer contacto con algunas revelaciones que iban a componer mi destino.

- Alfonso, estamos muy felices con su progreso en nuestro programa de recuperación de consciencia. Estoy a la par de su evolución en las charlas del Centro de Aprendizaje de la Luz Divina y me gustaría colocarme a su disposición para oírlo - me dijo el asesor.

Confuso, pues encontraba que allí había sido llamado para recibir instrucciones, percibí que a mi frente estaba uno de los dirigentes de la colonia espiritual colocándose a mi disposición para oírme y no para transmitirme alguna orden. Qué triste hábito era el mío de imaginar que siempre había una relación autoritaria por parte de quien dirigiese algún negocio o emprendimiento - pensé. Aquella ciudad no me parecía diferente.

- Discúlpeme si estuviera siendo impertinente, pero antes de empezar, me gustaría saber cuál es la finalidad de este encuentro ya que no sé lo que decir, esto es, no esperaba haber sido llamado para hablar y sí para oír.

El asesor me miraba fijamente, pero con ternura. Mantuvo su silencio y dejó que yo continuase un poco más.

- El señor... quiero decir, usted - yo no estoy acostumbrado al tratamiento formal de aquí aún, ha de comprender que pasé un buen tiempo oyendo conferencias y obteniendo lecciones y, ahora, cuando soy llamado a la Coordinadora General, pensé que no era el momento de hablar, pero sí de continuar oyendo instrucciones.

- Tranquilícese, Alfonso. Usted fue invitado a venir a la Coordinadora justamente porque se encuentra en una fase de esclarecimiento suficiente para ser oído en sus más íntimos reclamos. Sabemos que está angustiado en materia de informaciones y que desea obtenerlas cuanto antes, en especial relativa a su futuro. Por tanto, nada más justo que usted mismo exprese todas sus ansias y pueda satisfacer sus dudas en la medida de lo posible. Además, no nos considere como si fuésemos dirigentes de su opinión o de su conducta. ¡En absoluto! Fuimos investidos de la función de coordinar Alborada Nueva y no de dirigir a los seres que aquí habitan. Cada uno tiene amplia libertad de pensar y de obrar y cuentan con nosotros de la Coordinadora General como amigos y compañeros de camino, jamás como «jefes» o «autoridades». Son conceptos que con el tiempo usted irá a asimilar naturalmente. Quiero dejarlo a voluntad para manifestarse y para obtener las informaciones que desea.

- Agradecido por sus explicaciones. Lógicamente yo no conseguiré una perfecta e inmediata comprensión del mecanismo que me fue expuesto; aún traigo conmigo nociones de jerarquía y subordinación que aplico en mi día a día en la colonia.

- No tiene importancia, Alfonso. Dentro de poco irá a asimilar nuestro mecanismo de trabajo. Pero no se apresure; se trata de un proceso natural de aprendizaje.

- Veá, Rubian, me demoré mucho en aceptar mi condición de desencarnado, aun cuando estaba en la Costra. Sufrí mucho desde entonces y tuve algunos contactos amargos en el plano material. Cuando fui rescatado por Espíritus benefactores, prometí a mi hijo que un día volvería a verlo y confieso que siento nostalgia de mi familia. He sido muy bien tratado y hoy acepto mi actual condición, sé que la vida no se acaba con la muerte del cuerpo físico, pero no entiendo cuál rumbo voy a tomar y si iré a vivir aquí siempre. Estoy siendo hartó franco y no sé si puedo decirle lo que realmente ando sintiendo...

- Prosiga, hable lo que quiera.

- Pues bien. En realidad, aunque esté adquiriendo consciencia de lo que viví y de lo que hice de equivocado pienso que la vida en la costra terrestre es mejor para mí. No sé si puedo volver, pero me gustaría... Sabe, no quiero decir que no me guste estar aquí, en absoluto, aunque prefiero residir junto a los míos. ¿Usted me entiende? Ahora que estoy frente a la coordinación puedo hablar claramente cuáles son mis intentos. Ustedes son como asesores de Dios, ¿no? - le pregunté sin ninguna incomodidad.

- Alfonso, no me sorprende que sus conceptos aún estén confusos. Conmigo no fue diferente a lo largo de muchos años... Preciso esclarecerle, de inicio, que usted no está en el «cielo» y que nosotros no somos «ángeles». Por tanto, no somos «asesores de Dios». Soy un auxiliar de Cairbar Schutel, el dirigente de esta colonia espiritual. Y él está bien lejos de ser un dios. Todos los habitantes de esta ciudad son desencarnados como usted. Algunos recibirán la incumbencia de trabajar en nuestras unidades de modo a organizar la vida en la ciudad. Otros están en tratamiento. Por otro lado, no seremos nosotros quienes decidiremos cuándo usted irá a volver a la Costra, o sea, cuando irá a reencarnar, pero puedo desde ya anticiparle que no volverá al mismo lugar de donde vino y a la misma familia. Acuérdesse, Alfonso, que usted - para ellos - murió, razón por la cual no puede volver a la misma posición.

- Sí, yo lo sé, pero quién sabe con una interferencia suya, junto a quien de derecho, yo pueda volver como pariente próximo o amigo de la familia. Me gustaría volver a ver a mis familiares, abrazarlos otra vez...

- No me cabe decidir a este respecto. Entretanto, no se martirice de esa forma, pues su memoria espiritual aún irá a ampliarse y usted podrá constatar que ellos no son los únicos familiares o afines que ocupan su corazón. Tal vez, con los nuevos descubrimientos que hará, no deseará volver a su antigua familia; puede ser que otro Espíritu le sea más afectuoso y próximo

- ¡Imposible! - dije con cierta aspereza. Discúlpeme la respuesta, pero creo que está hablando con la persona equivocada. Si usted no puede resolver nada, ¿por qué quiso oírme las quejas? No comprendo la razón de estar abriendo mi corazón con alguien que no tiene el poder de decisión... ¿Sería posible para mí hablar directamente con Cairbar Schutel, el dirigente?

- Sí, es posible. Tenga un poco de paciencia y él tendrá inmenso placer en recibirlo - me respondió impassible el asesor.

- Así es mejor. A mí me gusta ir siempre directo a la fuente. No tengo nada contra usted, pero prefiero hablar con quién manda ... - concluí, esbozando una sonrisa inconsciente.

Algunos días (7) después, fui llamado para un encuentro con Cairbar Schutel, el coordinador de la colonia. Tan pronto llegué al Edificio Central, fui conducido a una inmensa biblioteca e inmediatamente recibido por él.

(7) Nota del autor espiritual: aunque la cuenta del tiempo en el plano espiritual no sea la misma del material, son utilizados los parámetros que los lectores encarnados conocen para que haya mayor entendimiento. Así, narrando en «días» o «meses» el tiempo pasado, el lector consigue tener una idea del periodo entre un hecho y otro.

- Paz en Jesús, mi querido Alfonso. Estoy satisfecho en volverlo a ver. Esté a voluntad, encontrándome a su entera disposición.

- Cairbar, pretendo ir directamente al asunto que me trae a su presencia, sino le fuera incómodo.

El gesticuló, dándome condiciones de proseguir.

- Estuve hablando con Rubian, su asesor, como naturalmente usted debe saber. Le pedí una oportunidad para volver al plano material a fin de estar próximo a mis familiares. Él lo rechazó diciendo que no tiene competencia para decidir; luego, creo que ahora estoy delante de la persona cierta para avalar mi pedido. Quiero dejar bien claro que estoy muy satisfecho con el tratamiento que aquí estoy recibiendo, pero a pesar de todo pienso que me adapte mejor en el otro plano. ¿Sería entonces posible atenderme el pedido?

- Mi amigo, lamentablemente no depende de mí. Esas decisiones al respecto de reencarnaciones son tomadas por el Plano Superior y a nosotros son comunicadas por las vías adecuadas. Su estancia en la colonia aún no está completa y solamente después de superar todas las fases de su aprendizaje es cuando podrá solicitar el regreso.

- No quiero en absoluto ser inconveniente. ¿pero con quién debo hablar que pueda realmente decidir a ese respecto?

- Siento no poder ayudarlo ahora de forma como desea. Por ahora, Alfonso, su caso está limitado a mí. No hay otra persona con quien pueda hablar para conseguir esa autorización de regreso. Pero tenga paciencia, pues en el tiempo adecuado usted comprenderá algunas cosas que hoy le huyen al entendimiento. Tengo seguridad de que cambiará de idea en cuanto a algunos tópicos y quién sabe si esa voluntad de volver no sea alterada...

- Jamás cambiaré mi punto de vista, pues prometí a mi hijo que volvería... ¡Estoy decepcionado! Me gustaría volver a mi cuarto.

- Alfonso, Rubian lo acompañará hasta la unidad. En breve, nos volveremos a encontrar. ¡Que Dios lo bendiga! Siga en paz, mi hermano.

Volvíamos juntos por las alamedas de la colonia, siguiendo rumbo a la Casa de Reposo. Rubian y yo nada hablábamos, aunque hubiese notado que él apenas aguardaba que yo iniciase alguna conversación. Estaba amargado y preferí mantener el silencio, situación que él respetó. Nos despedimos y permanecí algunas horas meditando en mi habitación.

Estaba en el plano espiritual, recibí lecciones y charlas de esclarecimientos, tenía autorización para dejar la Casa de Reposo y pasear por la ciudad, me vi con el dirigente

de allí, pero aun así no me sentía preparado para entender cuál era la razón de no haber obtenido hasta aquel momento autorización para volver a la costra terrestre o por lo menos ser informado de cuál habría de ser mi destino allí. ¿No sería esa la curiosidad de cualquiera en mi situación? ¿Cuánto tiempo más esperaría para obtener la información deseada? Con esas dudas en mi corazón, terminé adormeciendo y un día más pasó sin que mi corazón estuviese en completo sosiego.

\*\*\*\*\*

Me acuerdo siempre de haber estado muy confuso después de la conversación que tuve con Cairbar Schutel y su asesor Rubian en la Coordinadora General de Alborada Nueva. Estaba desencarnado, así como ellos, y nunca había creído en la vida espiritual después de la muerte, una de las principales causas del enorme sufrimiento que viví después de la muerte. Me sentía desamparado y sin perspectiva de futuro, ya que los dirigentes de la colonia espiritual no me podían dar esperanza o alguna información crucial sobre mi familia.

Acostumbrado a tener parámetros materialistas, imaginé que todo se resolvería en el plano espiritual del mismo modo que en el físico, o sea, podría ir para donde desease desde que presentase buenos argumentos a quien pudiese tener el poder de decisión. No había notado hasta aquel momento que la jerarquía en el mundo de los Espíritus se hacía por la grandeza moral de cada uno y que en las ciudades espirituales como Alborada Nueva los trabajadores no son criaturas perfectas, sino en evolución, de modo que no tienen el don de decidir por sí mismas al respecto del futuro de sus semejantes.

Comencé a percibir la importancia de volverme a Dios, orar y, quién sabe si cuando tuviese mérito, sería oído. Las cosas no las conseguiría a través de suplicas o pedidos, pero sí mediante la fe y devoción. Además de eso, si varios habitantes de la ciudad trabajaban continuamente, yo también debería hacerlo y solo así estaría realmente integrado en aquella vida, tal vez pudiendo pedir, futuramente, algún beneficio para mí o para mis familiares que quedaron en la Costra.

Inicié entonces mi jornada pidiendo a Linda que intercediese en la dirección de la Casa de Reposo para esa finalidad. Deseaba trabajar.

- Supe que usted estuvo con el coordinador general...

- Es verdad.

- ¿Y cómo fue su encuentro? ¿Consiguió las respuestas que tanto buscaba?

No quise ser pesimista, pues pensé que podría perjudicar el pedido que yo le haría después y amenicé:

- Satisfactorio. No todo me puede ser respondido, usted lo sabe, debo aguardar un poco más para conseguir determinadas informaciones.

- Eso es verdad. Espero que, de hecho, su corazón esté tranquilo, pues muchos no aceptan esperar el momento apropiado y quieren anticipar el camino.

- No voy a negar que me quedé un poco decepcionado, pero creo que ahora ya lo superé.

- Alfonso, lo mejor que usted puede hacer es comenzar a trabajar, ya que está en condiciones para eso.

- Era justamente lo que yo iba a pedir a usted...

- ¿Se sentiría bien trabajando aquí con nosotros?

- ¡Sin duda!

- ¡Óptimo! En breve le traeré una respuesta.

\*\*\*\*

No tardó para que yo iniciase mi trabajo. El primer día, pronto, un asistente de la dirección vino hasta mi cuarto y me convidó a acompañarlo. Iba a mostrarme la Casa y también a enseñarme como desempeñar mi actividad.

- Estamos felices en recibirlo en nuestro cuerpo de trabajadores, Alfonso. ¡Sea bienvenido! Mi nombre es Augusto. Usted puede contar conmigo siempre que desee o precise esclarecer alguna duda.

- Gracias. Me gustaría saber, en primer lugar, ¿cuál será mi función?

- No se preocupe, llegaremos allí. Estamos yendo para el último piso del hospital. Luego que salgamos del ascensor usted podrá observar un largo corredor al frente. Él nos llevará hasta las Salas de Estacionamiento Pre-Quirúrgico.

Así lo hicimos. Cuando estábamos en ese corredor, comencé a preguntar al respecto del funcionamiento y de la distribución de las salas en ese piso y Augusto me explicó todos los detalles necesarios. Quedé impresionado con el hospital. Había cuatro salas de cirugía y otras conteniendo el almacén de medicamentos y el Centro de Energía, que era el compartimento encargado de mantener el funcionamiento de la Casa de Reposo. Pasé por las salas preparatorias, para donde seguían los pacientes antes de las cirugías, y por las destinadas al postoperatorio. Aún en ese piso estaba la Administración General, el archivo y la Sala de Recuperación Mental, que era el lugar destinado al tratamiento psiquiátrico y psicológico de los Espíritus. Encontré también el Centro de Estudios Médicos, lugar que viabilizaba y preparaba los proyectos para el perfeccionamiento tecnológico de la Costra en el campo de la medicina. En fin, estaba maravillado.

Estábamos pasando por algunas habitaciones destinadas a almacenar los equipos y los medicamentos, cuando paramos.

- Aquí está su lugar de trabajo, Alfonso.

Miré para los lados y no encontré nada importante que hacer, ninguna mesa o gabinete, no vi uniforme o sala con mi nombre en la puerta. Dirigí una mirada indagativa a Augusto.

- Usted deberá llevar material a la sala de cirugía cada vez que sea necesario. Este es el almacén de los medicamentos y equipos quirúrgicos.

- ¿Y qué más haré? - le pregunté.

- Solamente eso, Alfonso. No se preocupe, no es una tarea de las más difíciles.

- ¡Justamente! Ese es el problema. ¿Por qué iré a ejercer una tarea tan diminuta?

Sin esbozar mucha sorpresa con el tenor de mi indagación, Augusto se volvió a mí y dijo taxativo:

- Todas las funciones en Alborada Nueva tiene igual relevancia, mi amigo. No se debe hacer distinciones entre las actividades desenvueltas, pues cada trabajador tiene su valor y hace funcionar algún engranaje importante en el contexto general de la ciudad. Así también debería ser en la Costra, ¿no cree? Entiendo, naturalmente, que usted tiene una visión materialista de las profesiones porque sé y me acuerdo de cómo es la vida de encarnado. Cada persona vale por lo que ella aparenta ser y no por lo que de hecho es.

Me quedé avergonzado por la pregunta que había hecho y nada respondí. Él lo percibió y completó:

- Pero no se sienta incómodo. Estamos aquí para aprender. Cuando llegué, pregunté la misma cosa al compañero que me presentó mi primera función a desempeñar.

Noté claramente que Augusto intentaba dejarme tranquilo y para tanto dijo que hizo la misma cosa cuando inició sus actividades en la colonia. Tal vez hasta hubiese obrado del mismo modo, pero en aquel momento su intención no era relatarme tal hecho y si buscar tranquilizarme, pues estaba visiblemente abrumado.

Cuando estaba reencarnado, tenía una visión diferente del trabajo. Lo consideraba realmente una actividad destinada a traer fama y riqueza. No conseguía ver su lado productivo y solidario, ni tampoco que a través de él pudiéramos auxiliar a los semejantes e individualmente crecer. Más allá de eso, consideraba que cada persona tenía en el trabajo un símbolo de prestigio y ascensión social; esa era la razón de porqué hacía distinción entre las actividades laborales. Acostumbraba a separar las que entendía como nobles de las otras que consideraba secundarias y de menor importancia.

En verdad, me sentía una criatura aprendiendo tantas cosas diferentes al mismo tiempo. Notaba que la vivencia en la costra terrestre me trajera experiencia, es cierto, pero con varios conceptos distorsionados. Mi perfeccionamiento moral estaba deficiente y podía constatar tal hecho en las mínimas situaciones con las cuales me envolvía.

\*\*\*\*\*

Gradualmente, me fue gustando mi trabajo, incluso porque todos los médicos y enfermeros de la Casa de Reposo me trataban muy bien y con especial consideración. No era privilegio mío, pues ese era el tratamiento dispensado a todos los trabajadores del hospital, no importando cual era la actividad para desenvolver. Noté que mi interés aumentaba en la medida en que me dejaba apegar a la función. Transportaba los medicamentos y los equipos solicitados con rapidez y ya conocía sus nombres técnicos.

Confieso que continuaba inconformado con el hecho de estar apartado de mis familiares en la Costra, sin noticias de ellos y desconociendo cuales serían mis próximos pasos en la colonia. Los compañeros de la Casa de Reposo me tranquilizaban siempre que me veían melancólico y decían que todos habían pasado por igual angustia, pero que el aprendizaje tenía un curso a seguir, no adelantando nada protestar o contrariar el orden natural de las cosas.

¡Como estaba apegado a mi vida material! - reflexionaba. No había un sólo día en que dejase de recordar a mis hijos y a la querida Elvira. Me confortaban las charlas que acompañaba en el Centro del Aprendizaje de la Luz Divina. Muchas de ellas trataban justamente de ese tema, o sea, del distanciamiento que los desencarnados experimentaban de la vida material y de la reaproximación gradual con la realidad del plano físico.

No sé cuantas semanas o meses transcurrieran cuando fui nuevamente llamado a la presencia de Cairbar Schutel.

- Mi amigo Alfonso, supe que está bien integrado en su función en la Casa de Reposo.

- Es verdad, me gusta mi trabajo.

- Eso es muy bueno, porque significa que ya está preparado para vivir otras experiencias. A usted le gustaría tener un contacto con su familia, ¿no?

Mis ojos brillaban de emoción al oír tal colocación de parte del coordinador general.

- ¡Sin duda! Pero ¿cuándo podré volver?

- Calma, hermano mío, no le dije que irá a volver a la costra terrestre. Mencioné que podrá hacer un contacto con sus familiares, pues aún, es pronto para un retorno.

Un poco decepcionado, resolví no contestar.

- Me someto a su criterio; cualquier aproximación, por menor que sea, me será gratificante.

- Entonces está bien. Acompañe a Rubian y él preparará ese encuentro.

Me despedí un poco contrariado por no haber conseguido agradecer al dirigente la conquista que estaba obteniendo.

- Rubian, ¿puedo hacerle una pregunta?

- Naturalmente.

- ¿Será que Cairbar estará molesto conmigo? Siento que en las dos oportunidades en que lo encontré no fui muy accesible o gentil y dejé de agradecerle la atención dispensada a mí.

- No se preocupe, Alfonso. Él está acostumbrado a lidiar con los problemas de nuestros hermanos. Entendemos que esté aún inconformado con su situación, especialmente en lo tocante a la falta de informaciones en cuanto a su futuro y también con relación a su familia material. Jamás imaginé que los sentimientos aquí son tan frágiles y delicados como en la vida física.

- ¿Cómo es eso?

- Quiero decir que, en el plano espiritual, al menos en las colonias, no hay lugar para melindres y rencores de cualquier orden. Sé que en el plano físico inofensivas palabras o actos pueden servir de pretexto a una rotura de relaciones o, lo que es peor, a un sentimiento negativo, tal como la venganza. Los encarnados se resienten muy

fácilmente y se juzgan alcanzados a la menor señal de insatisfacción de las personas que los rodean. En verdad, amigo mío, eso es muestra de inseguridad, descontrol emocional y por encima de todo vanidad, pues no hay razón alguna para conducir la vida de esa manera.

- ¿Usted quiere decir que no debemos jamás responder a ninguna injuria?

- No le puedo decir ni sí, ni no. Nótese en primer lugar que la paciencia y la mansedumbre deben ser comportamientos básicos del ser humano. Luego, muchas injurias podrían hasta incluso quedar sin respuesta, ya que la comprensión en lo tocante al descontrol ajeno es un acto cristiano. Es más, si hubo necesidad de una respuesta, que ella sea justa, esto es, en la medida cierta, sin agresiones y sin rencor. Dar una explicación o responder a un ataque, cuando es imperioso hacerlo, puede ser realizado con racionalidad, sin ofender al semejante.

- Ahora, Rubian, usted habla como si nunca hubiese vivido en la Costra. ¡Eso es imposible!

- No sea tan riguroso, Alfonso. Tuve muchas vivencias, sin duda. Cometí muchos desatinos y estoy en fase de aprendizaje como usted. Entretanto, ya aprendí suficientemente bien que la mejor respuesta a una agresión es el amor. No se va a educar a alguien con odio y desprecio, al contrario, los ánimos quedarán más irritados. Pero no le quito la razón en el sentido de que eso es muy difícil, normalmente para el estado actual de evolución del plano físico.

- Justamente... asentí apresurado.

- Lo que no significa que debamos conformarnos con eso. Nuestra meta es alterar el curso equivocado de las reacciones para que podamos perfeccionar nuestro modo de sentir el mundo.

- Discúlpeme, pero no entendí...

- Quiero decir que precisamos vivir de una manera más sencilla, sin considerar agresión cualquier cosa equivocada que nos ocurra, sea aquí en la colonia, sea en la costra terrestre. ¿Se acuerda cuando usted no recibió bien la función que le fue destinada en la Casa de Reposo?

Moví la cabeza afirmativamente.

- Sé que eso le creó angustia y sufrimiento. En caso de haberlo recibido de forma positiva habría evitado una perturbación emocional innecesaria. Usted acabó experimentando su actividad de cualquier forma y acabó gustándole. Note, mi amigo, que su reacción podría haber sido diferente, lo que solamente iría a beneficiarlo. Esa es nuestra meta. Debemos modificar nuestro modo de encarar los obstáculos de la vida buscando perfeccionar el mundo a nuestra vuelta. A través de los buenos ejemplos...

- ...conseguimos buenos resultados - completé celoso.

- ¡Exactamente, amigo mío!

- Usted dice eso porque está viviendo en una colonia espiritual, donde hay posibilidad de que las cosas salgan bien.

- ¡En absoluto! Me refiero a cualquier estado de la vida. Muchos compañeros nuestros tienen aún reacciones desproporcionadas cuando viven alguna contrariedad en sus intereses. En la Costra ocurre lo mismo, tal vez con más énfasis y más a menudo. Precisamos todos, Alfonso, privilegiar el proceso de reforma íntima.

Pensativo sobre lo que estaba oyendo, acompañé a Rubian al Edificio Central hasta el lugar donde estaba un inmenso archivo, con varios monitores presentando imágenes como si fuesen fichas de consulta. Mi conductor apretó algunos botones y en pocos instantes había en la pantalla, con mi nombre en lo alto, varias líneas conteniendo símbolos que, a primera vista, no conseguí descifrar. No tardé en preguntarle de qué se trataba.

- Es simple, mi amigo, he aquí la ficha relativa a su última encarnación en la costra terrestre. Tengo sus datos y aquellos pertinentes a sus familiares. Puedo consultarlo conforme desea.

- Deseo saber cómo están ahora...

- Buscaré en la pantalla que le irá a exhibir el presente en la vida de los suyos.

Y así hizo. En pocos segundos estaba en el monitor la imagen de Elvira y su nuevo marido, seguida de varias escenas demostrativas de su actual modo de vida. Quedé feliz en saber que después de nuestro último encuentro en la cocina de su casa muchas cosas habían cambiado en su vida. Ella parecía estar más fuerte y ya no se dejaba agredir por el marido, ni tampoco ser por él maltratada. Creo que la ayudé en aquel día, aproximándome a ella y diciéndole por inspiración que no estaba enfadado. Emocionado, miré para Rubian sin decirle una sola palabra, pero él entendió que yo estaba agradecido.

Después de eso, él tocó otro botón y segundos después fueron suficientes para traer a la pantalla la imagen de Marco Aurelio y su esposa Cíntia. Ellos estaban distanciados y hablaban poco. Percibí que la separación sería inminente, pero no una sorpresa, pues el tipo de vida que llevaban acabaría por cierto conduciéndolos a eso. Quedé entristecido, aunque conformado. Miré para Rubian y le dije que me gustaría tener noticias de mis nietos. Así fue hecho. Constaté que ambos estaban bien adaptados y habían sido colocados en un colegio interno. Esa no era la vida que deseé para ellos, pero tal vez fuese mejor que continuaran la angustiante y enmascarada vida familiar que poseían.

Me restaba saber de Pedro. El benjamín me trajo alegría, pues pude percibir que él seguía un buen camino. Continuaba frecuentando las reuniones espíritas y parecía estar enamorado, pues noté la existencia de una alianza en su mano derecha. Fijé mis ojos en la pantalla y aguardé la última imagen que me era exhibida: Pedro orando por mí en la intimidad de su cuarto. Me quedé feliz de saber que alguien aún me tenía en consideración y pedí a Rubian que desligase el aparato.

- Y entonces, Alfonso, ¿cómo fue?

- No puedo decir que quedé sorprendido con lo que vi. Aguardaba algo semejante. Las cosas cambian tan fácilmente, mi amigo. Mi familia está ahora casi del mismo modo. La evolución fue lenta y sutil.

- ¡Exactamente! Fue importante que haya constatado eso solo. La evolución necesita tiempo, tanto para el encarnado como para el que vive en el mundo espiritual. Ellos no irían a alterar el comportamiento de repente solamente porque usted desencarnó. De la misma manera que usted está aquí, luchando por su regreso, ellos continúan en el plano físico recorriendo, aunque lentamente, la senda evolutiva. La reforma íntima no ocurre de la noche a la mañana. ¿Usted percibe ahora porque Cairbar no le permitió, siguiendo instrucciones Superiores, visitar a sus familiares personalmente? ¿Entiende por qué no puede volver a la Costra?

- De hecho, el tiempo nos enseña muchas cosas. De nada adelantaría mi retorno, si eso fuese posible. Elvira ya está casada nuevamente y parece que ahora está feliz con su esposo. Marco Aurelio y Cíntia no cambiaron en nada y están en vías de romper los lazos matrimoniales. Mis nietos estarían apartados de mí de cualquier modo porque están internados en un colegio. Pedro, a su vez, continúa manteniendo el mismo equilibrio emocional de siempre. No hay más espacio para mí dentro de ellos; simplemente por cuenta de la ley de la vida.

Me dejé llevar por la emoción y lagrimeé. Amparado por Rubian, salí de la sala del archivo y volví a mis quehaceres habituales.

En cuanto el tiempo pasaba, mi reflexión continua me conducía a una certeza: la de que todo era posible de ser alterado. Si mi familia un la Costra, después de mi desencarnación, tenía un nuevo método de vida, ¿por qué yo no podría adaptarme e integrarme a la colonia donde me encontraba? - pensaba.

Comencé a modificar mis hábitos y me volví más sociable, uniéndome a los grupos de música que acostumbraban a ofrecer recitales en el Rincón de la Paz. (8)

(8) - Nota del autor material: El Rincón de la Paz es un área donde los habitantes de Alborada Nueva se aplican a la meditación, es un lugar dedicado a la vibración, a la oración, al entrelazamiento con la Espiritualidad Mayor, donde reina mucha paz. Semanalmente son realizadas sesiones abiertas de música espiritual. Los habitantes de la Colonia también para ahí se dirigen cuando reciben a parientes y amigos de otros planos espirituales, siendo ese el lugar de vibración más intensa de la Ciudad Espiritual, afuera la Unidad de Divina Elevación (Cairbar Schutel, Alborada Nueva pág.161...164)

La rutina de una ciudad espiritual, por lo que estaba notando, no presentaba muchas diferencias de la vida material. Todos trabajaban y tenían sus horas de ocio aseguradas. Más allá de eso, había una preocupación muy grande con la reforma íntima y, por eso, las charlas y las lecturas eran incentivadas. Cuando no estábamos en actividad laboral o en descanso, leíamos obras variadas siempre conteniendo un mensaje positivo y cristiano.

Nosotros, habitantes de la Colonia, sabíamos no obstante que nuestra situación no era definitiva estábamos subiendo escalones en el perfeccionamiento espiritual hasta que fuese posible un retorno a la materialidad. Lógicamente había Espíritus que permanecerían en la ciudad espiritual por mucho tiempo aún, especialmente aquellos ligados a la administración central; otros no volverían más a la vida en el plano terreno y de allí irían para otros mundos superiores. Esos componían la minoría.

Formábamos una gran familia y tardé mucho tiempo en tener esa noción. En realidad, confieso que perdí buenos momentos de mi jornada en Alborada Nueva criticando el hecho de no poder volver a ver a mi familia en la Costra y aislándome por causa de esa revuelta. Debería haber aprovechado desde mi primer día de despertar para la nueva vida, a fin de estar integrado en la rutina de la ciudad.

Comencé entonces a cultivar varias amistades y encontré varios habitantes que me parecían conocidos de larga fecha. Cuando conversábamos, tal como ocurría en el plano material, cuando suponemos conocer a alguien a quien estamos viendo por primera vez percibíamos la enorme afinidad que nos unía.

Así ocurrió cuando encontré a Raquel.

No puedo decir que habría sido un amor a primera vista por que ya había aprendido que eso no existe tal como lo idealizamos en los romances del plano físico, pero me sentí atraído profundamente a aquella muchacha de ojos negros y cabellos castaños, cuya voz suave y casi musical encantaba los oídos. Ella también hacía presentaciones musicales en el Rincón. Nos gustaba el mismo instrumento, el violín. Apreciábamos las mismas notas y composiciones y hubo un día en el que tocamos la misma melodía sin haber antes combinado cuál sería.

Cada día de convivencia me sorprendía el hecho de estar creciendo rápidamente nuestra relación y comencé a dudar de que estaba realmente desencarnado, pues el amor me invadía el corazón con el mismo ímpetu de mi juventud en la costra terrestre.

Creo que Raquel sentía por mí la misma cosa y sus ojos ya no escondían la alegría cuando nos encontrábamos en el Rincón de la Paz.

Conversábamos horas y cambiábamos ideas sobre nuestro futuro y al respecto de cuál sería el rumbo que iríamos a seguir. Me sentía cada vez más integrado en la colonia y comencé a creer en los consejos que me fueron dados después de llegar, en el sentido de que la familia material podría no ser la única en nuestras vidas. Con la presencia de Raquel, noté que Elvira fuera mi esposa querida en la costra terrestre, pero nunca había sentido por ella el mismo amor puro y desprendido que a aquella altura estaba viviendo. Luego me vino al pensamiento de que Raquel podría haber sido mi compañera también, quién sabe en otra existencia. En fin, el amor me trajo luz y esclarecimiento y la reencarnación se volvió un hecho incontestable para mí.

- Sabes, Raquel, me siento profundamente ligado a ti y pienso que nunca estuve así antes.

- Lo mismo te digo, Alfonso. Cuando volví al plano espiritual, pensé que no iba a conseguir vivir apartada de mis hijos y nietos. Mi marido ya había desencarnado y no conseguí casarme de nuevo. A tu lado, entretanto, me parece haber vuelto a la juventud y al vigor.

- Pero como Espíritus no podríamos hablar de juventud y vejez, ¿no es así?

- Yo sé, pero nos presentamos aquí bajo la misma vestidura carnal de la última existencia, razón por la cual tenemos la fisonomía de ancianos. Sugestionada por eso es

por lo que te digo que mi juventud parece haber vuelto y hasta me gustaría volver a mi imagen adolescente.

- Entiendo y te confieso que ya tuve tal pensamiento. ¿Será que podemos sentir lo que estamos sintiendo uno por el otro? ¿Cómo será el amor aquí en la colonia? ¿Podríamos unirnos y formar una familia?

- ¡Cuantas preguntas, Alfonso! No sabría responderte.

- Entonces vamos de nuevo a Cairbar Schutel; él está siempre pronto a atender a los que precisan de esclarecimiento.

Una nueva fase se iniciaba en mi vida.

\*\*\*\*

Marcamos un encuentro en la Coordinadora General y en la fecha acordada fuimos recibidos los dos por Cairbar.

- Amigo Alfonso, estoy feliz en volverlo a ver. A usted Raquel, también le manifiesto mi alegría por volverla a encontrar. ¿Qué puedo hacer por auxiliarlos?

- Nos gustaría saber, querido amigo, ¿si podemos unirnos aquí en Alborada Nueva, quien sabe constituyendo una familia? Discúlpennos la pregunta que puede ser hasta impertinente, pero no sabemos exactamente si eso es o no posible. Nos sentimos unidos uno al otro hace bastante tiempo...

- ¿Por qué no podrían unirse? Sin duda que sí. Entretanto, es preciso una madurez para que eso pueda ser hecho. Observo que ambos están bien adaptados ahora a la vida en este plano e integrados en las actividades laborables de Alborada Nueva. Antes de una unión, ustedes necesitan conquistar unidades de amor suficientes para obtener un lugar de morada en el sector habitacional. Una familia debe residir en el mismo hogar. Y para que eso se vuelva viable, ambos necesitan iniciar nuestro programa de jornada externa de la colonia, con visitas a la Costra y auxilio a los encarnados. ¿Estarían preparados para eso?

Me quedé realmente sorprendido. Había solicitado con insistencia a Cairbar, al principio, esa oportunidad de retorno a la costra terrestre y ahora me era ofrecida esa oportunidad como meta a ser alcanzada justamente para garantizarme la permanencia en la ciudad espiritual. Así, caso saliese en actividad externa al revés de un retorno definitivo a la materialidad, yo estaría en verdad auxiliando mi permanencia en Alborada Nueva por mayor período. Rechazaría por cierto esa opción si me hubiese sido ofrecida hace algún tiempo y tal vez por eso mismo la Sabiduría Divina no lo hizo. En aquel instante, no obstante, me pareció la solución ideal, pues deseaba a toda costa luchar por el amor de Raquel. Ella también asintió de pronto.

- Cairbar, estamos preparados - repliqué convencido. Lo que me sea solicitado atenderé sin vacilar.

- ¡Muy bien, Alfonso! Además de eso de que les hablé, se hace aún fundamental que ustedes conozcan un poco más de su pasado. La unión de ese esclarecimiento y de la

voluntad de integrar el programa de asistencia a los encarnados les será extremadamente útil cuando solicitemos autorización Superior para consolidar su unión en la colonia.

- ¿Entonces su palabra no es definitiva? ¿Tendremos aún otra instancia que recurrir? - indagué temeroso.

- No se preocupe, Alfonso. Si ustedes siguieran correctamente el programa, no habrá problemas. Entretanto, todas nuestras decisiones en la dirección de Alborada Nueva son homologadas por la Unidad de la Divina Elevación. Somos apenas instrumentos del Plano Superior para la conducción de los destinos de esta ciudad, mis amigos.

La humildad de Cairbar me impresionó; jamás lo había visto llamando así a una autoridad más allá de su cuenta; al contrario, estaba siempre sumiso a los mandatos superiores. Su ejemplo me conquistaba cada día. Resolví hacerle otras preguntas.

- ¿Iremos juntos a la materialidad? ¿Estaremos con eso conquistando el derecho de permanecer definitivamente en esta ciudad?

- No, queridos míos, ustedes podrán quedarse juntos y hasta incluso formar una familia, pero ciertamente habrán de volver un día a la carne para proseguir en la senda evolutiva. No obstante, si la ligación de ustedes se confirmase fuerte y profunda ningún obstáculo les irá a impedir de terminar juntos en el plano espiritual en carácter definitivo.

Me tranquilicé y dediqué una mirada cariñosa a Raquel.

Salimos de la Coordinadora General y fuimos a buscar a Rubian, pues nos interesaba iniciar de inmediato el programa propuesto por Cairbar.

\*\*\*\*\*

En pocos días estábamos reunidos en el Departamento de Reencarnación, (9) donde fuimos autorizados a conocer un poco más de nuestras vidas pasadas. No hubo sorpresa. Raquel y yo habíamos estado casados en la encarnación que precedió a nuestra última jornada en la Costra.

(9) - Nota del autor material: El Departamento de Reencarnación se localiza en el Edificio Central de Alborada Nueva, componiendo la Coordinadora-General. La reencarnación, por ser de gran importancia, es subordinada directamente al Gabinete de Cairbar Schutel. Después del Espíritu reencarnante recibir las instrucciones finales de uno de los asesores directos del Coordinador General, se prepara y asimila conocimiento de lo que irá a enfrentar. Entonces es encaminado al Departamento de Reencarnación, donde un equipo especial lo conduce hasta su futura madre y se inicia, entonces, semanas antes de la concepción, el ajustamiento fluídico entre el Espíritu y su futura madre (Cairbar Schutel, Alborada Nueva, pág. 11 y 116)

Éramos felices y nuestro amor parecía inagotable, hasta que uno de nuestros hijos se manifestó enfermo, portador de una enfermedad incurable. Nuestra falta de resignación fue tan grande, al punto de cuestionarnos la Justicia Divina - lo que nunca habíamos hecho -, que nunca más aceptamos que Dios era misericordioso y benevolente.

Pasamos a pelear continuamente porque ya no conseguíamos controlar nuestra inmensa rebelión. El amor que nos ligaba se deterioró en base de las continuas agresiones. El

muchacho, cada vez más enfermo y necesitado de nuestro cariño y atención, se resintió y empeoró considerablemente. En esa ocasión, nuestro casamiento no soportó la tensión y finalizó de manera irreversible. Tuvimos tres hijos y porque el más mayor desencarnó aún joven, acabamos ingresando en el seno del inconformismo cruel y nos desligamos de la educación de los más jóvenes.

Nuestro núcleo familiar se disolvió increíblemente, pasando de una sólida unión, repleta de amor, a la más pura indiferencia que trajo la ruptura.

En el entierro del primogénito comparecimos ya separados y no nos saludamos. Los corazones estaban helados y tomados por el odio y por el rencor. A partir de la desunión de la familia, dejamos la religión de lado y jamás volvimos a apoyarnos en Dios. Terminamos nuestros días solitarios, en lugares diversos y distantes. La llama del amor, aunque encubierta por la neblina del odio, estaba presente y los últimos suspiros los habíamos dedicado uno al otro.

Volviendo al plano espiritual, después de un pasaje no gratificante por el Umbral y estando en Alborada Nueva, donde no nos encontramos, reiniciamos la vida en la Costra - como Alfonso y Raquel - distantes e impedidos para encontrarnos. Cultivamos nuevas uniones familiares - yo con Elvira, ella con Ernesto. Los corazones estaban necesitados de amor sublime y ansiosos por reencontrarlo.

Emocionados y llorosos, nos abrazamos largamente cuando el filme de nuestro pasado finalizó.

- Raquel, ahora me acuerdo perfectamente. Tú te llamabas Elisa y yo Eпитacio. Es verdad, nuestro hijo Régis desencarnó con veinte años y eso nos sirvió de pretexto para cultivar los peores sentimientos. ¿Por qué lo hicimos? No consigo comprender...

- Yo tampoco... Si éramos tan felices, ¿qué nos costaba haber enfrentado la dolencia de nuestro hijo unidos y amparados mutuamente?

- No se culpen, amigos - nos respondió Rubian. La madurez de la fe y del espíritu se da con el tiempo. Ustedes cultivan un amor realmente fuerte y que ya tiene raíces en el pasado. Entretanto, para que pudiesen consolidar esa unión habían de probar uno al otro que podrían sustentarla, aunque bajo el manto del sufrimiento y de la desesperanza. La enfermedad de Régis les sirvió de prueba. No consiguieron triunfar en ese camino y terminaron sucumbiendo a los malos sentimientos. Aunque la ligación fuese fuerte, la fe en Dios era aún tenue y vacilante; cuando vino el desespero y el inconformismo, ustedes se desviaron de la senda cristiana y se arrojaron, por libre albedrío, en las manos de los adversarios del bien. Envueltos por seres inferiores, en proceso obsesivo, acabaron rumbo a la separación y cuando se vieron distantes uno del otro, imposibilitados de vivir el amor que les era esencial, prefirieron nutrir odio al revés de intentar la vía del perdón y del arrepentimiento. No supieron bajar las cabezas y buscarse uno al otro, enalteciendo la humildad y la benevolencia. Los hijos más jóvenes sufrieron con la decisión de ustedes y aún aguardan el debido resarcimiento que, en el futuro, será dado. El primogénito desencarnó como estaba programado y la ira del matrimonio solamente sirvió para apresurar su partida. Los errores del pasado sirven de madurez en el presente. Recuerden que por mayor que sea el amor, los Espíritus no preparados para cultivar los valores cristianos pueden desperdiciarlo y caer en la senda del desvío.

Aunque hubiese fuerte ligación entre ustedes, no supieran aprovechar la oportunidad que tuvieron para enfrentar los obstáculos que la vida material les imponía.

- Realmente, Rubian, nada de lo que hicimos tuvo justificación plausible. Necesitamos rescatar nuestros errores, dijo Raquel.

- Y habrá oportunidad para eso, hermana mía. Pero, de inicio, ahora que desvelaron parte de su pasado, ustedes deben integrar el programa de asistencia espiritual en la Costra. Volveremos a hablar sobre todo lo que les ocurrió posteriormente.

Acatamos de pronto la recomendación y nos colocamos dispuestos para la nueva actividad.

\*\*\*\*

A aquella altura de mi estancia en Alborada Nueva, percibí que había reflexionado más tiempo sobre mi vida en la Costra de lo que lo hice cuando estaba encarnado. Concluí que me apegaba a la superficialidad de las cosas, esto es, no meditaba sobre mis actos y sus consecuencias; mal tenía noción de que debería llevar una vida honesta y cristiana. Durante mi pasaje por el plano físico juzgaba que el tiempo de vida material era largo y suficiente para dar baza a todas mis ansiedades y deseos. Quería estar siempre en estado de gracia, confortablemente instalado y dedicándome casi con exclusividad a mi familia. Jamás tuve preocupación social, ni deseé dedicarme a mis semejantes más desfavorecidos, pues pensaba que cada uno tenía que cuidar de sí.

Otra concepción errónea que me envolvía era la de que, si alguien nacía pobre o con alguna enfermedad crónica no era problema mío, ya que no me cabía cuestionar los designios del destino. No es que con eso estuviese reverenciando a Dios, porque en ÉL no creía. Lo hacía por mero comodismo, o sea, quien hiciera el mundo - sea quien sea - que se preocupase de los desafortunados. Traté siempre de esquivarme, enriqueciendo y con eso conquistando todo lo que deseé en la infancia.

Tristes equívocos de mi pasado, pues la vida material no fue tan larga como yo creía, ni tampoco tuve tiempo suficiente para disfrutar del patrimonio que acumulé. Otra ironía en mi camino es que el ser humano - y yo no fui diferente - está casi siempre insatisfecho. Hay alguna cosa que me está faltando - pensaba en aquella época. Y con eso jamás dejé de buscar riqueza material sin que eso me añadiese valores morales.

Es cierto que de entre tantos encarnados no fui de los peores, porque ningún crimen, al menos de las leyes de los hombres practiqué, y evitaba hacer mal a las personas que me cercaban. Mientras tanto, cuando pasé a vivir en la colonia, noté que la situación de omisión no existe en el plano espiritual. Estar indiferente al prójimo y sus dificultades significa de algún modo hacerle mal. En Alborada Nueva, comencé a aprender la razón de la caridad; todos tenemos el deber de auxiliar al semejante y si no lo hiciéramos también estaremos en débito. Luego, esa fue mi mayor falta: una vida dedicada al egoísmo.

Al volver a ver a Raquel, aquella a quien mi corazón fue definitivamente entregado en el pasado, tuve la nítida impresión de que perdí mucho tiempo en la última jornada. Debería haber seguido los consejos de Pedro, mi benjamín, ingresando en el contexto de la caridad y del desprendimiento de los bienes materiales. Si hubiese obrado así estaría

mucho mejor, tal vez hasta pudiendo disfrutar de un mayor tiempo al lado de mi querida Raquel antes de volver a la carne. Sabía que no podría quedarme definitivamente con ella en la colonia, aunque alimentase, en lo íntimo, esa esperanza. Iría, no obstante, a trabajar y luchar por esa oportunidad.

\*\*\*\*

Sin desespero o revuelta, nosotros acatamos la misión propuesta por Cairbar y decidimos desempeñarla de la mejor forma posible. En poco tiempo, llego el instante de visitar personalmente la Costra.

Aprehensivos, nos despedimos cariñosamente y partimos para lugares distintos. Nuestras tareas no estaban ligadas al acompañamiento de nuestros familiares, pues no había preparación suficiente para eso. Un pariente desencarnado solamente es autorizado a visitar a otro en el plano físico cuando tiene estructura emocional y evolución espiritual compatibles, ya que deberá auxiliar más que perjudicar al encarnado.

Aquellos que están en desequilibrio no reciben permiso para contactar con los familiares, aunque estén en lo material, a fin de no perjudicarlos con vibraciones desajustadas y negativas. Es verdad que alguna vez que otra los Espíritus se ligan a sus parientes causándoles algún mal, pero son entidades que no están vinculadas a ningún proceso de reequilibrio en colonia espiritual, vagando aisladamente por la espiritualidad en busca de confort. Yo mismo lo hice cuando aún seguía sin rumbo por la Costra, luchando para encontrar un poco de paz después de mi desencarnación. Así, fui apartado para seguir viaje a Florencia, en Italia, uno de los lugares donde había pasado una de mis mejores épocas de juventud de mis tiempos vividos en la costra terrestre. Raquel fue a los Estados Unidos, donde igualmente viviera un buen período en una de sus reencarnaciones pasadas.

La ciudad me fascinó. Nunca estuve antes en aquella bella y antigua urbe durante la última encarnación, pues cuando viajaba con Elvira hacía rutas simples y rápidas, dentro del Brasil, especialmente temeroso de que mi ausencia prolongada pudiese perjudicar mis negocios.

Cuando ingresé en sus estrechas alamedas, que culminaban en espaciosa plaza pobladas por carritos de bebés y palomas, me arrepentí de no haber salido nunca de Brasil. Florencia tenía la gracia de una ciudad antigua, sin embargo, con aire gracioso y elegante. Era un museo vivo del Renacimiento italiano. Crucé el Río Arno, normalmente sereno y pacífico, dirigiéndome al centro histórico y monumental situado en la margen norte o derecha del río. Paseé por sus excelentes trattorias y atravesé la margen izquierda a fin de visitar el Palacio Pitti, caminando después por el Giardino di Bobilli. Estaba deslumbrado. Terminé la jornada de reconocimiento en la Piazza Duomo, mundialmente famosa por su catedral y torre de Giotto.

Me acordé entonces de algunos casos de encarnados que visitan lugares en la Costra donde vivieron importantes y fuertes emociones en vidas pasadas y tuvieron oportunidades de traer de vuelta a la mente parte de sus apagadas memorias.

Rubian me acompañaba y me explicó que al volver a lugares donde vivimos fuertes emociones en alguna vida pasada podemos tener reavivadas esas emociones, más allá de algunos recuerdos. No había duda de que eso estaba ocurriendo conmigo en Florencia.

Con mucho tacto, mi orientador me mostró algunos datos que también lo colocaban en esa ciudad italiana siglos antes. Quedé lisonjeado al principio por haber vivido un día en esa misma localidad que el mentor. Sin embargo, mi alegría fue cortada cuando supe que en aquella ocasión estuvimos juntos, pero amigos no fuimos. Al contrario, tuvimos muchas divergencias.

Supe aún que volví otras veces a Florencia para recatar y sanar los males que había practicado. Tal vez por eso es por lo que, volviendo a ver la ciudad, me emocioné de hecho.

Fui llevado a un gran hospital y Rubian me esclareció cuál sería mi misión. Debería estar al lado de los enfermos solitarios que no fuesen visitados y no tuviesen el apoyo de sus familiares, a fin de darles amor y soporte. La responsabilidad era inmensa, imaginé. ¿Y si no fuese capaz de vibrar suficientemente amor para ellos? ¿Cómo iría a hacerlo si ellos no conseguían verme?

Atento a mis dudas, el mentor me explicó que un Espíritu puede auxiliar a un encarnado desde que tenga voluntad y dedicación. Basta concentrarse y prender el corazón con amor. Es tan simple, decía él, que muchos no consiguen hacerlo. Pero, me esclareció que no debería estar preocupado en ser o no ser notado por los enfermos. Algunos hasta irían a percibir mi presencia, pues la mediúmnidad es inherente en todos los encarnados, pero otros no lo harían, lo que no debería ser obstáculo a mi actuación. El hecho de recibir amor y mi compañía podría no sanar la soledad aparente de la cual padecían, pero con seguridad irían a sanar el vacío de sus espíritus.

Confiante, después del soporte que había recibido, me dirigí al hospital.

Encaminado al sector donde debería permanecer, noté luego que se trataba del ala de los enfermos en estado terminal. El choque fue evidente y Rubian no se dejó impresionar. Se volvió a mí y profirió:

- Tengo convicción plena, mi querido Alfonso, que usted sabrá cumplir su trabajo con perfección. Que Jesús lo ilumine. Hasta pronto.

Pocas fueron las palabras, pero el amor que él vibró me invadió el alma. Emocionado, entendí lo que significaba una vibración de amor.

Me aproximé con cautela a los enfermos. Sin experiencia, temía que ellos pudiesen percibir mi presencia con facilidad y, si así ocurriese, no sabría cómo obrar. El temor se fue luego, pues ellos estaban inertes en sus camas y mal conseguían abrir los ojos.

Cuando llegué realmente cerca de uno de los más mayores, noté que había dos figuras superpuestas en la cama del hospital: el cuerpo físico y a su lado el Espíritu. Ambos inertes y aparentemente inconscientes. No me dejé llevar por el desánimo y le cogí la mano. Percibí, por la placa de identificación colocada en la cama, que se llamaba Gino. Me faltaba certeza en el sentido de saber si estaba tocando la mano material o del

periespíritu. Comencé a orar por su recuperación. En pocos minutos, como asustado, él despertó. Su espíritu entonces volvió a entrelazarse firmemente con el involucro físico.

- ¿Quién está ahí? - indagó en voz alta.

Ningún enfermo del cuarto que compartía respondió. Quedé preocupado, casi en pánico, pues no sabía cómo obrar. Al tocarlo él reaccionó, aunque yo no supiese como calmarlo en aquel momento. Mi única reacción fue intentar conversar, aunque él no me oyese. Le dije de la necesidad de tener calma y resignación, bien como que era yo un amigo que allí estaba para ayudarlo a recuperarse. Me quedaría con él hasta que estuviese en mejor estado.

- Ah, es usted... concluyó el enfermo.

Imaginé que estaría soñando despierto, pues Rubian me había dicho que ellos no iban, en la mayoría de las ocasiones, a percibir mi presencia. ¿Por qué Gino estaría obrando de modo diferente?, pensé. Me quedé a su lado impasible y controlando mis emociones.

- Hable conmigo continuó - pues yo sabía que usted vendría. ¿Cuál es su nombre?

Decidí responder. Parece que fui oído, pues él prosiguió:

- ¡Alfonso! - dijo él. Es bueno saber que mis oraciones fueron atendidas. Yo soy médium y pedí mucho que mi mentor pudiese estar a mi lado en mi fase final...

¿Estaría siendo confundido con un mentor? - me pregunté. Aun así, reiteré que allí estaba para ayudarlo, pero no sabía si era o no su mentor. En cuanto yo hablaba, Gino parecía captar mis palabras mentalmente. En el cuarto reinaba un silencio absoluto, que sólo era cortado cuando él hacía sus indagaciones.

- Sabe, mi amigo, no me importa si usted es o no mi mentor; estoy muy contento de tenerlo conmigo, pues me siento solo. Mis hijos ya no me visitan y perdí a mi esposa hace algún tiempo. Es difícil la situación de quien está por morir, pues somos considerados un problema para nuestra familia. Hasta parece que siempre fui así, un enfermo. A ellos les gustaba mi compañía y, ahora, enfermo y desengañado, no me quieren más cerca. Es muy triste terminar así...

- Comprendo, Gino, pero no cargue consigo cualquier rencor, no los culpe; tal vez ellos no sepan exactamente lo que están haciendo. Me gustaría poder ayudarlo, pero no puedo salir de aquí para el exterior. Usted debe entender que su vida no está terminando como dice. Vea mi caso. Después de su muerte es cuando estará reiniciando el verdadero camino.

- Por ser espiritista, Alfonso, sé de eso. Pero aun así no consigo conformarme con el abandono a que fui sometido. Necesito sentirme amado y pienso que todos en este cuarto tienen la misma carencia. La persona enferma normalmente es despreciada por muchos, ¿pero será que éstos no saben que un día podrán también estar en la misma situación? Tal vez sí, tal vez no. Ellos, no obstante, cuando obran de ese modo, están evitando pensar sobre el asunto. No les gusta ni incluso suponer que podrán enfermarse y morir. Por regla, el materialismo los corrompe en esas horas difíciles - expliqué, tomando como ejemplo mi propio caso.

Y quedé sorprendido conmigo, pues transmitía conceptos que hace algún tiempo me eran totalmente desconocidos. La madurez espiritual, como me habían dicho, parecía estar llegando.

Gino proseguía en sus reflexiones.

- Ah, si hubiese sabido yo que estaría en esta situación algunos años antes, no habría dejado un duro para aquellos ingratos. Tirado en un hospital público, sin visitas y atención, ahora sólo le tengo a usted a mi lado.

- No diga eso, Gino. Sus hijos un día irán a percibir lo que hicieron de equivocado y, tengo seguridad, intentarán sanar ese mal. No tenga pensamientos revanchistas y continúe vibrando solamente amor en esta difícil fase de su vida.

- Pero ¿qué más da para mí que ellos perciban el mal que están haciendo cuando yo haya muerto? Necesito de atención ahora y no después.

- No es verdad y puedo garantizarle lo que estoy diciendo por experiencia propia. Cuando desencarné, me quedé vagando sin rumbo muchos años hasta que conté con la ayuda de mi hijo pequeño, el único que aún pensaba y oraba por mí. Es muy importante para nosotros sentir el amor proveniente de aquellos que nos cercan en la Costra, sea en el lecho de muerte o cuando ya estemos en el plano espiritual.

Gino no respondió; viendo que precisaba de algún tiempo de meditación sobre lo que le hablé.

- Alfonso, me gustaría que usted atendiese también a mis compañeros de cuarto. Aquella señora de allí del rincón jamás recibió una sola visita. Creo que ella es soltera y sin hijos...

Me volví de inmediato para la persona que me estaba siendo indicada. Era una señora de unos cuarenta y cinco años, casi de la misma edad que yo tenía cuando desencarné. Ella estaba apática, mirando fijamente para el techo del cuarto. Parecía no estar oyendo el monólogo de Gino o como si no fuera con ella.

Al aproximarme y asegurarle la mano, no obtuve la menor reacción. Permaneció inerte. Oré con fervor y me quedé algunas horas a su lado. Nada, ni incluso su cara cambió. Impresionado con el rigor que su espíritu le imponía, no me dejé desanimar, pues si había conquistado la atención de Gino podría también hacerlo con ella. Del otro lado del cuarto había dos camas más. En uno de ellos estaba un muchacho que no debería tener más de veinte años y en otro un señor bien mayor, creo que más mayor que Gino. Todos en aquel aposento estaban desengañados. La medicina material les había quitado el aliento de sobrevivir. En cuanto aguardaban el momento fatal, podrían o no reflexionar sobre la vida que estaban teniendo y alterar el comportamiento emocional. A pesar de estar en fase final, todo encamado puede nutrir buenos sentimientos; si al revés de eso se prefiere la revuelta y el rencor, se tiende a agravar su ingreso en el plano espiritual.

El joven recibía la visita periódica de su madre y, en cuanto estuve cerca, noté que la mujer no estaba conformada con la pérdida inminente del hijo. Ella iba casi todos los días pero, en lugar de darle confortamiento y amparo, pasaba las tardes llorando y lamentando el hecho de estar perdiéndolo. Él se quedaba visiblemente perturbado y, en

esas horas, yo buscaba vibrar mucho amor, intentando envolverlo por completo y teniendo por fin que desligarlo de las quejas maternas. Aquella visita más lo perjudicaba que lo beneficiaba.

El otro enfermo no era tampoco visitado por nadie. Supe que él tenía familia, aunque sus parientes obrasen del mismo modo que los de Gino. Fuera precozmente abandonado. Pero no protestaba. Pasaba los días recordando los bellos momentos de su vida y disculpaba la actitud egoísta de los suyos. Decía para sí mismo que, si pudiese, haría lo mismo. En su concepción, los viejos tenían que morir. En el fondo, no obstante, se sentía solitario y vacío. Los días pasaban con relativa brevedad, pues yo me dividía para atender las cuatro camas. En poco tiempo, me aficioné a ellos y ya los consideraba parte de mi propia familia.

Descubrí sus nombres y pasé a referirme a ellos con más propiedad. Teresa, la única mujer del cuarto, estaba allí por acaso. Debería estar en el ala femenina, pero en base de un grave accidente que ocurrió en la ciudad, el hospital se encontraba completo. Como todos ellos estaban al final de la jornada y ya no se levantaban de la cama, fueron colocados juntos.

Ella pasó todo el tiempo despreciándome. No deseaba sentirme a su lado e ignoraba mis palabras. Sentí que su rencor era inmenso, lo que la bloqueaba para cualquier sentimiento fraterno. Cuando su estado se agravó, me coloqué a su lado durante el día. Observé que ella parecía llorar alguna que otra vez, en cuanto miraba por largas horas el blanco y desgastado techo del cuarto.

El momento final estaba en vías de ocurrir, pues los lazos entre el Espíritu y el cuerpo flaqueaban. Ella se presentaba materialmente inconsciente, pero lo contrario ocurrió cuando ingresó en la senda espiritual. Asustada, percibió la compañía de criaturas deformes y vestidas de negro que se apostaban a su lado. Mi presencia continuaba ignorada. Oré mucho rogando que ella volviese los ojos para mí, pues fui destacado para auxiliarla y no me gustaría verla cayendo en aquellas lúgubres manos. No hubo otro camino. Rígida y rencorosa, Teresa no se volvía para mí y permaneció mirando a aquellas entidades.

Cuando su desligamiento ocurrió, la perdí de vista pues salió del cuarto inmediatamente acompañada de cerca por los seres inferiores que atrajo a lo largo del tiempo en que estuvo vibrando en silencio su odio.

Me quedé perturbado algunos días y acabé siendo consolado en una de las visitas que Rubian me hizo. Me dijo que no podemos alterar los designios naturales creados por el libre albedrío. Fuera ella quien había optado por aquella desencarnación dolorosa y nada podría ser hecho para evitarlo. Los equipos socorristas solamente recogen a aquellos que tiene amor en su corazón o que están preparados para recibirlos con un mínimo de aceptación.

El rechazo perentorio a la visualización de los Espíritus superiores y los pensamientos fuertemente negativos hacen con que los seres umbralinos se aproximen, atraídos por tales vibraciones, sustituyendo la actividad de rescate de equipos de luz. Cuando no hay esa inmediata sintonía del desencarnado con las entidades inferiores, como en el caso de

Teresa, puede haber la hipótesis que conmigo ocurrió. Quedé vagando desequilibrado muchos años.

Se aproximó el día de la partida de Gino. No puedo negar que quedé emocionado y ansioso. Deseaba que él ingresase de vuelta al mundo espiritual amparado por esos buenos equipos y, quien sabe, fuese encaminado a Alborada Nueva. Lo alerté para mantener los mejores pensamientos posibles y verifiqué que su adormecimiento material, en virtud de los sedantes, le perturbó un poco la consciencia espiritual, pero no lo suficiente para quitarle la lucidez.

Al dejar la carne, fue recibido por el equipo de rescate de nuestra colonia y llevado inmediatamente a uno de los Puestos de Socorro de la Espiritualidad. Me quedé insistiendo para su breve restablecimiento y no pudimos despedirnos formalmente ya que él siguió adormecido.

Volví mi atención a los dos que quedaban. Paolo, el muchacho de veinte años, estaba agotado ante las quejas maternas. A aquella altura yo ya sabía que su padre no iba a visitarlo porque estaba aún más revuelto que la esposa. Mejor así - pensé. Si él no estaba soportando la presión emocional que la madre le dirigía, en caso de que fuese alcanzado por el padre, entraría en colapso.

Conversaba con él sistemáticamente, pero el muchacho, criado bajo rígidos patrones de una religión que refutaba la ligación natural existente entre los dos planos de la vida, me rechazaba la presencia. En su mentalidad solamente los ángeles podían hablar a los vivos y en su caso no tenía él mérito alguno para ser visitado por un ser celestial. Luego, continuaba oyendo mis mensajes sin que de ellos se diera cuenta.

Paolo tenía muchas cualidades. Era pacífico y gentil con la madre, aunque por ella fuese perturbado. Jamás lo vi vibrando negativamente cuando recibía alguna visita inconveniente o incluso en los momentos en que el médico comentaba con otros familiares su enfermedad. Se sabía desengañado y se conformaba. Pasé a admirarlo ante tanto coraje para enfrentar esa enfermedad.

Cuando se fue, también amparado por equipos socorristas, supe por intermedio de Rubian que él había sido médico egoísta y vanidoso en su anterior vida en la Costra. La programación que escogió, cuando obtuvo permiso para volver, era justamente enfrentar una enfermedad grave que le pusiese fin a la existencia precozmente, a fin de comprender el valor de la vida y la importancia en el trato con el enfermo. Resignado él paso esa prueba con muchos aspectos positivos. Para todo había una razón y nada ocurría por acaso - comprendí.

En cuanto nuevos pacientes llegaban al cuarto, percibí la presencia de otros Espíritus trabajadores que los acompañaban y deduje que mi jornada iría a finalizar tan pronto Enrico, el más mayor de los cuatro, desencarnase.

Él era también el más obstinado. A pesar de sentirse solitario, no admitía el propio aislamiento. Aunque fuese desengañado por los médicos, decía para sí mismo que no iría a morir. Incluso no recibiendo visitas, incentivaba la postura de los familiares, alegando que tendría idéntica conducta.

Ateo convencido, no me oía conscientemente. Cuando estaba desprendido del cuerpo, en las horas de sueño, rechazaba estar conmigo y se quedaba al lado de la cama, en la mayoría de las veces, hablando solo. Él era el único que se oía a sí mismo y se dejaba convencer por la argumentación que tejía. Aislado, él solamente conseguía recibir algún beneficio de mis pases cuando estaba anestesiado, o sea, bajo el efecto de medicamentos fuertes.

Me quedé a su lado varias semanas y buscaba sugerirle otros pensamientos. En vano. Cuando desencarnó, Enrico se levantó del lecho y salió caminando por el cuarto como si estuviese vivo; obró exactamente como yo en el pasado. Intenté alertarlo, pero tampoco obtuve atención. Caminó por el corredor del hospital hasta que lo perdí de vista. Ese fue mi último recuerdo del hospital de Florencia.

Rubian ingresó después de la salida de Enrico y me invitó a acompañarlo. Partimos de vuelta a la colonia y yo tenía muchas novedades para contar a los amigos que, ansiosamente, aguardaban mi llegada.

\*\*\*\*\*

En la misma época en que fui a Florencia, Raquel se trasladó a un barrio suburbano de Washington, en los Estados Unidos. Destacada para asistir a una familia pobre de negros americanos, en un primer momento ella pensó que iría a fracasar. El racismo y las tensiones sociales en aquella región eran intensas, lo que le representaba un dilema mayor de lo que su capacidad de resistencia.

Rubian una vez la apoyó, empujándola a la lucha y a dar lo mejor de sí misma. Le recordó que vivir algún tiempo con ese tipo de prueba iba a desvelarle nuevos valores, a aquella altura adormecidos en su interior.

Cuando inició su trabajo, Raquel percibió que se trataba de una pareja de jóvenes, contando con no más de veintidós años, ya con dos hijos para criar. El más mayor con siete y el menor con tres. Vivían en malas condiciones en un pequeño y viejo apartamento, cuyo edificio de cuatro pisos no poseía ascensor ni calefacción. John no tenía ninguna cualificación y vivía cambiando de empleo, en cuanto Nancy cuidaba de las criaturas y hacía faenas en las casas del barrio vecino al suyo. Ella nunca había convivido tan cerca de la pobreza e imaginaba que en un país rico como aquel esa situación sería inconcebible. Pero era real y le exigía paciencia y comprensión.

Nadie la oía en la casa, porque eran ateos y no creían en el mundo espiritual. Sus oraciones - como le pareció a primera vista - eran en vano y el matrimonio pasaba gran parte del tiempo protestando de la vida. Los niños se sentían necesitados y desatendidos por los padres, demostrando que en el futuro irían a buscar comportamiento idéntico a aquel que estaban teniendo por parámetro.

Raquel ya no sabía cómo obrar y porqué fuera colocada en aquella actividad, una vez que no le prestaban atención ni cultivaban ningún hábito religioso. Era justamente eso lo que debería hacer: dar esperanza a aquel núcleo familiar.

Se diferenciaban en parte las esperanzas cultivadas en el plano terreno de aquellas efectivamente vividas por los Espíritus. En lo íntimo, todo ser humano cree en la vida eterna, pues es justamente eso lo que le confiere fuerza para estar materialmente vivo y

luchar por la propia sobrevivencia. Si tal postulado fuese falso, ciertamente la mayoría de los encarnados del Globo, con tantos obstáculos al frente, no preservarían la existencia física.

Jonh y Nancy estaban prestos a desistir de sus jornadas, abandonando todo por la vía del suicidio. La tarea de Raquel sería hacerlos desistir de esa sombría idea. Percibiendo la gravedad de su misión, oraba con fervor todos los días y pasó a acompañar los menores gestos del matrimonio. Cuando estaban conversando por la noche, después del adormecimiento de los niños, ventilaban el ansia que sentían por la liberación. Hablaban de un pacto de muerte como medio para eso. Oprimidos por la pobreza material y por el racismo que mucho los incomodaba, ya no sabían cómo controlar ese intento. Los Espíritus inferiores insistían en apoyarlos y Raquel tenía solamente el arma del amor para vencerlos. Pero era y fue suficiente.

Volviéndose para los niños, más flexibles a los consejos durante los desprendimientos del cuerpo físico, comenzó a inspirarlos a amar la vida y a percibir en las pequeñas cosas su vuelta a la razón de la existencia. El efecto se hizo notar.

Mark, el más mayor, cuando volvía de la escuela, venía brincando por el camino y reparando en las mínimas cosas que lo cercaban. Dejó el aspecto cabizbajo que lo caracterizaba y pasó a sonreír con mayor facilidad y frecuencia. Percibió que había personas más pobres que ellos residiendo con enorme sacrificio en las calles y no teniendo que comer en el día a día. El precoz desenvolvimiento de su inteligencia y vivacidad, inspirado por Raquel, lo hacía repetir en casa esas sensaciones que captaba a su alrededor.

Los padres comenzaron a quedar avergonzados delante del hijo, pues estaban acostumbrados a maldecir la vida que llevaban sin notar que otros semejantes sufrían en mayor proporción.

El menor seguía los pasos del más mayor y en poco tiempo ambos estaban sintonizados con Raquel. Incentivada, ella pasó a concentrar sus esfuerzos en el matrimonio. En cuanto dormían, ella procuraba envolverlos con ternura, recordándoles solamente los aspectos positivos de sus infancias y pasándoles el mensaje de que sus hijos también merecían crecer en paz.

Cuando obtuvo autorización del Plano Superior, Raquel les exhibió, durante uno de los desprendimientos causados por el sueño físico, algunas imágenes del pasado, evidenciándoles la necesidad de reparar las deudas a través de la resignación ante el sufrimiento del presente.

El sentimiento materno contribuyó mucho para amenizar la posición de Nancy y ella se dejó llevar por la alegría de vivir de los hijos; ya no deseaba el suicidio. John, a su vez, insistía en la idea, aunque alertado constantemente por Raquel. Cambiada la tendencia en lo tocante a la madre y conquistado a los niños, ella concentraba esfuerzos para amparar al perturbado muchacho. En vano. Cuando él tuvo una oportunidad, saltó de la ventana de su casa para la muerte y no dio importancia a los llantos familiares. Las tinieblas lo absorbieron y Raquel ni vio para donde John siguió. Entristecida, recibió la visita de Rubian, nuevamente resaltando que el libre albedrío es un imperativo de la ley de evolución, de modo que los Espíritus pueden aconsejar, sin embargo, nunca

determinar cuál será el camino a ser seguido por los encarnados. Su misión debería continuar, incluso en base a la muerte violenta de John, pues los tres necesitaban de su apoyo para conseguir soporte y equilibrio.

Raquel trabajó intensamente y nunca dejó de acompañar los pasos de Nancy y de los pequeños Mark y Tom.

Después de algún tiempo de convivencia, cuando se liberaban a lo largo del sueño, ellos ya la reconocían como la amiga del plano espiritual que los inspiraba.

Solidificados los lazos, Raquel fue avisada por un emisario de Alborada Nueva que aquella jornada había terminado. Lo que le pareció un obstáculo intransponible en el inicio, le era muy significativo a esa altura; ella solicitó más plazo para sustentar a la familia. Lo obtuvo, sin embargo, sabía que estaba allí por su cuenta y, cuando deseara, podría volver a Alborada Nueva.

Ella permaneció hasta que Mark alcanzó los doce años y, empleado, ya estuviese ayudando materialmente a la madre y al hermano pequeño. En cuanto yo me quedaba cerca de un año en Florencia hasta ser llamado de vuelta, Raquel decidió permanecer aproximadamente cinco años en la tarea que le fuera destinada, casi cuatro años más de lo necesario. Su amor me alcanzaba incluso en la distancia y, resignado, aguardé su vuelta.

La despedida entre ellos fue impresionante, pues ella ya era llamada de abuelita por los niños en sus sueños.

Rubian y yo fuimos a buscarla y tuvimos oportunidad de experimentar un emocionante reencuentro.

Raquel reflejaba amor y tranquilidad en su semblante y la sonrisa de sus labios, cuando nos vio, me dijo todo lo que su corazón estaba ansioso por expresar. Nos abrazamos largamente, bajo la mirada de Rubian. Volvimos los tres para Alborada Nueva, listos a reiniciar donde lo habíamos dejado.

\* \* \* \*

Hacía mucho tiempo que no me había emocionado tanto. Sentí que había reiniciado mi jornada en nuevas bases y contaba con el apoyo de Raquel y de otros compañeros de Alborada Nueva. Mi función en la casa de Reposo, después de la misión externa en la costra terrestre, fue alterada y pasé a ejercerla como enfermero junto a los pacientes en recuperación, que habían sido sometidos a cirugía o a tratamiento prolongados.

Conocí a Sheila, la dirigente del hospital, en una de las reuniones administrativas de la Casa. Mayor impacto no podría haber tenido, pues el amor que de ella emanaba me envolvió completamente el corazón. Me sentí leve e incentivado a continuar cada vez más dedicado a mi tarea en la colonia.

Raquel también estaba en esa época trabajando, sin embargo, lo hacía en el Edificio Central, en el Departamento de Reencarnación. Ella cuidaba de la organización del fichero y de las agendas de aquellos que estaban listos para reencarnar. Cierta vez, conversábamos sobre eso y quedamos preocupados con el tema desenvuelto.

- Estuve pensando, Alfonso... He visto a muchos hermanos nuestros siguiendo de vuelta a la Costra para dar continuidad a sus trayectorias evolutivas. Algunos vuelven con satisfacción y creyendo en un eventual progreso que podrán conquistar. Otros, no obstante, siguen de vuelta obligatoriamente porque rechazaron la reencarnación necesaria. Están aquellos también que vuelven de propia voluntad, pero lo hacen escépticos e incrédulos, o sea, no creen que irán de hecho a progresar. Sabiendo que la mayoría de nosotros volverá un día, ¿cómo vamos a proceder cuando llegue nuestro turno? ¿Estaremos preparados para comprender la importancia de esa jornada?

- Entiendo tu preocupación y la comparto. Hemos aprendido muchas cosas en esta ciudad y aquí los valores se alteran profundamente, lógicamente para mejor, dándonos oportunidad de vivir con mayor facilidad las leyes divinas. Aunque tengamos muchos defectos, cuando notamos que los compañeros que nos rodean viven prendidos a una vida controlada y cuyos buenos sentimientos prevalecen, terminamos conduciendo nuestro modo de ser para el mismo camino. Esa es mi mayor preocupación cuando tenga que volver.

¿Tú quieres decir que, por tener buenos ejemplos aquí, acabamos conduciéndonos por mejores sendas, cohibiendo de forma natural nuestra tendencia al mal camino?

- Exacto, querida mía. Tengo seguridad de que estoy aprendiendo buenas lecciones, pero ellas no serán suficientes para apartar de una vez todos los desvíos que, en el fondo, tengo dentro de mí. Siento que mi interior está aprisionado y súbitamente puede traer a la superficie algunos de mis peores defectos de personalidad cuando esté de vuelta en la Costra. La vida en Alborada Nueva, aunque no sea perfecta, nos lleva a experimentar una sensación de bienestar a cualquiera, aunque no tenemos derecho.

- ¿Cómo es eso, querido?

- Es simple, Raquel. No tenemos elevación moral para permanecer definitivamente aquí. Por tanto, cuando volvamos a la carne tengo recelo de tomar mi senda errante y desajustada, ya que no tendré el buen ejemplo de los habitantes de Alborada Nueva como parámetro. Este es un mundo repleto de excelentes ejemplos de conducta. ¿Será que en la Costra, cuando no tuviéramos ese hábitat ideal como ejemplo, mantendremos nuestra actual postura?

- Tal vez sea esa justamente nuestra prueba, Alfonso. Tendremos que luchar contra nuestras malas tendencias, pues el plano material nos será campo neutro. No estaremos protegidos de las malas influencias como ahora ocurre y podremos seguir las malas sugerencias venidas de Espíritus inferiores que se mantienen en actividad en la costra terrestre o entonces podremos dar oídos a los prudentes consejos de los mentores, siguiéndoles la orientación. ¿Cómo vamos a obrar? Francamente, no sabría decir.

- Temo por nuestra suerte, Raquel. Aquí estamos juntos y felices. ¿Será que no podremos quedarnos definitivamente en Alborada Nueva, trabajando para conseguir las unidades necesarias a la conquista de nuestra morada?

- ¡Ciertamente que no! ¿De qué adelantaría vivir una eterna situación provisoria? Necesitamos evolucionar como todos, querido mío. Alborada Nueva no es el último estadio para nosotros.

- ¿Cómo qué no? ¿Hay planos aún superiores?

- Así he oído en las charlas y en el Departamento de Reencarnación. ¿No te parece obvio que aquí no sea la etapa final? Somos muy imperfectos y creo que hay mucho camino a recorrer; incluso los dirigentes de la ciudad irán para Esferas más elevadas en el futuro.

- Te confieso que desconocía tal situación. Para mí una ciudad como ésta ya sería el cielo. ¿Qué más puedo desear si ya te tengo a mi lado y también existe la posibilidad de vivir en nuestra propia casa?

- Ahora, querido mío, ¿tú no tenías tanta seguridad cuando llegaste, te acuerdas? Es señal de que modificaste tu modo de pensar porque añadiste nuevos datos a tu razón.

Cuando estudies más y conozcas nuevos parámetros ciertamente irás a alterar tu visión a ese respecto.

- De una cosa tengo absoluta certeza y no pretendo cambiar de opinión...

Raquel me miró intrigada, pero nada habló. Continúe.

- ... mi amor por ti es definitivo.

Ruborizada, ella bajó los ojos y murmuró:

- Ahora, Alfonso, tú sabes que no me refería a eso.

- Sí, yo lo sé, lo que no me impide decirte lo que siento. Deseo ser el primer amor de tu vida y el último que tu irás a olvidar.

Hay ciertas palabras que no esperan respuestas. Raquel me miró con ternura y cogió una de mis manos, besándola cariñosamente. Llevé la otra mano a su rostro, acariciando delicadamente. Quedamos así, perdidos en reflexiones, por largo tiempo.

\*\*\*\*\*

Cierta vez, después de un largo día de trabajo arduo, cuando hubo varias cirugías en el hospital y yo estaba de paso junto a las salas de recuperación, recibí la visita de Rubian.

- ¿Cómo están las cosas, Alfonso? ¿Mucho trabajo?

- Nada anormal; creo que muchas fueron las veces en que tuvimos una jornada como la de hoy. ¿Y usted? Estoy feliz de verlo por aquí.

- Estamos necesitando hablarle. Nos gustaría encontrarlo mañana en la Coordinadora General, ¿puede ser?

- Ciertamente. ¿Debo ir solo o acompañado de Raquel?

- Ella ya fue avisada y también estará allá. Hasta mañana mi amigo.

Volví para casa preocupado e intentando imaginar lo que llevaría a Cairbar a llamarnos a su presencia. ¿Sería el momento del retorno? - pensé. Así fuese, sentía que no estaba mínimamente preparado. Aun así, no iba a rechazar la proposición.

En el horario establecido, Raquel y yo fuimos al Edificio Central. Recibidos inmediatamente por el coordinador general, finalmente supimos de lo que se trataba.

- Los llamé aquí, amigos míos, para informarles que llegó la hora de promover con ustedes el programa de reconocimiento de la colonia. Eso significa que van a conocer punto a punto las dependencias de Alborada Nueva, sus principales actividades y finalidades. Hecho esto, podremos dar inicio al proceso preparatorio del retorno de ambos a la Costra.

Vislumbrando en nuestro semblante el evidente temor por la noticia dada, Cairbar nos tranquilizó:

- Pero no se preocupen, pues el referido proceso es relativamente extenso y el regreso no ocurría antes que estén, de hecho, preparados.

Estuvimos de acuerdo con la proposición del coordinador pues sabíamos que no iríamos a evitar el proceso de reencarnación. Las visitas fueron hechas a partir del día siguiente. Alborada Nueva no me parecía al principio tan grande y compleja, sensación que fue cambiando a partir del momento en que de hecho conocí la ciudad.

La colonia tenía forma circular. Quien entrase por su gran portón dorado vería destacarse el Edificio Central, una construcción cúbica coronada por gran cúpula, que tomaba casi toda el área del techo, cercada por cuatro torres que sustentaban una estrella de cuatro puntas cada una, con la misma función de las existentes en el muro de protección, y estaba localizado en el centro de la ciudad espiritual. Allí se encontraba la Coordinadora General formada por el Gabinete de Cairbar y sus habitaciones, la Biblioteca, que guardaba libros con la historia de las civilizaciones que habitaron la Tierra, volúmenes relativos a normas y orientaciones espirituales y otros, además de un archivo computarizado con la identificación de los trabajadores ligados a la ciudad, encarnados y desencarnados, y la Sala de Reuniones de las Coordinadoras, donde mensualmente se reunía el Consejo de Alborada Nueva.

Aún se encontraba en ese edificio el Archivo General, con las fichas e historiales de los trabajadores de la Colonia, presentes y antiguos, y copias de las fichas médicas de los internos de la Casa de Reposo, y la Unidad de Control de Energía, donde se localizaba el computador central de la colonia. En la Sala de Comunicaciones eran coordinadas las telecomunicaciones de la ciudad espiritual y en la sala de Audiencia o Sala de Encuentros, el Coordinador General recibía a todos aquellos que deseaban hablarle, como yo lo hice después que salí de la Casa de Reposo. La Sala de Asesoría era el lugar de trabajo de todos los auxiliares directos de Cairbar, entre los cuales estaba Rubian. El Departamento de Reencarnación servía al Espíritu que estaba en proceso de retorno a la Costra.

Los Núcleos Espirituales de Desarrollo se encontraban todos en un sólo gran complejo al lado izquierdo del Edificio Central, en una construcción que, vista de arriba, se asemejaba a una estrella de cuatro puntas, con un edificio central rodeado por otros cuatro que formaban las puntas de dicha estrella. Su finalidad era la de, juntos, trabajar por el bien de la administración de la colonia.

Las Coordinadoras Especializadas estaban localizadas arriba a la derecha de los Núcleos, en un conjunto de nobles edificios de forma cilíndrica compuesto de bloques de material semejante al cristal y recubiertos por una cúpula transparente y semicircular, dispuestas de forma a componer una gran estrella de ocho puntas. Era realmente impresionante. Su objetivo principal era trabajar en el proceso evolutivo de los habitantes de Alborada Nueva.

Sentí una vibración muy fuerte al pasar por la Unidad de la Divina Elevación, sector donde Cairbar y Sheitla establecían contacto con la Espiritualidad Superior para recibir orientaciones, localizada en el Bosque de la Alimentación.

Fascinado me quedé al depararme con la Casa del Niño, una construcción en forma de U- con cinco pisos, hecha de bloques de material semejante al cristal, recubierto por armazones metálicos.

Al encontrarnos en ese edificio, pasamos por una cámara de higienización y llegamos al vasto salón de recepción con enormes escaleras y ascensores que daban acceso a otros pisos.

Visitamos todos los sectores y la mejor parte para mí fue el contacto establecido con las alegres criaturas que habitaban la Casa.

Detrás de esa edificación encontramos la Posada Celeste, que servía de apoyo a la Casa del Niño, donde los Espíritus podían alterar su forma de presentación conforme la necesidad de los trabajos que desenvolverían. Su acceso era restringido sólo a los dirigentes de las Coordinadoras y de los Núcleos. No hubo necesidad de ingresar en la Casa de Reposo, ya que tuvimos la oportunidad de conocer.

La exuberante Plaza Central estaba localizada más allá del Edificio Central, a la derecha. Poseía forma circular y en su centro se observaba un gran obelisco energético coronado por una estrella luminosa. Alrededor, muchos bancos y flores, las cuales reflejaban los colores centelleantes y la luz muy fuerte que iluminaba ininterrumpidamente la plaza. Era uno de los bellos lugares de la ciudad espiritual, a donde afluían grupos de Espíritus para disfrutar de la belleza del lugar.

Me deleité al conocer el Bosque de la naturaleza Divina, lugar donde el verde se encontraba en mayor escala, con plantas de diversas especies y muchísimas flores. Era un área de ocio para todos los habitantes de la colonia, con su bellos lagos y vegetación abundante. En ese bosque se encontraba la Morada del Sol, pequeña construcción destinada al ejercicio de la sintonía mental y la Unidad Básica de Apoyo a la Naturaleza, un edificio de forma piramidal que tenía por finalidad principal el amparo ecológico en la colonia y también en la costra terrestre.

El Recanto de la paz teníamos nosotros la oportunidad de frecuentar, disfrutando de su paisaje florido y de su ambiente armonioso.

En él había dos construcciones principales. Una era un edificio de cristal con tres plantas denominado Unidad Avanzada de Esclarecimiento, que le servía de sede. La otra era la Morada de la Estrella, un templo también destinado al ejercicio de la sintonía mental. El Centro de Aprendizaje de la Luz Divina, lugar donde los habitantes de Alborada Nueva mantenían contacto con las enseñanzas de Cristo, nosotros también

estábamos frecuentando hace algún tiempo. A su lado, un poco más abajo, estaba la Casa de la Sublime Justicia, unidad ligada a la Coordinadora de Evaluación, que servía de apoyo al programa de trabajo de cada habitante de la colonia. Los juicios allí realizados tenían por finalidad auxiliar a los Espíritus a encontrar su mejor rumbo en el camino evolutivo, pero nunca buscando sustituir a la Justicia Divina, la única absoluta.

Los habitantes de Alborada Nueva, que no se encontraban en la Casa del Nido ni en la Casa de Reposo, residían en cuatro sectores habitacionales en las extremidades de la ciudad, próximos al muro de protección. (10)

(10) Nota del autor material: mayores detalles podrán ser encontrados en el libro Alborada nueva, cap. XI

Finalizado el reconocimiento de la ciudad espiritual, comenzamos a percibir que Alborada Nueva, del mismo modo que otras semejantes, estaba estructurada para dar asistencia y amparo a los Espíritus en proceso de evolución. Luego, había fundadas razones para que allí estuviésemos para garantizarnos efectivo progreso. Si la colonia poseía tantos departamentos destinados, era natural que aceptásemos el rumbo que nos estaba destinado.

Si por un lado la vida en la ciudad espiritual guarda numerosos aspectos semejantes a la existencia terrena, por otro, se puede observar que hay en la colonia un ambiente de paz y tranquilidad que normalmente no existe en el plano material, hecho ese que insistía siempre en recordar debido a su extrema importancia.

Los desencarnados no son, en esencia, diferentes de aquellos que están reencarnados en la costra terrestre. No obstante, cuando están en colonias como Alborada Nueva, sus ansiedades y malos hábitos son naturalmente cohibidos por las reglas comunitarias y por los buenos ejemplos que los dirigentes ofrecen.

Raquel y yo mismo sentimos igualmente tal sensación; apaciguados en nuestras emociones, vivíamos bien y armoniosamente, entretanto sabíamos que aún no estábamos suficientemente preparados para escalar mundos superiores. Una vez colocados en ambiente neutro, como es el caso de la Costra, podría ocurrir de volver a errar nuevamente y tener actitudes anticristianas, diferentes de aquellas que estábamos viviendo en Alborada Nueva.

Indagando a nuestros amigos y orientadores de la colonia, supimos que nuestras conclusiones no eran diferentes de las de otros hermanos nuestros. Era natural que, en el plano espiritual, excepto en el inferior, los Espíritus tuviesen mayores oportunidades de pacificar los ánimos y ejercitar buenos sentimientos, al final estaban en aprendizaje.

El progreso, por eso, no se hacía de hecho en cuanto estuviésemos estacionando en la colonia, pero sí cuando enfrentáramos las pruebas en el plano físico. Solamente dando baza a nuestros reales sentimientos sabríamos quién éramos verdaderamente.

Reencarnados, íbamos a enfrentar a nuestro mayor enemigo: nosotros mismos. Nos estábamos preparando justamente para eso. Noté que Alborada Nueva se destinaba a recibir a aquellos que aún no tuviesen mérito suficiente para, dejando el involucro material, partir rumbo a Esferas Superiores.

Pasamos algunos meses estacionando en cada uno de los sectores de la colonia y conociendo a fondo el mecanismo que era utilizado para encaminarnos a la reencarnación.

\*\*\*\*

Parecía haber llegado el día decisivo en nuestras vidas. Raquel y yo fuimos llamados al Departamento de la Reencarnación para escoger, de entre las opciones compatibles con nuestro estado evolutivo y nuestras necesidades de aprendizaje, cual rumbo íbamos a seguir en el retorno a la costra terrestre.

Rubian nos atendió después en la entrada con una sonrisa serena en el rostro. Tranquilizados, nos apresuramos en decirle que estábamos preparados para el acto. Fuimos encaminados para lugares diferentes, pues haríamos la opción separadamente.

A mí me fueron ofrecidos dos caminos. El primero consistía en ser hijo de Pedro, por tanto, en tesis, volver a la carne como nieto de mí mismo. Ese estado tendría por finalidad vivir una educación cristiana, basada en la Doctrina Espirita, justamente aquella que Pedro intentó pasarme cuando yo era su padre y que rechacé con vehemencia. Sería una vida simple, pues él no se ligó a los bienes materiales ni a la riqueza proporcionada por la herencia que legué. Mi prueba sería resistir las malas tendencias, en especial mi ansia por abrazar la vida materialista. Además de tener un ambiente familiar modesto, debería recibir y asimilar de mis futuros padres las enseñanzas que un día no acepté terminantemente.

La segunda opción sería volver como nieto de Marco Aurelio. Aparentemente era la mejor alternativa, pues yo sería hijo de uno de mis nietos, a los cuales siempre dediqué mucho amor, e iría a tener una educación en un hogar confortable. Pensé, al principio, que me sería más fácil soportar la vida material en caso de que fuese rico nuevamente.

Rubian se encargó de esclarecerme a ese respecto. Supe que, en realidad, yo tendría mayores dificultades en el ambiente de Marco Aurelio de lo que en el de Pedro. La riqueza siempre había sido de hecho mi enemiga, pues fue ella que me condujo al desatino y al alejamiento de los valores cristianos. Por causa de ella, había pasado muchos años aprisionado a mi cuerpo material después de la desencarnación. ¿Tendría yo condiciones de resistir las tentaciones proporcionadas por el dinero fácil, adquirido desde el nacimiento? Tal vez no - pensé.

Vivir al lado de Pedro, por otro lado, sería aparentemente más duro, aunque en la práctica fuese más fácil - me dijo el orientador. La falta de recursos materiales podría darme mayor oportunidad de no errar y preservarme de quedar embriagado por el confort material. La riqueza es una prueba difícil porque la mayoría de los que de ella disfrutan tienen la tendencia de olvidar los valores cristianos, tales como la humildad y la caridad, dedicándose por entero al gozo de bienes que acentuadamente fomentan egoísmo y orgullo.

Pensé al respecto de esas palabras y percibí que Rubian tenía razón. Si estuviese bajo el yugo de Marco Aurelio, aunque fuese apenas su nieto, difícilmente escaparía a las malas tendencias que él cultivaba, por demás, fruto de la educación equivocada que yo mismo

le había dado, pudiendo volver al materialismo y consecuentemente al fracaso de mi jornada.

Al estar bajo la conducción de Pedro, podría hasta revelarme contra la falta de confort material, pero podría obtener una educación equilibrada y basada en valores cristianos. Esa base de sustentación podría ser suficiente para apartarme del camino equivocado del apego exagerado a los bienes materiales. Mis oportunidades serían, de hecho, mayores al lado de Pedro, aunque al principio no pareciese así. Esa fue entonces mi opción.

Aguardé la salida de Raquel de la sala donde estaba. Cuando la encontré no tardé en preguntarle cuál fue su elección, contándole la mía.

- Y entonces, ¿habrá alguna oportunidad de estar juntos en el plano material? - le indagué.

- Por lo que tú me contaste al respecto de la opción, creo que no. Volveré a Washington para ser la hija pequeña de Mark. Él ya tiene siete. Enfrentaré la pobreza casi absoluta, pero tendré a mi lado a un padre consciente y dedicado a la familia. Creo que seré capaz de auxiliar a mis hermanos, muchos de ellos incapaces de aceptar tanta miseria. Estoy muy feliz, ya que volveré a ver a mi querido ahijado espiritual.

Lloriqué y busqué contener mi decepción.

- No estés así, querido mío. Estaremos en diferentes países y todo indica que no nos encontraremos, pues la falta de recursos materiales de nuestras familias será un obstáculo, además de vivir diferentes culturas y costumbres. Tengo fe, no obstante, de que iremos a encontrarnos triunfantes de vuelta a esta colonia dentro de algunos años.

- Pero, Raquel, ¿cuántos años serán? ¿Sesenta, setenta o más? Es mucho tiempo...

- No, querido mío, ¿qué significa eso delante de la eternidad? Si yo tuviese la certeza de que dentro de mil años yo viviría a tu lado para siempre, estaría tranquila y feliz; aguardaría con mucha serenidad. Estamos invirtiendo en nuestro futuro, Alfonso, y no debemos ser inmediatistas, buscando resultados instantáneos, incluso porque no tenemos mérito para exigir mayor convivencia de lo que ya nos fue permitido. ¿Tú lucharás por eso? ¿Podré contar con tu esperanza?

Cabizbajo y un poco angustiado, asentí.

- Raquel, todo haré para que un día pueda estar contigo definitivamente. Espero sinceramente que yo tenga fuerzas para progresar, vencer obstáculos en la Costra y estar de vuelta en el plano espiritual victorioso como deseo.

Rubian, que a todo asistía, interfirió:

- Estoy feliz de verlos serenamente aceptando el destino natural de los seres: la reencarnación. Sepan, mis amigos, que el tiempo no es elemento importante en ese camino. Cuantos años fueran necesarios para que alcancen un bienestar espiritual elevado deberán ser vividos sin ansiedad y sin revuelta. Lo más importante es que consigan triunfar. No fijen plazos o metas que no puedan cumplir; convivan en paz con esa ley natural. Estaremos siempre apoyando la jornada de ambos, como muchos

orientadores hicieran con la mía a lo largo de siglos que ya viviera en la Costra,  
¿Ustedes confían en nuestro apoyo?

- ¡Sin duda, amigo! Desde que aquí llegamos jamás dejamos de oír palabras de estímulo y, por encima de todo, nunca fuimos engañados. Todo lo que nos dijeras fue siempre la más sincera expresión de verdad y justamente por eso es por lo que entre nosotros se solidificaran los lazos de amistad y amor - respondí.

- Es verdad, Rubian. Sé que ustedes estarán a nuestro lado y ciertamente podré contar con los equipos de Alborada Nueva cuando hiciera muchas oraciones silenciosas en mi rincón solitario en el plano terrestre. Estoy confiante y esperanzada - concluyó Raquel.

Nos abrazamos los tres. Me sentía, por primera vez en muchos años, verdaderamente recompensado.

\* \* \* \*

Estaba preparado para volver. Me sentía hasta incentivado a luchar por mi progreso, entretanto, admito que mi corazón estaba ligeramente angustiado por el hecho de apartarme de aquella a quien tardé mucho tiempo en encontrar y no me gustaría de perder nuevamente de vista. Raquel, creo yo, tenía las mismas sensaciones, aunque no me las confesase a mi justamente para no quitarme las esperanzas.

Cuando me integré a la vida cotidiana de Alborada Nueva, ya no deseaba volver a la Costra, pues allí estaba contenido y me comportaba de manera equilibrada, sin excesos y desatinos. Sabía que la jornada en el plano material no me sería fácil, en especial porque yo tenía noción de quien verdaderamente era.

El proceso de reencarnación, no obstante, es siempre inevitable cuando de él se necesita para la evolución interior. Después de haber obtenido la información de que iría a volver, pasé a meditar sobre mi vida anterior en la Tierra, cuando allá estuve como Alfonso, nombre que decidí mantener en el plano espiritual hasta que pudiese realmente hacer un efectivo cambio en mis actitudes.

Raquel y yo conversábamos bastante, además de diariamente comparecer a las charlas educativas en el Centro de Aprendizaje de la Luz Divina.

El tiempo fue corto desde nuestro último contacto con Rubian y nuestro amigo nos llamó otra vez para volver a hablar sobre el proceso de retorno a la carne.

- Me gustaría acompañarlos al Departamento de Reencarnación para hacer una última retrospectiva del anterior pasaje de ambos por la Costra, pues en breve sus memorias estarán adormecidas y ya no recordarán la última existencia que tuvieron en el plano físico - nos dijo Rubian.

- ¿Será muy doloroso? - le pregunté.

- Depende. Tal vez sea difícil encarar y aceptar los actos que practicaron y hoy saben que son equivocados; otro dolor no habrá.

Al llegar al departamento encargado de nuestra transición para la nueva vida terrena, fuimos colocados en salas separadas. Raquel fue llevada a otro local y Rubian permaneció conmigo.

Me acomodé en una silla confortable e inclinada levemente para atrás. A mi frente estaba una inmensa tela que seguía por el techo y terminaba detrás de mí. Estaba introducido en un salón cuyas paredes eran las telas donde serían proyectadas las escenas de mi vida encarnada. Fui informado que podría mover mi silla para cualquier dirección y que serían múltiples y simultáneas las proyecciones; yo debería entonces escoger en cuál iría a fijar mi atención. Podría volverme para atrás o para los lados, si quisiese. Tranquilizado por la presencia de Rubian a mi lado, pedí que el proceso fuese iniciado.

Me concentré en ese punto y comencé a tener extraña sensación de que estaría volviendo en el tiempo, yendo al encuentro de mi pasado, aunque supiese que de allí no me ausentaba en ningún momento.

Súbitamente, surgió a mi frente la primera escena de mi existencia como Alfonso. Era el día de la ceremonia de mi casamiento con Elvira. Estaba en el escritorio de la residencia de mi suegro y me deleitaba analizando una enorme carpeta conteniendo numerosas referencias y balances comerciales. Admito que ya no me acordaba de eso. Me fijé en esa escena, en cuanto otras iban surgiendo gradualmente a mi lado y detrás de mí.

En algunos minutos noté que realmente yo estaba en el gabinete de trabajo del padre de Elvira en la tarde que antecedió a la noche de ceremonias. Me acordé de que había solicitado acceso a las cuentas de la empresa de la familia de mi futura esposa justamente para avalar su potencialidad económica en el mercado. Alegué, en la época, que estaba para cerrar un gran negocio, que no podía aguardar, necesitando, pues, saber con cuál montante podría contar después del casamiento.

Quedé avergonzado y mal conseguí encarar a Rubian que estaba a mi lado. ¿Cómo podría ser tan frío y calculador? - pensé. Al final, aunque estuviese casado por interés con Elvira, jamás debería haber demostrado tanta liviandad al analizar tales documentos en la víspera del matrimonio.

Me negué a continuar viéndome tan materialista y deshumano y volví mi atención para el cuadro que estaba en desenvolvimiento a mi lado derecho. No tuve mejor suerte.

Se trataba del día que resolví dar a Pedro algunas orientaciones en el campo de la educación sexual y, para ello, como hice con Marco Aurelio, terminé confesándole, con un cierto orgullo, que era adúltero. La expresión de sorpresa y decepción del niño se congeló en la imagen de mi vida futura por algunos segundos. Quedé otra vez abrumado. ¿Cómo fui capaz de hacer apología del adulterio al frente de mi hijo pequeño? Naturalmente, si Marco Aurelio posteriormente se desgració en su conducta sexual yo tuve participación directa en ese proceso. Era triste constatar mi fracaso como padre; aquellas escenas eran demostrativas de eso.

Cerré los ojos por un momento y dejé correr una lágrima. Sentí la mano amiga de Rubian en mi hombro. Con coraje abrí los ojos y me volví para la izquierda de la sala. Allá estaba yo fútilmente trajeado recibiendo numerosos invitados para la inauguración de mi recién construida casa en el Jardín Paulista, en San Pablo.

Exhibía una larga sonrisa orgullosa en los labios y un aire de grandeza que decididamente era impropio para una persona como yo. Tenía una sensación exacerbada

de poder y prestigio, incompatible con mi real situación financiera. En aquel momento en que fui obligado a recordar tales escenas me quedé sorprendido con tanta iniquidad. Quise vivir en la costra terrestre una vida que no era para mí, llena de indebidas pompas y suntuosidad. Obligué a mis familiares a adoptar mis desfigurados valores y todos eran forzados a sonreír todo el tiempo, desfilando por los estrechos corredores de la casa para alimentar mi ego. De hecho, yo tuve algún dinero en mi vida empresarial, pero no lo suficiente para pretender vivir un patrón superior a la realidad. Además de eso, aunque tuviese condiciones financieras de soportar tales gastos y fiestas, percibía a aquella altura la inutilidad de todo aquello. Los invitados llegaban, consumían y se iban sin que eso hubiese añadido cualquier cosa noble en mí existencia y en la de mi familia. ¿Por qué sólo estaba comprendiendo eso tantos años después? - me pregunté, sin conseguir una respuesta.

Detrás de mí, casi como un contraste para la escena anterior, los cuadros se sucedían exhibiendo el día en que fui visitado por integrantes de la directoria de un orfanato, solicitándome una donación para la obra. Cuando les di cierta cantidad, después de mucha insistencia, noté la presencia de una criatura desencarnada extrañamente puesta detrás de mí. En cuanto me enorgullecía de mi enorme benevolencia, aquel ser inferior me succionaba las fuerzas. Él sentía el mismo placer que yo. Estábamos ligados por extraños lazos y ni vivíamos en el mismo plano de la vida. Miré con una expresión de curiosidad para Rubian y él entendió mi ansiedad.

- Sí, Alfonso, a pesar de estar practicando, desde su punto de vista, un acto caritativo, el modo por el cual lo hizo atrajo la curiosidad de ese ser inferior que vagaba por el lugar. Su actitud, vanagloriándose del donativo, proporcionó tal ligación. El orgullo y la soberbia pueden estar presentes hasta incluso en actos aparentemente cristianos, pero que esconden otras intenciones bien diversas de la real práctica de la caridad.

- Pero el donativo fue hecho incluso así... ¿No fue un acto positivo?

- No en su caso. Usted solamente donó para auto-promoverse junto a sus familiares, amigos y empleados. No hubo mérito en eso. Su corazón permaneció endurecido y cerrado y no se dejó envolver por la motivación presentada por el grupo de la obra asistencial. Note que ellos intentaron explicar exhaustivamente la razón por la cual estaban demandando el donativo, pero usted no los oyó. Estuvo de acuerdo en dar la cuantía cuando percibió los lucros «morales» que de ahí podía sacar.

- ¡Es verdad! En aquel momento yo sólo pensaba en rescatar mi imagen junto a los que me cercaban. Era acusado de ser snob y materialista y quise callar a mis opositores mostrándoles, efectivamente, que yo sería capaz de practicar la caridad... ¡Una verdadera falacia!

- Continuaron las escenas. Me enfrenté entonces con algunos momentos de mi infancia. En esa oportunidad, vislumbré el día en que hablé con el sacerdote de mi ciudad, indagándole si era pecado ser rico. Desde pronto ya cultivaba exagerado apego a los valores materiales y nunca fui reprimido por nadie. Ni el sacerdote, ni tampoco mis padres me enseñaron a respetar y seguir los valores cristianos. Además, percibí que no di oportunidad a eso, pues cualquier consejo contrario a mis intereses egoístas y materialistas eran prontamente rechazados por mí. Por otro lado, desde pequeño, odié el

hecho de haber nacido en cuna desprovista de recursos materiales y culpé a mi padre por esa fatalidad.

Un gran salto se operó enseguida y vislumbré la escena de mi velatorio. Fue patético percibir que yo estaba más preocupado en saber lo que las personas decían sobre mí y como estaban vestidas - elegantes o no - de lo que propiamente dar valor a mi real estado. Noté que mi vida en el plano físico fue íntegramente fútil y le dije eso a Rubian.

-Jamás piense así, amigo mío - me respondió con seguridad. Errar es parte de la naturaleza humana y compone uno de los cuadros en la senda de la evolución. Lo importante es identificar sus desvíos para el fin de no volver a incidir en las mismas situaciones. Continúe observando...

Se siguió el cuadro relativo a mi aprisionamiento junto a mi cuerpo material por ocasión del entierro. El horror por mí vivido fue tan grande que me despertó la razón, trayéndome a la realidad. ¿Por qué solamente el dolor intenso nos hace tener consciencia de los errores? - reflexioné. Había tardado años en percibir que estaba desencarnado y todo eso porque me negaba a abandonar la vida material, tamaño fuera mi apego a los bienes que deseé a lo largo de décadas. Sería más fácil si hubiese admitido mi muerte desde el principio ... - concluí. Nuevamente, me volví a Rubian.

- ¿Será que volveré a vivir esa situación nuevamente? ¿Cómo haré para tener consciencia de mi real situación cuando desencarne?

- Nada puede ser garantizado. Todo dependerá exclusivamente de usted. Si volviera al cultivo del materialismo y volviera a incidir en los mismos errores podrá no aceptar la muerte. Ricos y pobres, enfermos y sanos, en fin, muchos encarnados de todos los lugares del mundo material rechazan diariamente la creencia de la desencarnación. No es acto exclusivo de aquellos que son económicamente privilegiados en la Costra la negativa en reconocer el desenlace. El problema está en el apego a la materia y a los valores concernientes a ella, lo que puede ocurrir con integrantes de cualquier clase social.

Cuadro a cuadro de la existencia anterior volvió a mí, exponiéndome las llagas espirituales que debería curar. Las acepté una a una y asumí el compromiso de cambiar mi comportamiento. Tenía la noción, entretanto, de que aquella promesa que me estaba haciendo a mí mismo tendría otra connotación cuando volviese al plano físico. Aun así, resolví concederme otra oportunidad.

Pasé mucho tiempo al frente de aquella imagen, emocionándome, sufriendo y llorando cuando se hacía insoportable el dolor de la constatación de mi inferioridad moral. Amparado por Rubian al final de esos trabajos las luces fueron encendidas para un intervalo. Volvería a ver algunas escenas, aunque de otras vidas anteriores a la última.

Cuando me sentí recuperado, pedí que el proceso recomenzara. Volví aún más en el tiempo. Tomé conocimiento de algunos pasajes fundamentales de vidas pasadas y confirmé que no viví solamente en Brasil y mi universo no se limitaba a San Pablo. Ya tenía conocimiento de eso en charlas y cuando visité Florencia, pero en la práctica el descubrimiento se volvió más contundente. Había pasado, en especial, por Italia, Francia, Estados Unidos, África (cuando aún no era dividida en Estados), México y

Alemania. En América del Norte de 1800 viví la más positiva de mis jornadas porque pude estar al lado de Raquel la mayor parte del tiempo. A partir de ahí, solamente volví a encontrarla en una ciudad del interior paulista, en la estancia que antecedió a mi vuelta como Alfonso. Esa vez peleamos y terminamos el contacto físico separados.

Volví a verla en Alborada Nueva. Es obvio que siempre la amé profundamente. Convivimos varias veces en la costra terrestre y cada una de esas oportunidades fue prueba de ese intenso sentimiento que nos unía. Rubian me informó que de tiempo en tiempo el Plano Superior proporciona reencuentros entre Espíritus afines en el plano material como una forma de incentivo a la continuidad de la extensa jornada que tienen al frente. Pero no era una regla.

El estadio que más me incomodó por el número de errores que practiqué ocurrió en la Alemania del siglo XVII, cuando reencarné en Baviera. Jamás podría imaginar que alguien pudiese ser peor de lo que fue Alfonso en la última jornada. Al mismo tiempo en que quedé impresionado me sentí aliviado en saber que conseguí evolucionar desde aquella época hasta volver a San Pablo en el siglo XX. Ese retorno en el tiempo me dio fuerzas redobladas para proseguir, pues vi y sentí que el cambio es posible y palpable. Por tanto, renové la promesa de volver a la carne luchando por mi perfeccionamiento espiritual.

Finalicé la sesión bastante cansado, sin embargo, satisfecho y esperanzado. Reencontré a Raquel solamente al día siguiente y fui informado de que ella partiría antes que yo. Su vuelta estaba programada para dentro de algunos días. Esos pocos días nos parecieron años o tal vez siglos, tamañas eran la ansiedad y emotividad que nos envolvía ante la inminente separación. Pasamos a frecuentar más asiduamente el Rincón de la Paz.

- Raquel, yo no sabría decir lo que siento en este instante. Tú estás lista a partir y yo no consigo ni incluso encontrar un tema para hablar.

- Querido mío, en fases como esas, que anteceden a las despedidas, ¿para qué hablar sobre sentimientos? Dejemos fluir nuestras emociones y sintamos lo que las palabras jamás conseguirán transmitir. Apartemos nuestras aprensiones e imaginemos que para conquistar nuestra unión definitiva estamos invirtiendo en nosotros mismos; obrando así, Alfonso, nada nos conseguirá detener. ¿Tú confías en eso?

- Sí, Raquel, tú sabes que yo jamás perdería la esperanza. En la Costra iremos a cruzar pasajes para el tercer milenio, estaremos separados físicamente, pero yo te tendré en mi corazón siempre y siempre.

- No digas nada más. Aprovechemos el presente en éste maravilloso Rincón.

Un foco azul centelleante emanado de la Morada de la Estrella nos envolvía y nos daba la impresión de que caminábamos sobre nubes, en cuanto las flores nos eran estrellas. Las mejores vibraciones impregnaban el ambiente ofreciendo amparo a la ternura que nos cercaba. Ambos sentíamos todo con profundidad y paseábamos por los caminos que cortaban los canteros de flores, pensativos y esperanzados delante de la oportunidad de vuelta que estábamos listos a concretar.

Estábamos preparados, habíamos concluido satisfactoriamente la estancia en la colonia y nuevas esperanzas ardían en nuestros corazones. Aquel era el día marcado para nuestro desligamiento. Raquel iría primero y yo en la semana siguiente.

Por razones obvias, prefiero cerrar mi narrativa teniendo por escenario la partida de mi amada, pues la separación fue un marco para nuestra existencia y a partir de ese día iniciamos nuestro viaje de vuelta a la materialidad sin fecha para el encuentro.

Al finalizar estas líneas que representan parte de mis memorias también estaría siguiendo de vuelta y ¿quién sabe lo que sería de mí en la Costra? Sin embargo, auto impulsado por el vigor de mi expectativa de cambio y por el sentimiento que me unía a Raquel, estaba preparado para el gran momento. A veces imaginaba como los seres son tan parecidos. Creo que muchos vivieron instantes de sus jornadas que guardan semejanza con esos que narré a mi respecto. Si somos tan idénticos en tantos aspectos ¿por qué mi experiencia personal no puede ayudar a otros que aún están por vivir aquello que ya experimenté? ¿Por qué no utilizamos el ejemplo de otros, positivos o negativos, para nuestro propio perfeccionamiento? Quiera Dios que eso sea posible, pues es lo que más deseo para mí y para todos aquellos con consciencia cristiana.

Raquel estaba bellísima el último día. Su túnica blanca y el semblante angelical me fascinaban los ojos. Ella buscó sonreír todo el tiempo y me cogió la mano hasta el instante en que fue llamada por Rubian para ingresar en la cámara de adormecimiento. Iría a despertar, posteriormente, ya ligada a un nuevo cuerpo material que estaba en vías de ser concebido en el plano material.

La escena más expresiva de todos los recuerdos que puedo tener fue nuestra despedida. Suavemente ella siguió para la sala donde iría a adormecer. Nada dijo, apenas me acarició con su mirada. Antes de perder el contacto yo aún insistí:

- Acuérdate, querida mía, que yo sea el primer amor de tu vida y el último a ser olvidado. Eternamente te tendré en mi corazón. ¡Hasta pronto!

Ella simplemente sonrió. No nos vimos más.

Decidí escribir mis memorias en la última semana que pasé en Alborada Nueva, aguardando el momento de mi vuelta a la Costra. Entregué estas líneas a Rubian poco antes de ingresar en la cámara de adormecimiento del Departamento de Reencarnación.

Me despedí también con un hasta pronto...

Alfonso